

# ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XVII



C. S. I. C.  
**1980**  
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO  
DE  
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XVII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS  
MADRID, 1980

# S U M A R I O

Páginas

## EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1979, por <i>Francisco Arquero Soria</i> ... ..	9
---	---

## ESTUDIOS

Las fortalezas islámicas de Ribas de Jarama y Cervera (Madrid), por <i>Basilio Pavón Maldonado</i> ... ..	19
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i> ... ..	25
Los artistas de las obras realizadas en Santo Domingo el Real y otros monumentos madrileños de la primera mitad del siglo XVI, por <i>Margarita Estella</i> ... ..	41
Miguel de Urrea, entallador de Alcalá y traductor de Vitruvio, por <i>José Manuel Cruz Valdovinos</i> ... ..	67
El Colegio de Santiago o de los Manriques, de Alcalá de Henares, por <i>Carmen Román Pastor</i> ... ..	73
Arquitectos y alarifes en la iglesia parroquial de Vicálvaro, por <i>M.<sup>a</sup> Pilar Corella Suárez</i> ... ..	85
Autor y fecha del plano más antiguo de Madrid. La incógnita resuelta, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> ... ..	103
Pintores de los siglos XVI y XVII, que fueron feligreses de la parroquia de San Sebastián, por <i>Matías Fernández García</i> ... ..	109
Las escuelas de gramática del Colegio Imperial de Madrid durante el siglo XVII, por <i>Bernabé Bartolomé Martínez</i> ... ..	137
La estancia del cardenal legado Francesco Barberini en Madrid el año 1626, por <i>José Simón Díaz</i> ... ..	159
El IV Centenario de Paravicino y la predicación, por <i>Almudena Fradejas Rueda</i> ...	215
La alfabetización de los madrileños en 1650, por <i>C. Larquié</i> ... ..	223
El monasterio de la Inmaculada de Chinchón y Nicolás de Vergara el Mozo. El castillo de Villaviciosa de Odón y los arquitectos reales, por <i>Fernando Marias</i> .	253
El convento de Carmelitas de la Baronesa, de Madrid, por <i>Balbino Velasco, O. Carm.</i>	277
El arquitecto madrileño José de Arroyo autor de «Festejo y loa en honor de Mariana de Neoburg», por <i>Virginia Tovar Martín</i> ... ..	285

	<u>Páginas</u>
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i> ... ..	299
Mengs en la corte de Madrid. Notas y documentos, por <i>Juan J. Luna</i> ... ..	321
Don Miguel de Azanza, maestro de política antirreligiosa y consejero del rey intruso José Bonaparte, por <i>Angel Benito Durán</i> ... ..	339
Alineaciones viarias de Madrid durante la segunda mitad del siglo XIX, por <i>M.ª Eulalia Ruiz Palomeque</i> ... ..	359
Apuntes sobre el problema de la vivienda obrera en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX, por <i>Clementina Díez de Baldeón</i> ... ..	391
El hecho geográfico del agua en el proceso de industrialización de Madrid, por <i>José M.ª Sanz García</i> y <i>Jesús Muñoz Muñoz</i> ... ..	409
El mausoleo de los héroes de Cuba y Filipinas, en el cementerio de la Almudena, por <i>Enrique Pardo Canalís</i> ... ..	429
Historia de los Estudios de rodaje madrileños, por <i>Angel Luis Hueso</i> ... ..	435

#### SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS ILUSTRES

Un historiador madrileñista: Ricardo Martorell, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i> ... ..	453
Tres escritores contemporáneos: Alberto Insúa, José Ortiz de Pinedo y Francisco Serrano Anguita, por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i> ... ..	459

## LAS ESCUELAS DE GRAMÁTICA DEL COLEGIO IMPERIAL DE MADRID DURANTE EL SIGLO XVII

Por BERNABÉ BARTOLOMÉ MARTÍNEZ

Como entidad relevante dentro del macro-organismo del Colegio Imperial, constituido sin duda en la centuria setecentista en el centro religioso, social, de caridad o cultura más importante de la vida madrileña, florecieron entre días de encumbramiento y otros de postración sus Estudios de latinidad.

La singladura histórica de estas aulas de gramática de los jesuitas en Madrid comienza y toma forma sobre los años de 1572 hasta la fundación del Colegio Imperial en 1603 por D.<sup>a</sup> María de Austria, se afianza y alarga definitivamente con la creación de los Reales Estudios por parte de Felipe IV hasta los años últimos de la expulsión y la fugaz posterior restauración.

Tenemos ya por fortuna una visión general, suficiente y documentada, de la Institución en la obra del Dr. Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid*. Su lectura ha servido de estímulo y pauta para otros estudios parciales como el que ahora presentamos.

Entre los instrumentos de documentación por nosotros utilizados se encuentra en primer lugar el manuscrito del Archivo Histórico Nacional, encuadernado en 8.<sup>o</sup> y pastas de pergamino, con el título de *El Libro Verde de los Estudios de latinidad del Colegio Imperial*, sig. 760. Otros datos pertenecen a distintos documentos de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia y del Archivo de la provincia jesuítica de Toledo en Alcalá de Henares.

1) La *Ratio atque Institutio Studiorum*, como código idearium de toda la pedagogía de los jesuitas, normalizaba con puntualidad las obligaciones específicas de cada uno de *los agentes educadores* en sus centros de formación. De acuerdo con esta normativa durante el siglo XVII recibe cada año el Colegio Imperial la visita de los Provinciales de Toledo que dictaminan y refor-

man sobre materias de disciplina, piedad o enseñanza. El Libro Verde de los Estudios recoge la actuación más señalada de algunos de ellos. Así en la visita de 18 de diciembre de 1606 el visitador P. Juan García se ocupaba de reglamentar los exámenes y pasos a otros cursos regulando al mismo tiempo el modo de hacer las sustentaciones en las aulas de retórica. En 1614 el P. Hernando Lucero liberó a las clases primeras del uso obligatorio del latín en favor del romance y configuró unas normas para la contratación de ayos y pedagogos que llevaran los niños al colegio. Notable fue de igual manera la intervención del P. Fernando Valdés en 1639 al hacer públicos para los recién fundados Estudios Reales el «Orden y distribución de los Estudios de latinidad del Colegio Imperial» que habrían de insertarse repetidamente en las largas doscientas páginas del mencionado *Libro Verde*. Superado ya el medio siglo y en 2 de agosto de 1670 el P. Ginés de la Puente dio disposiciones importantes sobre una reestructuración de la Congregación de la Anunciata para los estudiantes y sobre estimulantes compensaciones de alimentos y descansos para los maestros de las escuelas de gramática. Dos años más tarde el visitador P. Diego de Valdés se empeñaba en corregir un abuso introducido entre los colegiales madrileños de usar trajes de mujer en las obligadas interpretaciones de figuras femeninas cuando representaban sus comedias. Finalmente señalamos cómo el P. Francisco Morejón por el 1688 se ocupaba de un asunto tan importante como la obligación de las reuniones periódicas de Rector, Prefecto y Maestros para examinar la marcha de las enseñanzas.

El Prefecto de los Estudios Menores del Colegio Imperial, desplazando poco a poco la figura pluriempleada del Rector, se convirtió en la pieza clave del funcionamiento de las aulas de gramática. A él dedica un apartado especial nuestro manuscrito *Cosas tocantes al prefecto de los Estudios*, pág. 243. Allí se determinan para este cargo estimables requisitos, pues «ha de ser persona constante, vivo, diligente, continuo en el cuidado y buen gobierno de las cosas pertenecientes al estudio y bien noticioso de las cosas que comprende la latinidad». Entre las obligaciones estaba la de inspeccionar quincenalmente las clases. En razón de sus atributos él admite y rechaza los alumnos, regula los horarios y el funcionamiento de las clases, vigila, aconseja y adiestra a los maestros, convoca los exámenes, modera la vida religiosa y disciplinar bajo la alta supervisión del Rector. Un privilegio nada despreciable concedido por el Consejo Supremo de Castilla al Prefecto de los estudios menores era el de ser censor nato de las reediciones del Arte de Nebrija reformado por el P. Juan Luis de la Cerda. Entre los hombres famosos que en la centuria ocuparon el cargo figura en 1604 el ahora mencionado de la Cerda,

el poeta latino y orador Lamberto Claudio Esteban (1648), el escritor y asceta Núñez de Cepeda (1665) o el comediógrafo y gramático Pedro de Fomperosa (1681).

Los Maestros de latinidad solían ser hasta seis en razón del número de aulas. Los de humanidades y retórica eran los veteranos, viejos rodadores y experimentados pedagogos para el trato con los adolescentes. Los restantes de las aulas inferiores solían ser los profesores noveles, los maestrillos que por su voto personal «ad puerorum educationem» pasaban obligatoriamente dos o tres años en la enseñanza de la gramática después del noviciado y filosofía. En pequeñas y bien cocidas hornadas salían del Seminario de Letras Humanas, a modo de elementales escuelas de profesorado, que para la provincia de Toledo había fundado en el propio Colegio Imperial con un juro de diez mil reales de renta D.<sup>a</sup> Isabel de Thevar y que pasaría después en 1641 al colegio de Huete para residir definitivamente en la Casa de Probación de Villarejo de Fuentes.

También el *Libro Verde* se preocupa de las obligaciones profesionales de los maestros que «han de vaxar con toda puntualidad al toque de la campana... en el tiempo de classe no dejarán las liciones... y han de estar presentes en todo tiempo de manera que por sí mismos puedan observar cómo sus discípulos se portan...». En virtud de la rigurosa uniformidad en la tarea docente pretendida por la Ratio Studiorum los profesores del gimnasio madrileño «en las cosas que cada maestro enseña en classe y en el método que observa para exercitar a los discípulos y en el modo de ocupar el tiempo de lición y en los authores que explica debe consultar al Prefecto y gouernarse por su dirección...». En torno a la relación personal y pedagógica con los alumnos se desea un clima de dignidad y respeto porque «ningún maestro se encargará de castigar los defectos que los estudiantes cometen en sus classes... pero debe suponer que qualquiera que faltare ha de ser castigado con equidad sin exceptuar a nadie para evitar la quexa racional de que algunos son exceptuados y con proporción a su falta... en el tiempo de lición se portarán con los alumnos con grande circunspección sin poner nombres a ninguno ni usar crianzas... evitará en las classes quentos, chistes, dichos y otras cosas semejantes con que los muchachos suelen intentar que se passe el tiempo sin prouecho suio... y en saliendo de las classes los despedirán mui breuemente para que la demasiada familiaridad no disminuia la estima y veneración que todos los alumnos deben a sus maestros...».

Sería injusto olvidar siquiera algunos nombres de maestros del liceo madrileño como Francisco de Macedo, el controvertido P. Poza, Diego de Moli-

na (dedicado por cuarenta años a estas enseñanzas), Bartolomé Alcázar, Juan García de Vargas, Eusebio Nieremberg o Gerardo Montano.

Con los maestros cooperaban activamente en la propia enseñanza alumnos de los más aventajados como los decuriones, que ayudados a veces por los mejores decuriatos, tomaban la lección y anotaban con puntos el rendimiento de sus condiscípulos y como los celadores públicos que se preocupaban también de la disciplina en la capilla o en los patios señalando a los superiores las infracciones. Estos cooperadores recibían menciones de honor y perdones como recompensa.

La pedagogía de los jesuitas en las aulas menores del Colegio Imperial, a tenor de los documentos y dentro de los criterios imperantes en aquella singular centuria, habría llegado a un alto grado de calidad. Se trataba de una pedagogía que hoy llamaríamos *integral* con su tanto de religiosidad, cultura y formas ceremoniosas y *personalizada* con sus pujos de libertad, autonomía y autogestión, pero siguiendo una especie de ficha psicológica, «pues el maestro ha de atender a la edad y a la inteligencia del alumno, a su ingenio y al tiempo que han estado en aquella classe...» y vigilando la marcha personal porque «es combeniente que los maestros exerciten a todos los alumnos cada día o por días alternos... y el Prefecto dará a entender a cada uno las leyes de nuestros estudiantes y anotará el nombre, día, mes y fecha de entrada y en qué classe se encuentra para que se pueda conocer su aprouechamiento en el estudio...». Era al mismo tiempo, y quién lo duda, una pedagogía *activa*, pues «en la classe los maestros han de tener exercitados a los estudiantes en todo tiempo... y que los vandos disputen entre sí... y aunque las liciones no deben ser tales que atosiguen a los discípulos no obstante se deben señalar de suerte que ocupen en ellas la mayor parte del tiempo que están en sus casas para que no se acostumbren al ocio...». Significativamente habría de ser también *participada*, ya que «todos los maestros deben cooperar con gran punto con el Prefecto en lo concerniente al adelantamiento y buen gouierno de los estudiantes y dos o tres veces al año tenga el Rector conferencia con el Prefecto y los Maestros por el mismo fin y adelantamiento de las escuelas...».

2) *Los alumnos* de estas escuelas, niños adolescentes, con las primeras luces del alba y desde los más lejanos puntos de la villa desembocaban por las calles del Duque de Alba, de la Compañía o de Toledo hasta la de los Estudios. Las leyes del Estudio mandaban que el colegial madrileño había de venir «con la cara labada y atado el cabello...»; llevaría, pensamos, los pies calzados con bota de badanilla y medias de lana largas y vestiría calzón

con chaleco y camisa con vueltas en almidón, guantes en las manos y sombrero en la cabeza, pues y además «ninguno bendrá al estudio con montera ni sin capa ni golilla o balona...» y, sobre todo, «entrarán todos juntos en quietud sin correr ni atropellarse unos a otros... ni darse de talegazos...». Estimamos que en estos talegos tendría cumplido término aquello de «traíganse siempre tintero, pluma y un quadernillo de papel blanco...» y lo de la composición escrita «con letra clara y distinta y recta orthographia...» además de los manuales y cartapacios de apuntes.

El ingreso en los estudios tenía sus condiciones de manera que el Prefecto «no admitirá en ninguna classe a los que passaren de diez y ocho años ni a los que son demasiadamente pequeños... ni a los que no saben leer o escribir medianamente... ni al que ha sido echado de los estudios por sus ausencias o por demasiadamente floxos... y no se admitirá a nadie que no traiga su padre o alguna persona de razón que cuide de él... y juntamente escriba el nombre y apellido en la matrícula de los estudiantes...».

La documentación contenida en el Libro Verde durante el siglo xvii no coincide exactamente con la teoría aceptada de que en el Colegio Imperial se educaban solamente los hijos de alto nivel social pues, además de que la Ratio Studiorum en su Regla 9 del Prefecto ordena que «a nadie por no ser noble o al pobre se le pueda excluir de los colegios», leemos en la visita del P. Lucero a las escuelas de gramática en 10 de julio de 1614 «dese lugar a los estudiantes que sirven para que salgan de lición por la mañana un quarto de hora antes de la missa para que puedan acudir con tiempo al servicio de sus amos...» y en 7 de enero de 1633 el visitador P. Miguel Pacheco recomendaba que «en las conclusiones aia mucha moderación en los gastos de los premios y otros aparatos para que puedan hazer también los pobres que tuvieran capacidad...». En otros lugares se habla igualmente de guardar los privilegios de los Congregantes, de respetar los títulos a quienes los tienen y que «si tiene conclusiones algún hijo de grande o algún personaje semejante y quiere tener sarao sea totalmente de su cargo...». Esta situación debe llevarnos con más lógica a un planteamiento de innovación pedagógica en cuanto a estos niveles secundarios, que ni siquiera aceptaron los protestantes en sus escuelas populares, y en torno a una coeducación intencionada de niños de distinto rango económico. Nos permitimos observar que la acusación, muchas veces justificada, sobre el carácter elitista de la educación de los jesuitas fue desproporcionadamente abultado ante el hecho histórico de haber aceptado por encargo de los reyes la dirección de los Seminarios de Nobles, aquí junto al Colegio Imperial o el de Cordelles en Barcelona, en Valencia, Valla-

dolid, Calatayud, etc..., interpretando el término nobleza en una apresurada univocidad de riqueza y ante la frecuente implicación por motivos políticos o religiosos con las clases elevadas, pero una documentación suficiente corrobora el hecho de que la Compañía de Jesús fue tal vez la primera en España en crear la moderna institución de escuelas de primeras letras y de gramática «popular y gratuita» por encargo de los municipios o de sus fundadores.

El catálogo de virtudes del colegial madrileño se encontraba programado por los rasgos de la impronta educacional largamente acuñada de los jesuitas, condicionado tal vez por la categoría de sentirse cortesano junto a los reyes y alimentado ciertamente por la halagadora expectativa de un futuro medro social en virtud de aquella formación selecta. Las leyes de los Estudios del Colegio Imperial, como las antiguas constituciones de los colegios universitarios españoles, entregadas a cada estudiante y fijadas en las paredes de las aulas se expresan en conceptos de la más alta exigencia. Dignidad y selección habrían de ser en primer lugar cualidades personales del muchacho, ya que «no está permitido a ningún estudiante ver comedias en los corrales públicos ni entrar en las cassas públicas de juego ni en otras partes yndecentes ni asistir a la pedrea aunque sea en el campo, ni jugar a los naipes ni otros juegos que usan los muchachos despreciados de la República...», antes bien «todos los días en saliendo del estudio irán por las calles con toda quietud y decencia sin correr ni trauesear ni dar gritos derechos a sus casas...». Las normas de convivencia y cortesanía llegaban en exquisitez hasta los extremos, pues «en el trato común de unos con otros cada uno procurará exceder a los demás en cortesía sin jugar de manos aun por buelas ni ponerse nombres ni decirse palabras de sentimiento... y a todos se les tratará comúnmente de usted, al que tubiere título de señoría o excelencia se le dará siempre su título... y todos estén con gran adbertencia de tener quitados los sombreros delante del P. Prefecto y de cualquier padre Maestro... y si el Prefecto entrare en alguna classe todos quitados los sombreros se pondrán de pie y si alguna persona religiosa o qualquier caballero seglar entrare de la misma manera se leuantarán...» y también a veces llegaba a lo que hoy se nos antoja ridículo en razón de que «quando estando el lición estornuda alguno solamente se quitarán los sombreros los dos que estubieren a su lado pero si estornudare el P. Maestro se quitarán todos el sombrero en señal de salutación cortesana».

Los códigos barrocos del honor y la deshonra gobernaban también la pugna estudiantil de las aulas de gramática: «Los estudiantes de cada classe estarán divididos en dos uandos y cada uno tenga su contrario señalado y tam-

bién su lugar fixo... y qualquiera puede ganar el lugar mejor a disputa particular. Quien conseruare su lugar preminente como las sillas, cauezas de vando, etc., por quinze días ganará un perdón... y qualquiera puede provocar a un contrario algún número de puntos al vando o a estar en último lugar o a un vitor al que ganare y cola al que perdiere o a cantinela o cáncana...», pero eso sí, «en las disputas ninguno dirá al otro palabra ofensiuia ni menos cortesana...». Los castigos de azote o palmeta eran suministrados fuera de clase en una camarilla por el corrector, persona seglar de buena conducta y soltero, quien por 345 Rs. de vellón anuales realizaba este oficio y otros como abrir las aulas y dar las señales de campana para las horas de clase.

3) *La organización y régimen interior* de los estudios de gramática deben su formulación al P. Fernando Valdés en su *Orden y distribución de los estudios de este Colegio Imperial de la Compañía de Jesús en Madrid* en 1639, que fue luego repetido en el *Libro Verde*.

En la distribución de Valdés se encuentran implicadas la formación religiosa, académica y disciplinar sin distinción. *La vida religiosa* se reduce principalmente a los actos de piedad diarios de la misa al comenzar o terminar los estudios de la mañana y del rosario al terminar por la tarde. En cada semana se confiesan puntualmente todos los muchachos y los viernes oyen la doctrina y los sábados recitan la letanía de la Virgen. Los domingos participan en las doctrinas de las plazas. Los más selectos alumnos dan su nombre a la Congregación de la Anunciata que tenía organización religiosa, económica y jurídica propia y determinados privilegios en el trato colegial. *El régimen disciplinar* se cimenta en la puntualidad, silencio, orden, obediencia y trabajo comunitario dentro de un clima de exigencia legal conjugado con un austero, pero real, paternalismo.

*Las tareas académicas* llenaban totalmente las horas lectivas como en cualquier centro de externado. El Colegio Imperial, que ha seguido hasta la fundación de los Reales Estudios de Felipe IV las normas de los tres y cinco maestros de la Ratio o de la Provincia de Toledo, rompe el viejo esquema y las denominaciones de acuerdo con un acentuado sentido de españolización. Las aulas se llaman de Remínimos, Mínimos, Menores, Medianos, Mayores y Retóricos. Dentro de cada clase los alumnos se dividen en gradas según el adelantamiento. Las horas lectivas en los días en que figuraba el cartel de «docetur» eran dos por la mañana y dos por la tarde con una intermisión de media hora que más que descanso era repaso. Había tres ciclos lectivos distintos, el de invierno desde San Lucas a la Pascua de Resurrección, el de primavera desde esta fecha hasta el 31 de mayo y el de verano desde prin-

cipios de junio hasta la nueva inauguración de los estudios con sólo la vocación completa de los días entre el 8 de octubre al 18 del mismo mes. Los días de «docetur mane tantum» se llamaban de asueto, eran normalmente los jueves cuyas mañanas, cambiando el ritmo semanal, se dedicaban a erudición lo mismo que los sábados llenaban el tiempo con los repasos de los trabajos de la semana. Otras tardes festivas eran los días cuaresmales de sermón, las visperas de grandes solemnidades y los días de «ahorcado o de toros» en la contigua plaza mayor, pues se corrían éstos por aquellas fechas en los días de San Isidro, San Juan Bautista y Santa Ana.

Cuando por otra parte se anunciaba el «scholae vacant» cesaba toda actividad académica normal. Estos días eran, además de los domingos y fiestas litúrgicas, los que como tales señalaba la villa la Corte o el Consejo sin olvidar los patronos de la Compañía San Ignacio de Loyola y San Luis Gonzaga de la juventud. Estas fechas no eran siempre de total vacación ya que por el contrario existía en ellos una notable actividad paracadémica de la que tenemos nobles testimonios durante el siglo XVII. Las pomposas celebraciones de la canonización de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier en 1622, de San Francisco de Borja en 1672 y más tarde de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka llegaron a constituir notables juegos florales con muchos alardes, lo mismo que en otros lugares de España, y que merecieron la reprehensión de la Curia Generalicia por estas causas. En otro sentido las fiestas del centenario de la fundación de la Compañía en 1640, de la dedicación del templo del Colegio Imperial en 1651 de igual modo que la visita del cardenal Barberino como legado pontificio en 1626 junto a algunas visitas de los reyes patronos de la institución, amén de otras fechas menos señaladas, dieron oportunidad a repetidas muestras del controvertido teatro jesuítico sin olvidar las loas, diálogos y representaciones entre los niños con motivo de las doctrinas dominicales y uno y otro compuesto y representado por los Maestros y colegiales del Imperial. Poseemos copias de epigramas, emblemas, jeroglíficos y empresas de los alumnos de gramática con motivos de San Luis Gonzaga o San Alejo que se anticipan en sus caprichosos dibujos y formas a los famosos caligramas y girándulas de la que hoy llamamos literatura de vanguardia, cobrando por esto y otras más fuertes razones vigor la idea de haber sido el Colegio Imperial madrileño un notable foco y alimentador del espíritu barroco literario del siglo XVII. Finalmente otra de las ocupaciones de los festivos lo constituían las reuniones de la Academia de Letras Humanas para los alumnos de gramática con su presidente, gimnesarca y actantes y sobre las que conocemos jocosas y desenfadadas composiciones.

La metodología para impartir las disciplinas desde los aspectos teóricos, en razón de los objetivos concretos de cada nivel y aula, se preocupaba de dar los contenidos de los Rudimentos gramaticales por el libro primero del Arte de Nebrija a los alumnos de Remínimos, a los generistas que frecuentaban el aula de Mínimos se les explican los géneros y declinaciones con el libro segundo, los preteristas tomaban lecciones de pretéritos por el libro tercero del Arte y ortografía de la misma manera que los syntaxistas o Medianos estudiaban el cuarto libro de Nebrija sobre la syntaxis. Los humanistas de la quinta clase y los retóricos de la sexta aprendían preceptos, expresión y estilo con el Orador, el Historiador y el Poeta latino de turno. Desde los aspectos prácticos en todas las clases y guardada la proporción de cada nivel se ejercitaban todos los alumnos en la «praelectio, concertatio, compositio et oratio».

Las aulas de los gramáticos, situadas en derredor a los atrios arcados del patio del Imperial conservan hoy en el actual Instituto de I.N.B. de San Isidro gran parte de la antigua estructura. No faltaban ya entonces algunas preocupaciones por la limpieza, pues los alumnos porteros regaban y barrían diariamente con utensilios tan vulgares como un cubo, escoba y espuerta y que les entregaba el corrector. Cada año el Prefecto mandaba enjalbegar las paredes, reponer los vidrios y encerados y arreglar los bancos rotos. El material pedagógico se reducía a unos bancos corridos con tablas de apoyo para escribir y sillas en varias gradas, la cátedra del profesor, el atril, la cáncana para holgazanes y en la pared la tela de encerado con sus bastidores. Todo lo demás lo suplía la «religiosa alacritas magistrorum» y el estimulante «cape locum» para los alumnos y luego mucha entrega por parte de todos. Los latinillos gramáticos llevaban en sus cartapacios largas tiras con significados del Thesaurus de Salas y de los Parnasos, listas de pretéritos y supinos y unos manuales impresos muy pequeños como el de *Las observaciones selectas* de uno de sus maestros, el P. Juan García de Vargas, pero los humanistas y retóricos manejaban *Selectas* y *Sylvas* como la del también maestro en el gimnasio de la *Mantua Carpetanorum*, insigne P. Bartolomé Alcázar, en la que estaban las Oraciones de Cicerón, los relatos de César, las tragedias de Séneca, las obras de Virgilio, Horacio u Ovidio, sin que faltaran los famosos Diálogos de Vives o Pontano, algún Terencio o Marcial salidos ya de la purga y los trozos nada sospechosos del *de Sapiente fructuoso* del P. Bonifacio o las *Epistolas* de San Jerónimo. Una imprenta, ambiciosa en su fundación, vivió luego pobremente como propiedad del colegio sacando cada año las cuatro conclusiones que se celebraban de teología y la prelección o discurso

de la inauguración de los estudios de gramática, recibiendo por este último concepto hasta cien reales de vellón. La librería al servicio de los profesores y alumnos, engrosada por diversas donaciones y que recibía anualmente de la administración general del Colegio Imperial ochocientos ochenta y dos reales para gastos de libros, llegó a ser importantísima según nos dice uno de sus asiduos, el P. Marcos Andrés Buriel y, según vamos sabiendo, por los centros y personas que en tiempos pasados con ella se enriquecieron.

Importantes vacíos documentales como son los libros de matrícula, expedientes académicos, actas, etc., nos impiden por hoy completar el estudio de este centro de cultura madrileño. Pensamos ahora que lo que ya tenemos debe llenarnos de satisfacción y lo que aún no poseemos ha de estimular la curiosidad y el esfuerzo.

## DOCUMENTOS

### I

**AUTO DEL CONSEJO SOBRE LA IMPRESIÓN DEL ARTE**  
(Instrumentos. 1691. AHN. Sec. Jes. Lib. 760, pág. 410)

El Supremo Consejo de Castilla por auto proveído a 19 de Mayo del año de 1691 ante el secretario Domingo Leal de Saavedra encomendó la inspección del Arte de Antonio, siempre que se imprimiese, al P. Prefecto (que es o fuere) de estos estudios de latinidad, por medio del Sr. D. Juan de Layseca Alvarado como Protector entonces de los Hospitales como contra del papel escrito del dicho Sr. D. Juan al P. Prefecto que entonces era, el qual papel está adjunto con este libro y más largamente consta del prólogo que desde entonces se mandó poner al principio de cada uno de los Artes.

### II

**DÍAS EN QUE HAN DE COMUNICAR TODOS LOS ESTUDIANTES**  
(Instrumentos. 1705. AHN. Sec. Jes. Lib. 760, pág. s/n.)

La Vispera de la Purificación.  
La de la Encarnación.  
La de San Felipe y Santiago.  
La de Pascua del Espíritu Santo.  
Dia de San Luis Gonzaga.  
La Vispera de N. P. San Ignacio.  
La del Rosario.  
La de Todos los Santos.

Si las Visperas de las festividades caen en Domingo es la comunión el sábado. En verano desde mayo a octubre ha de empezar la missa a las ocho, en invierno y otoño desde octubre asta mayo a las nueve. Las dicen el P. Prefecto y los PP. Maestros de Grammatica, empezando el Prefecto y después el maestro de Retórica. Los días de comunión no ay liciones por la mañana.

### III

#### FIESTAS DE CORTES O DE CONSEJO

(Instrumentos. 1705. AHN. Sec. Jes. Lib. 760, pág. 406)

##### *Henero*

17. San Antonio Abad.
20. San Fabián y Sebastián.
31. San Pedro Nolasco.

##### *Marzo*

1. Angel de la Guarda.
8. San Juan de Dios.
20. San Joachin.
21. San Benito Abad.

##### *Abril*

2. San Francisco de Paula.
25. San Marcos Evangelista.

##### *Mayo*

8. La aparición de San Miguel.

##### *Junio*

11. San Bernabé.

##### *Julio*

2. La Visitación.
16. N.º S.º del Carmen.

22. La Magdalena.
31. San Ignacio de Loyola.

##### *Agosto*

4. Santo Domingo de Guzmán.
5. N.º S.º de las Nieves.
6. La Transfiguración.
16. San Roque.
20. San Bernardo.

##### *Septiembre*

19. San Genaro.
24. N.º S.º de las Mercedes.
30. San Gerónimo.

##### *Octubre*

4. San Francisco de Asís.
15. Santa Teresa de Jesús.
18. San Lucas Evangelista.

##### *Noviembre*

21. La Presentación.

##### *Diciembre*

18. N.º S.º de la O.

### IV

#### LEYES GENERALES QUE SE OBSERVAN EN TODAS LAS CLASES DE ESTOS ESTUDIOS DE EL COLEGIO IMPERIAL DE MADRID

(Instrumentos. 1698. AHN. Sec. Jes. Lib. 760, págs. 219-238)

Por auerse perdido la memoria de las leyes universales de los Estudiantes de estos estudios que conforme a la regla última de cada Maestro de Estudios inferiores deuen estar fixas públicamente en la pared de cada classe, se dispusieron las siguientes que vistas y aprouadas por los superiores y por el P. Prefecto y PP. Maestros de Gramática en el mes de noviembre de 1698 se ordenó que se pussiesen en cada classe como se pussieron en el thenor siguiente:

1. Ninguno puede asistir en nuestras classes sin que antes aia sido admitido por el

P. Prefecto de estos estudios el qual le entregará al P. Maestro a quien perteneciere y si alguno hubiere faltado considerable tiempo por su culpa no se bolverá a admitir sin nuevo permiso del P. Prefecto.

2. Los que passaren de dieciocho años de edad no se admitirán en nuestras escuelas para comenzar a estudiar ni aún se admitirán de nuevo a las classes superiores sino que preceda buena noticia de su aplicación y entera satisfacción de sus costumbres.

3. Qualquiera que asistiere en estas classes de qualquier calidad o edad que sea sin exceción alguna se persuada que ha de estar sujeto al castigo quando el juicio del P. Prefecto o PP. Maestros lo mereciere y el que no se sujetare de buena gana a él y a estas leies con total humildad, respeto y obediencia será al punto despedido de nuestras escuelas por el P. Prefecto.

(Pág. 222.) 4. Ningún estudiante puede traer género alguno de armas y si de alguno se averiguare que las trae se avisará al P. Prefecto para que al punto juntas todas las clases se le dé exemplar castigo de suerte que a todos los demás sirba de escarmiento y juntamente sin dilación será despedido de nuestras escuelas. Y quien supiere de otro que las trae y no ausare al P. Prefecto o al P. Maestro será castigado con rigor.

5. Tampoco es permitido a ningún estudiante ber comedias en los corrales públicos ni entrar en las casas públicas de juegos ni en otras partes yndecentes ni asistir a la pedrea aunque sea en el campo, ni jugar a naipes ni otros juegos que usan los muchachos despreciados en la República, solamente en el campo se les permite entretenerse con algún juego lícito de los que usan los que conocidamente son hombres de bien y para esto se apartarán del concurso de la gente.

6. Ninguno de una clase ha de entrar en tiempo que no (pág. 223) está allí el P. Maestro de ellas ni en ese mismo tiempo se dexara entrar en las clases a ninguna persona de fuera.

7. Ninguno bendrá al estudio con montera ni sin capa ni sin golilla o balona ni sin labarse la cara ni atado el cabello.

8. Todos procuren benir a la media ora de repasso antes de la lición y en este tiempo no andarán por la calle ni en otra parte sino estarán dentro del patio del Estudio repasando las liciones que ya traen de sus casas estudiadas o preguntándose oraciones o otras cosas de su clase con otro condiscípulo y en tocando a la lición entren sin detención alguna en sus classes.

9. Al entrar y salir juntos a sus horas entrarán en quietud sin correr ni atropellarse unos a otros.

10. La oración que se dice al principio de la lición la irán diciendo por semanas los de la tercera grada como el P. Maestro les fuere diciendo o señalando el sábado (pág. 224) antecedente para que con eso la sepan todos.

11. Los estudiantes de cada classe estarán dibididos en dos uandos y cada uno tenga su contrario señalado y también su lugar fixo y determinado en la classe según sus méritos en su estudio. Y qualquiera puede ganar el lugar mejor a disputa particular o a decir la lición o a composición o a explicar la construcción o régimen del author que se truxere. Mas las sillas sólo se ganarán por disputa particular o composición o al principio de

cada mes vacarán todos los lugares los quales se bolberán a señalar a cada uno según sus méritos de la composición que para esto se dará.

12. Quien conservare su lugar preminente como las sillas cauezas de vandos, etc., por quince días continuados ganará un perdón.

13. Quando el P. Maestro pregunta a alguna si este errare enmendará el siguiente y acertando trocarán los lugares.

14. (Pág. 225.) Cada uno estará todos los días prevenidos para disputar por si se le ofreciere o por lo menos abrá algunas disputas los martes y en las disputas ninguno dirá al otro palabra ofensiuia ni menos cortesana sino se corregirán a su tiempo deuido con firmeza sin porfía y con claridad de manera que los demás puedan aprouecharse con aquellas preguntas. Y qualquiera puede provocar a su contrario algún número de puntos al vando o a estar en el último lugar o a un vitor al que ganare y cola al que perdiese o a cantinela o cancana y alguna destas cosas se debe poner también el que provoca al del lugar preminente.

15. Todos an de estar en la clase con mucha compostura sin tener puesto el rebozo ni guantes sin jugar con los pies manos o capa o libros ni haciendo movimiento alguno con que embarace a los demás o falten a la urbanidad y an de guardar gran silencio y atención sin hablar con nadie ni dibertirse ni pensar en otra cosa sino en lo que se pregunta o en el exercicio que se fuere haziendo (pág. 226) y el que contrauiere a esto llevará azotes o palmetas o se pondrá en pie o de rodillas según los méritos de su descuido.

16. En el tiempo de estar dentro de las classes ninguno saldrá dellas sin licencia del Padre Maestro y auiendo salido uno pedirá otro licencia para salir hasta que aia vuelto el que estaba fuera.

17. Todos estén con grande adbertencia de tener en qualquiera ocasión quitados los sombreros delante del P. Prefecto y de qualquiera Padre Maestro aunque no les hablen si no es que les manden cubrir.

18. Si el Padre Prefecto entrare en alguna classe todos quitados el sombrero se levantarán en pie hasta que les mande sentar. Y si alguna persona religiosa o qualquiera cauallero seglar por alguna ocasión entrare en alguna classe de la misma manera se levantarán hasta que el P. Maestro mande se sienten y fuera del Estudio guardarán también la cortesía proporcionada con la persona que enquentran (pág. 227) o hablan.

19. Los decuriones deuen tomar lección a qualquiera decuriato propio que la quisiere dar antes del tiempo de entrar en las classes. Y en el tiempo de las decurias cada decurión tenga su lugar señalado por el P. Maestro para su decuria de donde después de auer tomado lición a todos sus decuriatos los exercitará en oraciones o en otras cosas pertenecientes a su classe hasta que el P. Maestro entre en la lición siguiente y será bien que el decurión tome primero lición al más adelantado decuriato para que éste exercite a unos mientras el decurión toma lición a otros.

20. Los decuriones sean mui fieles en dar al P. Maestro razón de los puntos que comete cada uno en la lición de los decuriatos que tiene a su cargo y auisará también de

los ausentes. Y el decurión que alguna vez se hallare infiel en este punto será grauemente castigado y pribado de la decuria.

21. Los sáudos se trairán las liciones de toda la semana repartiéndolas, por la mañana las que se (pág. 228) an traído por las mañanas, y por la tarde las que se an traído por las tardes, añadiendo el capítulo de la doctrina cristiana que el P. Maestro señalare. Y si acaso el sáudo por la tarde no hubiere de auer lición se trairán aquel día por la mañana juntas todas las liciones.

22. En las liciones de los sáudos el *male* (por el qual se merecen azotes) será diez y seis puntos, pero en la lición de los otros días será ocho puntos. En la composición por quatro solecismos en las classes superiores y por cinco en las inferiores se merecen azotes y por los puntos de orthographia se darán palmetas.

23. El que truxere *bene* toda la semana continuada sin dar punto en la lición ganará un perdón pero los dos que perdieren más puntos en la semana perdiendo su vando llevarán cantinela al tiempo de publicar los vandos y si faltare aquel día se le dará el día que viniere la cantinela y demás se pondrá en la cancana hasta que (pág. 229) por sí mismo salga della. Y el que hubiere ganado más puntos de vando vencedor se le dará en particular un vittor.

24. Tráigase siempre tintero, pluma y un quadernillo de papel blanco para si se ofreciere con ocaasión del exercicio quotidiano. Y el lunes, miércoles y viernes todo lo necesario para componer en la classe desde la de Mínimos.

25. El que viene a lición después de haber rezado el Padre Nuestro en la classe pierde cincuenta puntos del vando y si ha pasado el primer quarto de hora se pone en el último lugar de su grada del vando y si biniere después de media hora llevará dos palmetas y juntamente estará de rodillas otra media hora y si no se corrigiere se le agrauará la pena al arbitrio del padre Maestro. Quando las decurias son antes de la lición entonzes esta lei se a de entender desde la hora de las mismas decurias.

26. El que faltare a la lición a de traer al P. Maestro un papel en que la persona que cuida de él (pág. 230) auise la razón de auer faltado y si acaso no truxera papel ó aueriguare auer faltado sin verdadera causa o por su culpa llevará azotes sin admitirle perdón por causa tan graue. Y si frecuentare semejantes ausencias se le aumentará el género de castigo. Y el que alguna vez faltare (no siendo por enfermedad) trará aquella lición junta con la siguiente.

27. El que el sáudo faltare a la explicación de la doctrina cristiana estará en la cancana toda la semana siguiente (hasta que salga della alguna disputa, etc.) sin admitir excusa ninguna sino es alguna enfermedad cierta y manifiesta.

28. Quando estando en lección estornuda alguno solamente se quitarán los sombreros los dos que estuieren a sus lados por evitar el embarazo de que se les quiten todos los demás que son muchos. Pero si estornudare el P. Maestro entonzes todos se quitarán el sombrero en señal de salutación cortesana. (Pág. 231.)

29. Al tiempo de oír missa entrarán todos en silencio y quietud en la capilla hincando las rodillas y sin arrimarse a parte alguna estarán con mucha modestia sin bolver a ningún lado la cabeza y con toda atención y deboción hasta que al fin se les mande salir

con el orden acostumbrado y guardando el mismo silencio hasta estar totalmente fuera de la capilla.

30. Los que ayudan todos los días a missa a los padres Maestros tienen un perdón cada semana y no están obligados a oír la missa comunitaria de los estudiantes, como tampoco están obligados (en los días que se sale de las classes a las diez y media) los que sirven y hacen falta a sus amos en aquel tiempo y en esto no se admita excepción alguna a nadie sino por alguna mui rara caussa inescusable y con licencia del P. Prefecto.

31. Todos en saliendo del Estudio irán por las calles con toda quietud y decencia sin correr ni trauesear ni dar gritos, derechos a sus cassas (pág. 232) sin detenerse en el camino a jugar ni extrauiarse a otras partes perdiendo el tiempo que deuen lograr en sus casas estudiando las liciones que lleuan señaladas. Y nunca irán muchos en cuadrilla que sólo sirve de inquietud.

32. Al fin de licion por la tarde todos sin excetuar a ninguno recen el rosario con mucha quietud y devoción, pero en las tardes muy cortas de invierno en que anochece muy presto con parecer del P. Prefecto se podría salir un poco antes de la hora ordinaria.

33. En llegando a sus casas tomarán la vendición de sus padres y luego sin diuertirse en otras cosas se podrán a estudiar de memoria las liciones que lleuan señaladas con sosiego, espacio y atención gastando en ellas todo el tiempo que necesitaren para comprenderlas bien y juntamente repasarán la construcción del author que se les hubiere leído. Después también repasarán cada día algo de las cosas pertenecientes (pág. 233) a las clases antecedentes para que no se olviden. Y todo esto se ha de hacer antes de comer y cenar.

34. Los domingos que se ausare haber doctrina pública vendrán todos a ella si no es por alguna causa imposible, tenga alguno lizenca del padre Prefecto y por el camino irán con mucho silencio, compostura y devoción y se quedarán a oirla en el sitio donde se hiciere. Y uno o dos de los más puntuales que el padre Maestro señalare apuntará los que vinieren a ella y el que viniere no perderá su lugar por causa alguna en todo el día siguiente.

35. Todos antes de entrar en el estudio o salir del entrarán en nuestra iglesia a hacer oración a la virgen y a nuestro padre S. Ignacio pidiéndoles su fauor para emplear aquel día a maior honra de Dios con adelantamiento en el estudio. (Pág. 234.)

36. Ninguno puede passar de una clase a otra sin haber sido antes examinado y aprouado por el P. Prefecto. Y deben examinarse en la primera clase por lo menos los que hubieren estado en ella seis meses, en la segunda y tercera clase lo que hubieren estado el tiempo de dos passos. En la clase de Medianos se an de examinar por el paso general de San Lucas los que hubieren estado desde los pasos antecedentes de San Lucas (si ya no hubieren passado a maiores) y de Nauidad. Y en el de Marzo se an de examinar los que hubieren estado desde los pasos antecedentes de Maio y Jullio. En la clase de Maiores se han de examinar los que an estado desde el paso general antecedente. Y el que fuere reprobado en el examen llevará el día del passo calabazas públicas si no es que sea congregante.

37. Todos al principio de cada mes quando fueren avisados se confesarán con el padre señalado (pág. 235) para esto guardando el horden con que el P. Maestro les fuere embiando en cada classe, fuera de los congregantes que tienen sus días señalados para este fin y como cada uno se confesare bolberá inmediatamente a la classe para que no pierdan nada del estudio y pueda el P. Maestro ir embiando sucesivamente a los otros.

38. En el trato común de unos con otros cada uno procurará exceder a los demás en la cortesía sin jugar de manos ni aun por buelas ni ponerse nombres ni decirse palabras de sentimiento y el que faltare en esto sea castigado con proporción a su culpa. Y a todos se les tratará comúnmente de usted, al que tubiere título de señoría o excelencia se le dará siempre su título.

39. Al que se le cojiere en alguna mentira aunque sea lebe y al que echare algún juramento o maldición y al que dixere alguna palabra (pág. 236) menos decente no le balga perdón alguno sino lleuará el castigo de azotes sin remisión y cualquiera otro castigo al arbitrio del P. Maestro.

40. Ninguno se acompañe con otro cuias costumbres no tenga bien conocidas por seguras y cuia amistad no le puede adelantar en la virtud con sus buenas inclinaciones y en el estudio con su mucha aplicación. Y qualquiera que repare en otro alguna mala inclinación o costumbres auisará luego al P. Maestro o al P. Prefecto para que tomen la providencia combeniente y no avisando se le castigará severamente.

41. El que fiado en los perdones que tiene ganados falta a su obligación se hace indigno de que le balgan.

42. En cada classe se señalarán los porteros necesarios y si cumplieren bien con su oficio tendrán perdón cada semana y combendrá (pág. 237) mudar los porteros cada mes o por lo menos cada passo de classes.

43. El que fuere tan incorregible que después de repetidos auisos y castigos no ubiere esperanza de enmienda ya en el estudio ya en algún vicio perjudicial será despedido de nuestras escuelas por el P. Prefecto para que no sirba de mal exemplar a otros.

44. En cada classe señalará el P. Maestro uno o dos celadores públicos o secretarios los quales auisarán de qualquiera de su classe que contrauiere a estas leyes o iciere dentro o fuera del estudio qualquiera cosa digna de corrección contra la buena educación que en nuestros estudiantes se desea especialmente auisarán del que no estubiere con el modo debido en missa y del que no cumpliere lo que deue hacer en tiempo de repasso y de las decurias y cumpliendo el celador (pág. 238) bien con su oficio gana perdón cada quince días, más si fuere descuidado en su obligación quedará priuado para siempre de tal cargo, y si de propósito dejare de abisar alguna falta fuere cómplice en ella además de priuado de su oficio será también castigado como los demás delinquentes.

45. El celador de cada classe cuidará de acordar al P. Maestro el día siguiente de cada passo de classes que se lean estas leyes a todos los de la classe juntos para que nadie pretenda por ignorancia de ellas y se observen con toda diligencia.

V

CERTAMEN MENSUAL PARA GANAR HONORES  
(Instrumentos, s/f. Arch. Prov. de Toledo. Leg. 663)

QUOD IN MAJOREM DEI LAUDEM CEDAT  
ADOLESCENTIBUSQUE COLEGII IMPERIALIS SOCIETATIS JESU  
SCHOLAS CELEBRANTIBUS BONUM, FAUSTUM, FELIXQUE SIT  
PUBLICANTUR EORUM NOMINA ET ORNAMENTA QUI IN SINGULIS  
CLASSIBUS IN MENSEM MAII PRIMOS HONORIS GRADUS  
ASSEQUUTI SUNT

1. EX CLASSE RHETORICAE

Censor Maximus: D. Joseph Villanueva.	A Secretis: D. Indalecius Méendez.
Eloquentiae L. Princeps: D. E. González.	Eloquentiae H. Princeps: D. L. González.
Musarum Praeses: D. Gregorius Aznar.	Orator Maximus: D. Vincentius Aravaca.

2. EX HUMANITATIS CLASSE

<i>Romanorum</i>	<i>Carthaginiensium</i>
Censor Maximus: D. Vincentius Iglesias.	Censor Maximus: D. Josephus Gallo.
A Secretis: D. Paverius Mur.	A Secretis: D. Marcus Laplaza.
Imperator: D. Antonius López.	Imperator: D. Joseph González.
Aquilifer: D. Raymundus Sánchez.	Signifer: D. Damasus Hacha.
Centurio Principum: D. Philippus Velázquez.	Ductor Aciei Pun.: D. Marianus Mezguia.
Decuriarum Centurio: D. Dominicus Burgaleta.	Decuriarum Ductor: D. Pascasio Cris- tóval.

3. EX CLASSE SUPREMA

<i>Romanorum</i>	<i>Carthaginiensium</i>
Censor Maximus: D. Dominicus Ibarra.	Censor Maximus: D. Ciriacus Serrano.
A Secretis: D. Angelus Rodríguez.	A Secretis: D. Josephus Endara.
Imperator: D. Joachin González.	Imperator: D. Marianus Labiesca.
Aquilifer: D. Antonius Prado.	Signifer: D. Didacus Aguirre.
Centurio Principum: D. Brunus Paz.	Ductor Aciei Pun.: Cristof. Retamar.
Decuriarum Centurio: D. Manuel Gaínza.	Decuriarum Ductor: D. Joseph Bravo.

4. EX CLASSE MEDIA

<i>Romanorum</i>	<i>Carthaginiensium</i>
Censor Maximus: D. Thomas Hernando.	Censor Maximus: D. Franciscus López.
A Secretis: D. Hyacinthus la Calle.	A Secretis: D. Marcus Laplaza.
Imperator: D. Joseph Martini.	Imperator: D. Joseph González.
Aquilifer: D. Enmanuel Obispo.	Signifer: D. Enmanuel Ruiz.
Centurio Principum: D. Matheus Eguert.	Ductor Aciei Pun.: D. Raymundus Méndez.
Decuriarum Centurio: D. Petrus Méndez.	Decuriarum Ductor: D. Aloysius Mandint.

(Alio loco videantur gradus duorum classium infimarum mensis Mii.)

## VI

### CANTINELAS QUE SE CANTAN AL NEGLIGENTE (Instrumentos, s/f. AHN. Sec. Jes. Lib. 760)

Estudiante descuidado  
perezoso muy bonito  
que por lo lerdo serás  
más que hombre gran borrico.  
Hinca la rodilla en tierra  
y escucha con atención  
que por tu grande descuido  
quiero darte esta lición.  
Si quieres aprouechar  
has de estudiar en tu casa  
con muy grande aplicación  
y sin mirar lo que passa.

Sin perder parte del tiempo  
encenderás una vela  
que aquel es buen estudiante  
que antes las cejas se quema.  
Mozo floxo y negligente  
mira qual te has quedado  
corrido y avergonzado  
delante de tanta gente.  
Estudiante que no quieres  
como se debe estudiar  
aora verás que tu logro  
es la cola que te dan  
es la cola que te dan.

## VII

### CANCIONES PARA EL RETO EN LAS CLASES (Instrumentos, s/f. BRAH. Papeles de Jesuitas. Sig. 9/3864)

Por majadero se tiene  
al que aviéndole advertido  
su flogedad y descuido  
no se enmienda y se previene.  
Trauja si tienes honrra  
los desprecios sacudiendo  
y a tu contrario venciendo  
librándote de la gorra.  
Y como noble soldado  
que a golpes consigue gloria  
sabrán todos as ganado  
publicando tu victoria.

Señores:

Por mi descuido y desgracia  
fui castigado por flojo  
mas oy con toda eficacia  
quiero conseguir con gracia  
la victoria de mi enojo:  
Contra: N...

## VIII

### ACLAMACIONES A LOS VENCEDORES EN LAS CLASES (Instrumentos, s/f. BRAH. Papeles de Jesuitas. Sig. 9/3864)

Al Emperador

Ave César victorioso  
y no al rigor de las armas  
sino en virtud de las letras  
en que te rendimos parias.  
Sube al solio pues tu pluma  
se a remontado tan alta

que de las planas mejores  
te a construido peana.  
Recibe cetro y corona  
pues que te llevas la palma  
que en vítores repetidos  
ya nuestras lenguas te aclaman.

Todos: Víctor al que a savido con mejor plana  
en la silla primera sentar su Alcázar.

Al Rey

Con los cortes de tu pluma  
el nudo de la ignorancia  
cortaste tan doctamente  
que tus súplicas monarca  
logra la regia corona  
a que aspiró tu constancia  
que tanto premio publica.  
Los méritos que la ensalzan  
las semanas de Daniel  
la goces no una semana.  
Diciendo nuestros azentos  
quando rimbombe la caja.

Todos:

Viua el Rey de la escuela  
donde Alemania  
para rey de los Romanos  
halle la pauta.

Al Príncipe

Príncipe eroyco por quien  
goza la regla mediana  
excepción al fin que ilustra  
a todo el confín de Francia.  
Ciñe el invicto laurel  
para que nunca tus planas  
de los rayos del descuido  
lleguen a ser fulminadas  
y en nuestras voces festivas  
por la dignidad que alcanzas  
con sus clamores dirán  
siendo trompas de tu fama.

Todos:

Víctor al que a savido con mejor plana  
en la silla tercera sentar su Alcázar.

## IX

POESÍA JOCOSA EN LA ACADEMIA DE LETRAS DEL COLEGIO IMPERIAL  
(Instrumentos, s/f. BRAH. Papeles de Jesuitas. Sig. 9/3864)

Quedo Señor Manzanares  
lleno de sed y de arena  
con sus polbitos de agua  
como azúcar y canela.  
Quien le dijo a usté que sólo  
usté ha de criar poetas  
y savandixas, insectos  
de obas, lamas y gallegas.  
Ansares o cisnes junta  
con que la envidia no quiera  
mas como cisnes mui raros  
cantan bien hasta que mueran.  
Estas coplas vergonzosas  
piden de limosna audiencias  
o al coadjutor más ocioso  
de la sagrada Academia.

Entro humildemente yo  
por deuaxo de la puerta  
al grado de la cocina  
de Esforzia y pido la venia.  
Por estas coplas señora  
haced que se me dé en letra  
el chocolate y los dulces  
que me tocan por poeta.  
Y no tengas a osadía  
esta petición modesta  
que otros sin abrir la voca  
en todo el día la cierran.  
Y adiós que lleno la copla  
con mi marqués y marquesa  
perdonad el mí que ha sido  
necesidad no llaneza.

COLEGIO IMPERIAL. CUADRO SOBRE EL PLAN DEL P. FERNANDO VALDÉS EN 1639  
Horario y distribución de materias en los días lectivos ordinarios desde octubre a mayo

Horas	REMINIMOS	GENERISTAS	PRETERISTAS	SINTAXISTAS	HUMANISTAS	RETÓRICOS
8 - 8,30	Declinar. Arte. Lib. 1.º	Géneros. Arte. Lib. 2.º	Pretéritos. Arte. Lib. 3.º	Sintaxis. Arte. Lib. 4.º	Silabas. Arte. Lib. 5.º	Retórica. Cipriano Suar.
8,30 - 9	Disputas. Bandos.	Disputas. Bandos.	Disputas. Bandos.	Disputas. Bandos.	Griego. Cienardo.	Griego. Cienardo.
—	Intermisión. Repasos.	— —	— —	— —	— —	— —
9,30 - 10	Conjugar. Arte. Lib. 1.º	Prelección. Fedro. Fábulas.	Prelección. Cicerón. Cartas.	Prelección. Cicerón. Orac.	Prelección. Orador. Cicerón.	Prelección. Orador. Cicerón.
10 - 10,30	Repetición. Construcción.	Repetición. Ortografía.	Repetición. Ortografía.	Repetición. Ortografía.	Historiador. César. Just. Nep.	Historiador. Salustio. Livio.
14,30 - 15	Gramática. Arte. Lib. 1.º	Prelección. Esopo. Fábulas.	Prelección. Cicerón. Cartas.	Prelección. Ovidio. Tristes.	Prelección. Poeta. Virgilio.	Prelección. Poeta. Horacio.
15 - 15,30	Ejercicios. Activas y pas.	Repetición. Tema.	Repetición. Tema.	Repetición. Tema.	Repetición. Construcción.	Repetición. Construcción.
15,30	Intermisión. Repaso. Decur.	Intermisión. Repaso. Decur.	Intermisión. Repaso. Decur.	Intermisión. Repaso. Decur.	Intermisión. Repasos.	Intermisión. Repasos.
16 - 16,30	Composición.	Composición.	Composición.	Composición.	Composición.	Composición.
16,30-16,45	Disputas Bandos.	Disputas. Bandos.	Disputas. Bandos.	Disputas. Bandos.	Lectura. Declamación.	Lectura. Declamación.

Los jueves por la mañana: Erudición. Diálogos de Vives. Instituciones.  
Los sábados repasos generales de las lecciones semanales.

Pozzo<sup>1</sup>, que había hecho otro tanto durante el anterior viaje a París. Sus noticias tienen extraordinario interés bajo muchos aspectos: político, literario, artístico, etc., según trataremos de probar en varios trabajos en prensa, pero en esta ocasión las utilizaremos para contrastar sus versiones con la de los textos españoles ya conocidos y exponer cuanto éstos omiten de la vida cotidiana en la Corte de Felipe IV.

### El Cardenal y su séquito

Francesco Barberini, nacido en Florencia el 23 de septiembre de 1597, había cursado estudios jurídicos, literarios y filosóficos en la Universidad de Pisa, donde se graduó en ambos Derechos en 1623. Ese mismo año era elegido Papa su tío Maffeo Barberini, que inmediatamente le llamó a Roma, haciéndole alojarse en el palacio apostólico, y el 2 de octubre le designaba cardenal diácono. A partir de ese momento le fue asignando cargos y honores de todo tipo, hasta llegar a convertirle en el personaje más poderoso del Vaticano, pero esta exaltación la inició encomendándole una labor tan poco adecuada como la de enfrentarse diplomáticamente, a los veintisiete años, con políticos tan avezados como Richelieu y el Conde-Duque de Olivares<sup>2</sup>.

Para su debido asesoramiento y fasto, contó en ambas legacías con un brillantísimo y copioso séquito, en que era figura esencial Monseñor Giambattista Pamfili, veintitrés años mayor que él, Patriarca de Antioquía, que en 1644 ocuparía el trono pontificio con el nombre de Inocencio X, convirtiéndose en su más duro perseguidor. Venían también otros tres preladados: Lorenzo Azzolini, Obispo de Fermo, donde nació en 1583, y miembro de la Secretaría de Estado, autor también de un Diario del viaje del que sólo se conserva la parte correspondiente al regreso de Madrid a Roma; Monseñor de la Leonesa, arzobispo de Consa, cuya inclusión no parece muy acertada, ya que fue origen de constantes incidentes, y Monseñor Santa Croce, varios parientes de los pontífices anteriores<sup>3</sup> y un grupo de brillantes escritores

---

<sup>1</sup> CASSIANO DAL POZZO, [*Diario*]. Copia del siglo XVII, sin portada, en 264 fols., procedente de la Biblioteca Barberini y conservada hoy en la Vaticana con la signatura Barb. lat. 5689. Han publicado la parte correspondiente a la visita al monasterio de El Escorial E. HARRIS y G. DE ANDRÉS, en *Archivo Español de Arte*, XLV, Madrid, 1972, en un anejo de 33 páginas al n.º 193. Fue utilizado por FRANCISCO INIGUEZ ALMECH para su libro *Casas reales y jardines de Felipe II*, Madrid, C.S.I.C., 1952.

<sup>2</sup> A. MEROLA, «Barberini, Francesco», en *Dizionario biografico degli italiani*, tomo VI, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1964, págs. 172-176.

<sup>3</sup> Los componentes del séquito, según relación que figura al final del *Diario* de Pozzo (folio 264), eran:

*Ruolo della famiglia del Illmo. Signore Card. Barberini per la legazione in Spagna:*  
L'Illmo. Sr. Card. Patrone, Mons. Arciu.º di Consa, Gentilhi., Camri. et Secri. 1.2.2, Monsr.



En la abundante iconografía del cardenal Francesco Barberini, este retrato es el que parece más próximo a la fecha de su viaje a España. (Grabado de Octavio Leone, fechado en 1624.)



Retrato de Casiano dal Pozzo hecho en 1624, es decir, dos años antes de su llegada a Madrid.  
(Grabado de Francesco Villanueva.)

entre los que figuraban el poeta Girolamo Preti, que enfermó durante la travesía y hubo de quedarse en Barcelona, donde falleció el 6 de abril; Giovanni Battista Doni (n. y m. en Florencia, 1594-1647); el dominico escocés George Conn, biógrafo de María Estuardo, y el propio Cassiano dal Pozzo, nacido en Vercelli el 12 de febrero de 1583, hijo de un jurisconsulto de familia noble, que se educó en Bolonia y Pisa junto a su tío el arzobispo Carlo Antonio, hasta doctorarse en Leyes y que después de residir algún tiempo en Florencia fue nombrado por el Gran Duque juez ordinario de Siena, cargo que ejerció en los años 1608-1611, trasladándose luego a Roma, donde prosiguió sus estudios, que abarcaban de la Arqueología a las Ciencias Naturales, y se relacionó con eruditos e intelectuales, ingresando en 1622 en la Academia de los Lincei donde presentó un discurso titulado *L'Uccelliera*, que trataba de la naturaleza y propiedades de los pájaros, en especial de los que cantan, ilustrado con dibujos de Tempesta y Villamena. Urbano VIII le incorporó a su servidumbre, siendo sucesivamente gentilhomme, familiar y copero o primer maestro de cámara <sup>4</sup>.

Vesc.º della Ripa. 1.2.2, Mons. Panfilio Datario. 1.2.2, Monsr. Sta. Croce. 1.2.2, Sr. Abbe Gaetano. 1.2.2, Sr. Matteo Sachetti. 0.2.2.

Signori: Ascanio Filomarino. 1.1, Cau.º dal Pozzo. 1.1, Conte Gio. Vidone. 1.1, Gio. Ant. 2 Raggi. 1.1, Conte Caldarino, Tomaso Rinuccini, Caure. Bichi, Jacinto del Bufalo, Prior Piccolomini, Antonio Landi, Giulio Pospigliasi, Ascanio Piccolomini, Tomaso Saluiati, Conte Carpegna, Girolamo Preti, Cau. Muti, Cau. Magalotti, Fabritio Ferretti, Scipion Battaglini, Cau. Panici, Gio. Batta. Alalcona, Taddeo Colicola, Giorgio Coneo, Gio. Batta. Doni, Ant.º Minutoli, Alfonso Maurelli, Dom.º Cinquini, Duran Abbne., Cau. Giulio Grisogoni, Marcello Argenti, Gio. Manderò, Bart.º Passarini Mro. di Casa, Matteo Belloni forier., Gaetano Branconio, D. Santi Caudro., Pre. Confessore e Compagno, Pre. Zaccaria Bouerio e compag.º, D. Alonso elemosinri., D. Berno. Scala crocifero, D. Santi Conti, Franco. Perla sotto med.º, Giuseppe Persico aiutante di Segria., Scrittore di Bolle, Regratore, Thesoriere, Compusista, Federigo Troilo e D. Martio, della Segria.

Aiutanti di Cam.º: Luciano, Guardarobba, Angelo, Agostino, Gasparo, Gio. Batta. Spetle., Garufto, Gasparo Paolino, Scopator Segr.º

Offitiali: Angolino M.º di Stalla, Onofrio Guardarobba, Franco. Prin Spendre., Cristof.º aiutante al Mro. di Casa, Quintilio Scipe. dispensre., Gio. Domco. Bonf.º Infr. e Barbieri, Credenziere con 2 Aiut., Bottigliere con un Aiute., Cuoco con 2 Aiuti., Trombetta, Due Corrieri, Facchini 4, Lettighiere.

Para frenzi, del Sr. Cardle.: Decano, Gasparo, Gio. Paolo, Alessro. e Giobatta. 8, Vinc.º, Vaulini e Liene.

<sup>4</sup> GIACOMO LUMBROSO, «Notizie sulla vita di Cassiano dal Pozzo, protettore delle Belle Arti...», en *Miscellanea di Storia Italiana...*, V, Turín, Fratelli Bocca, 1874, págs. 129-388.

Una amplia noticia de otros escritos sobre él y de manuscritos suyos, puede verse en GIUSEPPE GABRIELI, *Il Carteggio scientifico ed accademico fra i primi Lincei (1603-1630)*, Roma, G. Bardi, 1925, págs. 197-98 (Memorie della R. Accademia Nazionale dei Lincei. Classe di Scienze morale, storiche et filologiche, serie 6.º, vol. I, fasc. 2), y *Verballi delle adunanze e Cronaca della prima Accademia Lincea (1603-1630)*, Roma, G. Bardi, 1927, 26 hs. (Memorie..., serie VI, vol. II, fasc. 6, págs. 463-512.) De sus actividades artísticas, se ocupan FRANCIS HASKELL y SHEILA RINEHART, «The Dal Pozzo Collection, Some new Evidence», en *Burlington Magazine*, CII, Londres, 1960, págs. 318-26, y C. VERMEULE, «The Dal Pozzo-Albani Drawings of Classical Antiquities», en *Art Bulletin*, XXXVIII, 1956, págs. 32-46.

### Paso por Alcalá de Henares y llegada a Barajas

El 18 de marzo se desembarcó en Barcelona y después de unos días de descanso se emprendió la marcha.

Desde el límite de Aragón y Castilla, la comitiva del Cardenal compuesta por varias carrozas, dos caballos y veintiocho acémilas, se vio incrementada con la del conde de Oñate y de Villamediana, Correo Mayor de S.M., que por orden suya salió allí a recibirle junto con varios caballeros de diversas Ordenes militares, cien caballos y setenta y ocho acémilas que portaban todo lo necesario para el servicio de cocina, mesa y recámara, yendo acompañado hasta de una compañía teatral destinada a actuar en los ratos de descanso, cosa que no llegó a ocurrir<sup>5</sup>.

El 8 de mayo, cuatro leguas antes de Alcalá de Henares, este cortejo se encontró con otro, a cuyo frente venía el conde de Puñonrostro, que precedido de dos trompetas, con tres coches de a seis mulas cada uno y noventa caballos, venía —en nombre del Infante Cardenal, a quien como arzobispo de Toledo pertenecía Alcalá— a entregarle una carta de bienvenida. Después de la recepción oficial en la puerta de los Mártires, se dirigieron todos a través de las calles engalanadas al Palacio Arzobispal, alojamiento preparado para una estancia que se suponía de varios días de duración, ya que era menester dar tiempo para que el Rey regresara a la Corte.

Algo anómalo e imprevisto tuvo que acontecer, pues al día siguiente dice Peña, «partió el señor Legado para la villa de Barajas, sin que la Iglesia y Universidad huviessen tenido lugar de cumplir con los feruorosos deseos que tenían de servirle, y festejarle»<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> *Relación de la partida que hizo el Conde de Oñate y Villa-Mediana, Correo mayor general de su Magestad, de su Corte y Villa de Madrid, para la raya de Aragón, a recibir allí, acompañar y traer a la dicha Corte al Ilustrísimo Señor Cardenal Barberino, sobrino de su Santidad Urbano VIII y su Legado Alatere, auiéndosele su Magestad mandado y encargado al dicho Conde desde Barcelona, Madrid, Bernardino de Guzmán [s. a.], 3 hs.*

<sup>6</sup> JUAN ANTONIO DE LA PEÑA, *Discurso de la jornada que hizo a los Reynos de España el Ilustrísimo y Reuerendísimo señor don Francisco Barberino Cardenal, título de S. Agueda, Legado à latere de N. muy S. P. Urbano VIII y su sobrino: con relación de las ceremonias con que se eligen los Legados en Roma: entrada que hizo en esta Corte: Bautismo de la señora Infante: y fiestas del Corpus*, Madrid, Luys Sánchez, 1626, 22 fols. El texto reproducido figura en el folio 5v.

Otro relato de conjunto, pero mucho más breve, es:

JUAN DE LA REA, *Relación de todo lo sucedido en la Legacia del Ilustrísimo señor D. Francisco Barberino, sobrino de la Santidad de N. Beatísimo padre Urbano Octauo, donde se refiere su jornada, desde Roma a esta Corte, Entrada, Recebimiento, Visitas, assi a los señores Reyes, y Infantes, como a los Monasterios de monjas, y frayles, Bautismo, y Processión del Corpus. Va también el traslado de la Carta que su Santidad embió a la Reyna N. S. [s. l.-s. i.] [s. a.], 4 hs.*

Existe además una relación francesa: *Récit des grandes magnificences faites au très illustre Légit à son arrivée en Espagne avec les cérémonies et pompes faites au baptême*

Además, el Nuncio y numerosos embajadores y nobles se habían desplazado desde Madrid para saludar al Cardenal, por lo que la decisión tuvo que resultar aún más desconcertante. De las notas de Pozzo se deduce que los estudiantes debieron ser los principales responsables de esas medidas:

«El Sr. Cardenal pensaba celebrar a la mañana siguiente en la catedral (*sic*), pero por hallarse muy acatarrado y haber sabido que en esta ciudad hay Universidad y estudiantes bastante insolentes, que con la abundante concurrencia de hombres y mujeres a la iglesia podrían hacer cualquier insolencia, que en aquel tumulto tendría que sufrir, queriendo cada uno besarle ya la muceta, ya las manos, resolvió partir a la mañana siguiente y acordó con el conde de Villamediana ir a Barajas, lugar del marqués (*sic*) hermano del cardenal Zapata... Se tomó esta resolución por saber que en San Jerónimo de Madrid, donde decían que podía ir y estar retirado hasta la llegada de S.M. no había cosa alguna en orden» (fols. 28v-29r).

Puesto que la decisión se tomó la misma noche, es de suponer que lo ocurrido al llegar hacía presumibles esos tumultos:

Las primeras horas del día 9 las dedicaron a visitar la iglesia magistral y el convento de las Bernardas, adonde fueron en carroza, y de los que Pozzo dice lo siguiente:

«La iglesia de [en blanco] donde están los cuerpos de muchos santos en una capillita bajo el altar mayor por la parte de dentro. Allí se ve una piedra que está como manchada de aceite sobre la cual fueron puestos los cuerpos de dichos santos y de la que durante gran tiempo goteó óleo. A la entrada de dicha iglesia, a mano izquierda, se veía una cantidad grande de letreros cuadrados, de dos brazas de largo y de ancho, donde estaban los nombres de diversos condenados por el Santo Oficio por herejes o marranos, con nombres, apellidos y patria, efigie y llamas, y estaban puestos de manera que parecía un adorno.

La iglesia de los frailes (*sic*) de San Bernardo, fabricada por el Cardenal Sandoval, es de forma oval y tiene seis capillitas a cada lado. Está adornada con bellísimas pinturas y estucos y una balaustrada de hierro dorado con mordiente. El tabernáculo es de grandeza extraordinaria y bellissimo y lo rodean hermosas pinturas. Iglesia que, ciertamente, por su suma elegancia no tiene que considerarse inferior a ninguna otra» (fol. 29r).

El conde de Puñonrostro, una vez cumplida su misión, emprendió el regreso a Madrid, pero al pasar por Torrejón se encontró con que se estaba celebrando la festividad de San Gregorio y entonces ordenó a sus gentes que oyeran Misa y luego se solazaran; con sorpresa, al poco tiempo vieron aparecer de nuevo a la comitiva del Cardenal, con cuyos servidores confraterniza-

---

*de la Sérénissime Infante, fille du Roy Catholique. Ensemble la lettre envoyée par Sa Sainteté à la très Auguste Reyne des Espagnes.* Paris. I. Bourriquant. 1626. 16 págs. Hay un ejemplar en la biblioteca parisina de Santa Genoveva con la signatura Q.8.º 26 bis Res. (p.14).

ron los del Conde, pues «con platos de regalo les dieron un refresco, a fuer de buenos camaradas y caminantes».

Así dice Peña, cuyas palabras siguientes dejan vislumbrar de nuevo un episodio desagradable, pues escribe:

«El señor Legado entró en Barajas y se apeó en el Palacio del Conde, donde huiera sido singular su regalo, y hospedage, si su venida fuera prevista de los señores Conde, y Cardenal Zapata, como no lo fue» (fol. 5v).

Pozzo se encarga de exponernos con toda minuciosidad lo ocurrido. El Patriarca Pamfili y Giorgio Coneo que se habían anticipado, encontraron la casa tan desordenada, que ni cerraduras tenían la mayoría de las puertas. Tampoco había muebles ni alimentos y todo lo que se pudo conseguir fueron algunas mesas y sillas y unos huevos para los prelados, pero como el cardenal Sachetti no podía tomarlos lograron para él una lechuga, pero no aceite ni vinagre para aliñarla. Así pasó la noche, pero al día siguiente, a la hora de almorzar se organizó un gran escándalo, iniciado por Filomarino y proseguido por Pamfili, que gritaba a Passarin: los gentilhombres consideraban inadmisibile que se les hiciera comer junto a los criados de menor categoría, casi sin cubiertos y con tres vasos para todos. Naturalmente, todo este desbarajuste era el resultado de la imprevista determinación de abreviar la estancia en Alcalá, sin dar tiempo a que los encargados de preparar los alojamientos les precedieran en la ruta, según costumbre.

Mientras todas estas incidencias se desarrollaban de puertas adentro, el Cardenal comenzó una nueva vida, yendo a diario a decir misa al convento de frailes recoletos o a la parroquia del pueblo y recibiendo las visitas de personajes de la Corte y de enviados de diversas damas, como la princesa de Mérito, la duquesa de Pastrana, la condesa de Olivares y la marquesa del Carpio. Nada menos que dos semanas tendrían que permanecer aquí y poco a poco se fueron normalizando las cosas, porque fueron llegando los avituallamientos de la expedición, se trajeron otros de la capital y el conde de Barajas, propietario de la residencia, se presentó en cuanto tuvo noticia de la prematura aparición de sus huéspedes.

Especial alegría produjo la llegada de los varios miembros de la expedición que habían tenido que quedar hospitalizados en Aviñón y en Barcelona, a causa de una epidemia que se produjo en los navios. Faltaban, no obstante, varios que fallecieron, entre los que se contaba el insigne poeta Girolamo Preti.

De los numerosos personajes que desfilaron por allí durante estos días, Pozzo nos dejó unos cuantos curiosos retratos, como éstos:

«El Condestable de Castilla, que parece tener unos 22 años, es pequeño de estatura, de cara morena más ancha que corta. Traía consigo un hermano sordomudo de nacimiento, que de un tiempo a esta parte ha comenzado a decir algunas palabras que profiere con voz muy disonante, causando asombro. Se entiende por señas con su madre y tiene unos 16 años, bastantes buenas facciones y de no saberlo nadie sospecharía su defecto» (fol. 30r).

«El marqués de Este, general de los hombres de armas del Estado de Milán, es señor de buena estatura, cara más ancha que larga y aparenta unos sesenta años» (fol. 30v).

«El arzobispo de Sevilla vino en una soberbia carroza, con seis de los más hermosos bayos que se han visto, acompañado de otros dos carruajes con gentilhombres de hábito largo, en gran parte caballeros de Santiago. De fea presencia y de nariz corvina, iba todo afeitado, y un poco hinchado. Está conceptuado como hombre más diestro para el servicio en la Corte y máxime con el favorito del Príncipe, que literato, habiendo mostrado pobreza de ingenio en algunos sermones pronunciados ante el Rey» (fol. 32).

«El conde de Aigmont, embajador extraordinario de la infanta de Flandes, caballero del Toisón y Grande de España, de 30 a 32 años de edad, de buen aspecto, estatura normal, cara alargada y pálida, barba larga pero rala» (fol. 32v).

Como única distracción, el día 14, después de visitar un jardín del conde de Barajas, se situaron al borde del camino para presenciar el paso del cortejo real que se dirigía a Madrid.

### Visita a Aranjuez

En vista de que la entrada en Madrid se demoraba, alegando la enfermedad de un Sr. Vilelas y la espera de 15 ó 20 caballos de respeto que eran menester, el Cardenal y el Nuncio decidieron ir a visitar Aranjuez, noticia que no agradó al conde de Oñate que les previno los inconvenientes que podrían derivarse de esta nueva improvisación. Por Vicálvaro y Valdemoro se dirigieron hacia allá en carrozas y en un convento de frailes en que hicieron alto sufrieron las habituales faltas. Llegaron a su destino poco después de media noche y se encontraron con unas cámaras limpias y perfumadas, adornadas con flores, pero sin lechos, por lo que hubo que empezar por instalarlos para todos. Salvo dos, no cenaron y sólo tomaron algunos dulces y agua, porque el vino apestaba a pez. Les llamó también la atención observar que en las cocinas, por la carestía de la madera, calentaban el horno con estiércol bovino seco.

A la mañana siguiente, en compañía del conde de Oñate —que había llegado durante la noche—, realizaron una visita al Palacio, comenzando por las habitaciones reales, accesibles por dos escaleras, una grande y desahogada y

otra corriente. De las estancias, lo que más le extrañó fue la falta de toda ornamentación en las paredes, a la vez que se fijaba en diversas piezas de mármol, análogo al de diversos lugares de Italia, pero que según le dijeron procedía de Toledo y de Lisboa, pareciéndole más bello el primero.

Curiosamente, lo que consideró más valioso de todo fueron dos cuadros destinados a ser sustituidos más tarde y a desaparecer sin dejar rastro. En el oratorio real, contemplaron uno de unas tres brazas de alto y cinco de largo, «de una Piedad, o sea Cristo muerto con la gloriosa Virgen y las Marías, de Tiziano, obra bellísima, de la cual hay grabado»<sup>7</sup>. Por una galería, recubierta de hermosos azulejos, pasaron a los dos jardines secretos, donde había algunas fuentes con tazas muy simples y poco agua, y en una hornacina una estatua de mármol de Felipe II con una inscripción en español, mientras que en un cuadro de piedra, en bajo relieve «y de buenísima mano», estaba un retrato de Carlos V. En una serie de hornacinas podían verse bustos —en parte de bronce— de emperadores, cónsules y dictadores romanos, en parte modernos o rehechos, y también de Aníbal. En la vegetación no vio cosa alguna notable, salvo un árbol que llaman «leño santo» y dos ejemplares muy grandes de áloes.

En la Capilla admiraron una «tabla famosísima de Tiziano, que es una Anunciación con el Angel que en un ángulo se inclina arrodillándose, mientras que la Virgen, en un reclinatorio formado por un águila, se vuelve para escuchar el mensaje divino. De las dos figuras y de los paños no se puede decir otra cosa sino que son de Tiziano, que complacido de su obra puso allí bien ostensible su nombre». Describe luego los diversos planos y el fondo, con todo detenimiento y expresiones entusiastas, para acabar considerando indigno el marco utilizado<sup>8</sup>.

Pasaron luego a los jardines de la Isla, donde había animales muy curiosos, como avestruces, pollos de leche, etc., y numerosos gazapos. Les mos-

---

<sup>7</sup> «En el oratorio interior del cuarto real, donde el Rey oía misa, se puso un retablo de pintura en lienzo sobre tabla de Cristo nuestro Señor, como le ponían en el sepulcro, de mano del Ticiano, con molduras de dorado y negro y su cortina de tafetán azul... Esta pintura del Ticiano se llevó al oratorio de Aceca, y allí estaba el año de 1614. Hoy no existe en una ni otra casa Real» (JUAN ANTONIO ALVAREZ DE QUINDÓS Y BAENA, *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, Madrid, Imprenta Real, 1804, pág. 197).

<sup>8</sup> De este cuadro dice el citado Alvarez de Quindós, pág. 208, que se retiró al hacer la nueva Capilla para sustituirle por otro encargado a Mengs, que no llegó a traerse, mientras que éste fue enviado a Madrid.

Parece ser el citado con el n.º 180 en el catálogo de *La obra pictórica completa de Tiziano*, introducción de Corrado Cagli, biografía y estudios críticos de Francesco Valcanover, Barcelona, Noguer, 1974, donde se dice que figuró en los catálogos reales hasta 1789, que en 1794 estaba en casa de Bayeu y que se extravió en la época de la Revolución (sic) francesa.

traron los productos típicos de la tierra: espárragos verdes, miel, manteca y leche. Tras atravesar un puente, vieron diversas estatuas de bronce antiguas que sirven de fuentes, una con una Venus desnuda a la que por modestia habían cubierto sus vergüenzas, otra con la figura de un joven y una inscripción latina que copia y una tercera en cuyo hay una estatua en bronce de Carlos V, siendo ocho en total. Además, en un rellano había otras cuatro de plomo, de invención bastante similar a las que hizo Cammillo Garffi para el cardenal Farnese, y en otro lugar, una Venus yacente de metal, moderna. Al extremo del jardín, caía una cascada del río con gran estruendo y vista maravillosa. Se extiende luego en la enumeración de otras fuentes, clases de árboles y de animales con la atención propia de un naturalista que pasó aquí sin duda una de las más felices jornadas de su expedición.

Al regreso, pasaron por Pinto, donde se detuvieron en la casa de don Luis Carrillo, marqués de Caracena, señor de la Villa, donde contemplaron un cuadro que representaba la expulsión de los moriscos del reino de Valencia, cuando era Virrey dicho D. Luis, que tuvo a su cargo el hacerles embarcar. De allí, atravesando El Pardo, fueron a Barajas, donde llegaron a media noche.

#### Divergencias protocolarias

Aunque no digan nada de ello los autores de relaciones ni Pozzo, antes de la entrada en Madrid hubo que resolver ciertas divergencias protocolarias, tarea a la que sin duda se dedicaron el Nuncio y los cortesanos que realizaban frecuentes viajes entre Madrid y Barajas.

Por parte del Cardenal se pretendió hacer su entrada en la Corte bajo palio, alegando que tres años antes se había tributado ese honor a un calvinista como el Príncipe de Gales. A esto se le respondió que no podía hacerse con él ni menos ni más que con los otros cardenales legados que le habían precedido: «Egidio Viterbense, Juan Poggio, Jacobo Boncompaño, y Alexandrino.» En vista de ello, renunció a su petición.

Por parte española se le pidió que cediera la mano derecha y diera el tratamiento de Altezas a los infantes D. Carlos y D. Fernando. Se negó a lo primero en cuanto a D. Carlos y lo admitió respecto a D. Fernando, pero no por su calidad civil, sino en cuanto cardenal más antiguo, y no puso reparo a lo del título. Esta fue la causa de que después sólo el Cardenal Infante fuera a darle la bienvenida y que al ser visitado alegara una enfermedad para esquivar la cuestión de los lugares<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES, *Historia de don Felipe IIII Rey de las Españas*, Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1634, fol. 260.

## Llegada a Madrid

Cuenta Pozzo que el domingo 24 de mayo, el Cardenal dijo Misa temprano en el convento de frailes observantes de Barajas y al salir de la iglesia montó en una carroza con los prelados, mientras que en la del Nuncio se acomodaron Filomarino, Piccolomini, el P. Tadeo Collicola y él, y a paso lento se encaminaron al monasterio de San Jerónimo, donde llegaron a las nueve de la mañana. «Este es un buen convento de padres jerónimos, distante dos arcabuzos de la Puerta de Alcalá» (fol. 38).

En lo que sigue, coincide plenamente con Peña, que dice:

«Salieron a recibirle el Prior y Conuento con Cruz, y Palio, y auiendo su Illustríssima tomado agua bendita a la entrada de la Iglesia donde le tenían un siñal, se entonó el *Te Deum laudamus*, y con las demás ceremonias que el Ritual ordena en estos casos llegaron al Altar mayor: hizo oración su Illustríssima, y passó al colateral derecho donde está la deuotíssima Imagen de nuestra Señora de Guadalupe, y hizo oración, y de aquí subió a su quarto, que para esta ocasión se preuino el mismo que tienen en San Gerónimo las personas Reales, donde se aposentó y le dio la llave dorada del, don Antonio Sarmiento de Acuña, del hábito de Calatraua, haziendo las vezes del Conde de Gondomar su padre, Alcayde desta Real casa: la Iglesia estuuo colgada de los reposteros que tiene esta casa, que son las armas del Rey don Enrique IIII su Fundador, labrados de terciopelo y bordadura» (fol. 7).

Nada dice Pozzo de estos reposteros, pero en cambio le llamaron extraordinariamente la atención los tapices de las habitaciones reales, cuyos temas mitológicos describe minuciosamente, y los doseles. A la entrada de las mismas le recibió el conde de los Arcos, uno de los cuatro mayordomos mayores de S.M., que a partir de aquel momento sería su nexos de unión permanente con la Corte.

Fracasadas las gestiones del duque de Sessa para ser encargado de recibir al Legado a su llegada a Barcelona, lo único que pudo conseguir es que se le encomendara la misión de ir a darle la bienvenida en nombre del Rey, asunto al que Peña tuvo la ocurrencia de dedicar un capítulo al que tituló «Acción del Duque de Sessa», lo que ha motivado interpretaciones erróneas sobre el papel que jugó durante la estancia del Cardenal, que fue casi nulo, ya que quedó reducida a esto y a las audiencias protocolarias. Y hasta es posible que en esta mínima concesión pesase más su linaje que su persona, pues la relación de obras teatrales ofrecidas al visitante en el Real Alcázar prueba que hubo un marcado interés en recordar las proezas del Gran Capitán (antepasado del Duque) y de otros que como él infligieron graves derrotas a los franceses en suelo italiano. He aquí cómo cuenta la ceremonia Peña:

«A las diez de la mañana salió de su casa acompañado de muchos señores, Títulos y Caualleros el señor don Luis Fernández de Cordoua, Duque de Sessa, progeñie del Gran Capitán Gonçalo Fernández de Córdoba, digno sujeto de memorias eternas: fue a Palacio, y de aquí haviendo tomado el orden de su Magestad a san Gerónimo, lleuándole en medio el señor Duque de Alburquerque, y señor marqués de Liche: la gala fue negro con muchos diamantes, y oro; y el de Liche lleuaua en el sombrero unos tan grandes y lucidos que pudieran a tener luz intrínseca apostárselas a la mejor Estrella. Los lacayos y pages fueron con vistosas libreas. Y subiendo el de Sessa al quarto del señor Legado acompañado de los señores, le dio la bienvenida de parte de su Magestad. Su Illustríssima respondió con la estimación de palabras que se deúa a tan gran fauor, honrando mucho a todos aquellos señores, y en especial a los Grandes. Boluió el de Sessa con el mismo acompañamiento a Palacio a dar a su Magestad la respuesta» (fols. 7v-8r).

A esto Pozzo añade un curioso retrato del personaje: «Aparenta el Duque unos 56 años de edad, es de rostro redondo, piel morena, ojos grandes, barba casi rasa y tiene en el rostro no sé qué cicatrices. Mantiene en su indumentaria cierta singularidad, ateniéndose a la moda antigua y usando particularmente una gola desmesurada» (fol. 39r).

Como Lope de Vega, cuando supo que el Duque había recibido este encargo, le escribió pidiéndole que le dejara acompañarle como uno de sus criados, se ha venido suponiendo que así lo hizo y que este fue el momento en que fue presentado al Cardenal. Los datos expuestos indican que sólo tuvieron acceso a la estancia los señores y que todo se redujo a unas saluciones protocolarias, entre otras cosas por la corta duración del acto, pues antes de las once habían sido ya recibidos los representantes de la Villa, que fueron a ofrecer «una mula en que auía de hazer la entrada, con gualdrapa de terciopelo carmesí guarnecida de passamanos muy anchos de oro con franjas y flocadura de oro: la silla, estriuos, correones, freno, riendas y cabeçada todo de terciopelo y oro de mucho valor»<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> Sobre el acto de la entrada existen las siguientes relaciones específicas:

FRANCISCO GÓMEZ DE LEÓN, *Verdadera relación de la entrada que hizo en esta Corte su Illustríssima del señor Cardenal don Francisco Barberino, sobrino de su Santidad Urbano VIII y su Legado a Latere*. Aora de nuevo añadida, corregida y aumentada, Madrid, Bernardino de Guzmán, 1626, 2 hs.

JUAN DE LA REA, *Relación de la grandeza con que se recibió al señor Cardenal Barberino, Legado a Latere de nuestro muy santo Padre Urbano VIII*, Madrid, Iuan de Parra, 1626, 2 hs.

[*Relación de la entrada del cardenal Barberino*]. Una hoja suelta, de letra del siglo XVII, de 200 x 170 mm. En la Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 18.717 (27).

En las Actas municipales, existen las siguientes referencias a los preparativos de la entrada:

Sesión del 31 de marzo de 1626.—«En este ayuntamiento el Sr. Gabriel de Ocaña y Alarcón dijo que está nombrado con el Sr. Lorenzo del Castillo por Comisarios para

Y «a cosa de las once», llegó el Cardenal Infante don Fernando, con los caballeros y títulos de su cámara y casa y muchos criados. Hubo excepcionales cortesías, pero la entrevista no duró más de un cuarto de hora. Escribe Pozzo:

«El Sr. Cardenal Infante es un joven de 16 ó 17 años, no muy grande, que tampoco se asemeja a sus hermanos en el rostro, más redondo que largo. Tiene la piel blanquísima y los ojos turquesas, tirando a claros, sus cejas son tan blancas que apenas se distinguen y posee gracia y majestad» (fol. 39r).

Anota que su carroza no venía conducida por mulas, sino por bellísimos caballos.

Sobre la comida, dice Peña que se tenía prevenida «con la abundancia, regalo, y magestad que se presume de plato hecho por el Rey de España: si bien en medio de tantos regalos su Illustrissima muestra el exemplo y sobriedad que los grandes Prelados deuen dar de templança».

En cambio, Pozzo nos da una minuciosa información sobre todas las formalidades, pues por ser la primera vez que se sirvió «a la española» apunta el papel desempeñado por cada uno, la disposición de la mesa y de los acce-

---

prebenir las mulas y demás adereços que por mandado de su Magestad se prebienen para la entrada del nepote de su santidad que viene a una embajada particular con su Magestad y por muchas ocupaciones así de otras comisiones que tiene de esta Villa como otras no puede acudir a la dicha comisión que suplica a la Villa le aya por exonerado y nombre otro caballero en su lugar y oydo por la Villa le ubo por exonerado y en su lugar nonbró al Sr. Francisco de Sardaneta y Mendoça con el Sr. Lorenzo del Castillo» (folio 232v).

Sesión de 9 de abril.—«Que respeto de que la benida del legado se ba açercando y es necesario prebenir la mula y adereços en que a de entrar en conformidad de lo que su Magestad a mandado se acordó que se dé quenta en el Consejo para que se dé licencia para que lo que costare se pague de los adbitrios del quarto de palacio» (fol. 239r).

Sesión de 22 de mayo.—«En este ayuntamiento el Sr. don Francisco de las Cuebas y Cárdenas Corregidor entregó un billete de su Illm.<sup>a</sup> del Presidente de Castilla que es el siguiente: "Acabo de recibir dos decretos de su Magestad su fecha ocho y que dizen: El legado de su santidad a de hacer su entrada jueves 21 de éste y por que se ba prebiendo lo necesario para ello ordenó... que luego aga colgar y adereçar la iglesia de Santa María donde a de apearse el legado y que de los toldos que tiene la Villa se pongan los que fueren necesarios para azer sombra al tablado y altar que se a de açer en la puerta de Alcalá...

Y oydo por la Villa se acordó que por lo que a ella toca se execute y cumpla lo que su Magestad manda y se prebenga luego todo lo necesario para ello. Que el Sr. Antonio de Monroy haga colgar la iglesia de Santa María para el día de la entrada del Sr. Cardenal legado y lo que montare se pague por su *letra* y del Corregidor... Que se pongan luminarias generales la noche que entrare el Cardenal legado y se den achas a las personas que se dieron los passados y que lo que montaren los gastos que corrieren por la dicha entrada se paguen lo más pronto que ubiere con licencia de la junta con que no sea contra ella la dicha cantidad» (fol. 254).

Sesión del 27 de mayo.—Lorenzo Domingo reclama 400 rs. «por poner los toldos de la calle de Alcalá para la entrada del Cardenal legado y los 750 por la puente de madera que hizo en el arroyo del prado para el paso de S.M. y del Sr. Cardenal legado» (fol. 257v).

sorios, la forma de servir las comidas y las bebidas, aparte de enumerar los platos entre los que había pollo, pavo, capón, asado de ternera, pichones, mollejas y salsas. Por primera vez, como luego siempre, observó con extrañeza que no era costumbre lavarse las manos antes de empezar. Para postres hubo ciruelas de Génova, guindas, cerezas, bizcochos, miel, queso y otras cosas.

Después de un corto reposo y de recibir las visitas del embajador de Saboya, el barón d'Holingouen y el hermano del cardenal Espínola, llegó el momento de salir hacia la puerta de Alcalá. Iba delante el Guión, luego el Cardenal con el conde de Oñate en una carroza, seguidos de los criados de ambos y en otras carrozas los prelados y gentilhombres del séquito del Legado.

Los preparativos que se hicieron para los actos de esta entrada fueron, según Peña, los siguientes:

«Empedraronse de nuevo las calles de Alcalá, carrera de san Gerónimo y la Mayor, hasta santa María, desembarcando la Puerta del Sol, dexando libre la entrada de la calle de Alcalá, que sin este embaraço campeó mucho: las calles estuieron ricamente colgadas, ostentación que llegó hasta las buardas de los tejados: fuera de la puerta de Alcalá a la entrada, se leuantó un teatro capaz y anchuroso con quatro gradas por largo, cubierto de ricas alfombras, y en contorno a modo de un Salón se colgó la costosa tapizería de los siete vicios, que es de oro y seda, estimada por el primor de sus figuras y agudo metro de sus dísticos: colgaron sólo los seis paños, dos a cada lado, y dos en el frontispicio, en cuyo medio se erigió un magestuoso Altar con su Cruz de oro y seis candeleros debaxo de un riquísimo dosel, bordado sobre tela de oro de vistosas primavera, y al lado del Euangelio en el cornu Altaris, con su sitial delante una silla de terciopelo carmesí con guarnición y franjas de oro: a las espaldas del Altar se formó un camarín de respeto ricamente adereçado, y en contorno de todo el sitio tablados para gente, ballas de madera, y todo ello entoldado con lienços para la defensa del Sol, si bien en este día fue templado. Sobre el arroyo del Prado se leuantó un puente de madera muy anchuroso cubierto de arena, para facilitar el passo» (fols. 6v-7r).

A Pozzo le llamaron la atención los «ricos tapices, de bellissimo dibujo», el «baldaquino riquísimo» y las «alfombras turcas».

Después de hacer oración el Cardenal ante el Altar, ocupó su silla, rodeándole todos los miembros de su comitiva y custodiándoles «en la forma que a las personas reales», los soldados de la guarda española y alemana.

«Començó a entrar la Proceßión por la puerta derecha de las tres que tiene la de Alcalá en frontispicio de arcos, y como yuan passando por el teatro haziendo humillación al Altar, y a su Señoría Illustríssima les yuan dando la bendición con un rostro apacible y amoroso... Asistía a su Illustríssima el señor don Iuan de Mendieta Vicario general de Madrid... para darde noticia de las Comunidades y Religiones» (fols. 8v-9r).

Desfilaron los niños Desamparados y de San Ildefonso, los Pendones con sus Cofradías, las Cruces de las Parroquias y las comunidades religiosas, por el orden que se relaciona. Los Prelados de cada Orden se acercaban a darle la bienvenida y besarle la mano, no faltando quien lo hizo en el pie, «no pequeño presagio» de lo que merecía. Pasó luego toda la Clerecía (entre la que tendría su lugar Lope de Vega) y al fin los capellanes reales y el arzobispo de Méjico, que subió al Altar para entonar un *Te Deum*.

La procesión siguió por el Prado hasta la calle del mismo nombre, por donde se dirigió a la iglesia de Santa María.

Mientras el Cardenal, en el improvisado camerino, cambiaba sus vestiduras, para ponerse la capa, el Rey se iba aproximando a caballo, acompañado de los grandes, títulos y señores de la Corte: «fue la gala de negro, oro, y inestimables joyas de Diamantes, respeto de ser persona Eclesiástica la que se recibía».

«Venía ya su Magestad a la vista de la puerta de Alcalá, y su Illustríssima acompañado del Conde de Oñate, subió en su mula desde unas gradillas cubiertas de tafetán carmesí: pusiéronse a caballo el Conde, Prelados, Caualleros y Protonotario que lleuaba el Guión, y estuuieron en esta forma esperando a que llegasse el Rey: y quando su Magestad se acercó más a la puerta de Alcalá, su Illustríssima se adelantó a recibirle, y descubrió la cabeza; su Magestad le hizo cortesía quitándose el sombrero, y ya juntos le preguntó si venía bueno, y como dexaua a su Santidad; respondió su Illustríssima con el agradecimiento deuido a tan grande fauor, y en esta forma poniéndole el Rey a su lado izquierdo, se començó la entrada con mucha música de chiremías.

Yuan delante el Doctor don Iuan de Quiñones, y los Licenciados Veasbellón, Pedro Váez y don Miguel de Cárdenas, Alcaldes de la casa y Corte de su Magestad. Seguíanles los Caualleros de la Corte, Condes, Hábitos y Marqueses, y algunos Baylíos de la sacra Religión de san Iuan, Comendadores, y don Rafael Ortiz de Sotomayor, Receptor della. Los Gentilshombres de la Cámara, Cauallerizos, y Mayordomos del Rey, y de la Reyna, lleuando en medio en diferentes hileras a los Caualleros seculares y eclesiásticos, que vienen con el señor Legado, todos ricamente adereçados, con mucho oro y diamantes, acompañados de gran número de lacayos y pages todos de librea, que para este día sólo los Caualleros del señor Legado dieron quinze libreas costosas y de vista.

Delante de los Grandes yua a cauallo un Protonotario Apostólico vestido de morado con el Guión de su Illustríssima, que era un Crucifixo de oro en Cruz de plata, preeminancia de que sólo usan nuestro muy S.P. y sus Legados à latere: a los lados del Protonotario yuan quatro de a pie, los dos con unas hastas largas azules, y en las estremidades y medios, doradas las armas del Pontífice, los otros dos con otras hastas azules, y en el remate dos instrumentos bélicos en forma de martillos con sus puntas hazeradas a manera de Partesanas» (explica su simbolismo). «Seguían al Guión dos Maceros del señor Cardenal Legado, y quatro de su Magestad con sus maças coronadas, en la forma que suelen ir en las entradas

de los Reyes.» Enumera a continuación los Grandes y Titulos que pudo ver, y sigue: «Venía su Magestad de negro, con botas, y espuelas de camino, gallardo de plumas, con la magestad y señorío tan propio suyo. El señor Legado venía cubierta la cabeça con capilla Pontifical de tafetán rubeo, cosa de que sólo usa el Sumo Pontífice, o sus Legados a latere, y sobre ella el Capello. Yua continuamente dando la bendición a todas partes: y el Rey boluiendo a mirarle muy a menudo, hablándole con muestras de amor y singular fauor.» Enumera los personajes que les seguían.

«En esta forma entraron su Magestad y el señor Legado por la calle de Alcalá a la puerta del Sol donde los soldados de un cuerpo de guardia abatieron a su Magestad la vadera, y le hizieron salua con arcabuzes y mosquetes. Las Iglesias y Monasterios por donde passauan repicaron las campanas. Fue numeroso el concurso de gente que auía por las calles, y vino mucha de fuera a ver la entrada. Y fue de estimar que con auerse permitido los coches este día, y ser tantos que desde la puerta de Alcalá, hasta santa María, parece que auían hecho una continuada valla por las dos hileras, con todo esso la grandeza de la entrada les hizo aduertidos y corteses, dexando capaz anchura para el passo, y gente de a pie. A la puerta de Guadalajara, porque ya obscurecia salieron los pages del Rey con 24 hachas blancas: y llegando su Magestad a la puerta principal de santa Maria ya de noche, y quitando el sombrero al señor Legado, y su Ilustrissima el Capello con mucha cortesía, se despidió, y passó a su Palacio» (fols. 10v-12v).

En el relato de Pozzo, se intercalan en castellano las primeras palabras del Rey: «que se holgaba mucho de verlo en su casa», se describe el lujoso vestido y las joyas exhibidas por Jorge Cuneo, que habían pertenecido a María Estuardo, y se explica la causa de la ausencia del Conde-Duque, «que desde el principio había mostrado querer ocupar lugar después de S.M., lo que no admitió Monseñor Patriarca diciendo que este ejemplo llevaría a que en otras ocasiones todos los mayordomos mayores quisieran anteceder a los Prelados, por lo que no vino fingiendo encontrarse mal de sus hemorroides» (folio 41).

En la iglesia de Santa María, el Cardenal entró bajo palio portado por capellanes reales. La Capilla Real cantó un *Te Deum* y al fin, después de dar la bendición el Legado concedió doscientos años de indulgencia a los presentes.

«Con esto acabó la ceremonia, y cercado de señores, gente, y hachas entró en una carroça de seis cauallos blancos remendados de manchas negras, dádiua de su Magestad la Reyna nuestra Señora, y acompañole en la carroça el Conde de Oñate. Al passar junto a las Cauallerizas del Rey, le hizo salua un cuerpo de guardia de los del Batallón, y su Alférez llevó la bandera al estriuo de la carroça para que la bendixesse. El señor Legado llegó a las casas del Tesoro, que están contiguas al Palacio Real, donde se le preuino aposento en el mismo quarto que vivió el señor Príncipe Filiberto, gran Prior de S. Iuan en el Priorato de Castilla. Em-

biéronle a dar la bienvenida la Reyna N.S. y señora Infanta. Y esta noche por general pregón huuo luminarias en toda la Corte» (fol. 12v).

Pozzo añade que se produjo una polémica entre el Maestro de Ceremonias de la iglesia y los acompañantes del Cardenal sobre el lugar que debía ocupar el Guión de éste, y que al llegar a la Casa de Tesoro se presentó el conde de los Arcos para entregar, de orden de S.M., seis llaves de oro, «favor estimadísimo usado también con el Príncipe de Gales».

### La recámara del señor Legado

Pero antes del desfile del lucido cortejo ya mencionado, los curiosos que se agolpaban a lo largo del trayecto, vieron desfilar «la recámara del señor Cardenal», que según Peña fue así:

«Dos trompetas delante a caballo con sayos vaqueros de paño leonado obscuro, largueados de fajas de terciopelo morado guarnecidos con passamanos de seda morada y oro, y las fajas atrauesadas en escalerillas de los mismos passamanos, plumas leonadas, espadas, dagas, y espuelas doradas, y en los pendientes de las trompetas sobre campos de tafetán azul las armas de su Ilustríssima con las orlas y empresas hechas de oro: seguíanle veinte y ocho azemilas cada una con su moço de diestro con la misma librea, jaquetillas y balones de paño, guarnición de passamanos de seda morada y pagiça: las deziséis azemilas venían cubiertas con reposteros de grana de poluo, y guarnición de vistosas cenefas bordadas de cortados de hojas de raso azul, amarillo y blanco, perfiladas de torçales de seda de los mismos colores, y en los campos de los escudos de armas tres abejas en forma triangular, y en lo superior al Capelo con un Sol por empresa: las otras doze azemilas yuan cubiertas de reposteros nuevos de terciopelo carmesí con guarnición de franjas de oro, y en el campo azul que era de tela, las tres abejas cortadas de tela de oro, perfiladas de torçales de oro, todo fino, a las quatro esquinas de los reposteros unos florones y hojas de cortados de tela azul, plata, y tela de oro, que son los tres colores, blanco, azul y amarillo, perfiladas con cordoncillos de oro, y seda; y a los dos lados de cada escudo, en los parages de la orla, y cenefa bordada una oliua de seda de matizes de quien sube un enxambre de abejas de oro, con esta letra por empresa: *Hic domus*. Dos cauillos cubiertos de terciopelo carmesí, con franjas y guarnición de oro, frenos y sillas de mucho valor. Seguían la recámara las personas de oficios de la casa del señor Legado, vistosamente adereçados de camino, dezioccho lacayos con librea, y otros tantos pages con sus balijas de terciopelo morado, y guarnición de oro, cordones, y borlas de lo mismo; grandeza de que sólo usan Príncipes seglares, y los de la Iglesia. Fue la librea balones y ropillas de paño morado obscuro, con abotonadura de oro y seda, y guarnición de lo mismo; ferreruelos con tres fajas de terciopelo morado, perfiladas de seda y oro, y passamanos de crestilla, listadas con la misma guarnición al traués: plumas, adereços y espuelas doradas, cadenas de oro al cuello, que todo junto fue una lucida vista, y ostentación magestuosa» (fól. 10).

## La Casa del Tesoro

Los arreglos que se hicieron en la Casa del Tesoro, para adaptarla al nuevo huésped, fueron —según Peña— los siguientes:

«Enlucieronse de nuevo todas las quadras, así paredes como maderas, blanqueáronse y empedraronse los dos patios; las puertas se hizieron de nuevo con sus cadenas de respeto, y sobre cada una se pusieron las armas del Sumo Pontífice. En el un patio se hizieron oficinas de Guardamangier, Panetería, Caua, y dos coziñas, con otras de los oficios de la boca, tan capaces, que pudieran servir a qualquier Rey. Los quartos altos estauan con riquísimas colgaduras: en una quadra la colgadura del diluio, que es de oro, y seda, con su dosel de brocado, y silla de respeto, y aquí auía un mirador de vidrieras cristalinas, bolado sobre los jardines de la Priora, con curiosos adornos de pinturas. En otra quadra estaua colgada una tapicería de oro y seda, de figuras de gran primor, y un dosel labrado a la aguja de cañamaça y oro, cosa de mucho valor y vista. Otra quadra, con ricos paños de tela de oro, bordados, y matizados: y más adelante el dormitorio del señor Legado» (fol. 13).

A Pozzo lo que más le llamó la atención de todas estas estancias fue su tapicería, cuyos asuntos y características enumera con toda parsimonia, y los doseles. Después, el riguroso control establecido por los porteros que había a la puerta de cada una de ellas, que iban estableciendo una gradación, de tal forma que los lacayos no podían pasar del patio, los pajes vestidos de corto y de largo, sin sombrero ni capa, se reunían en la primera estancia, donde no había asientos de ninguna especie ni mesas, a la segunda pasaban los gentilhombres cuando eran llamados, que tampoco tenían sillas y por todo refrigerio una ventana que daba al jardín.

Sobre el dormitorio del Legado, dice Peña:

«Aquí confieso, que pudiera pasmar el juyzio humano, y reputar por fantástica tanta grandeza, a no assegurar su Entidad verdadera la grandeza de un Rey de España. Estaua esta quadra colgada con la más rica tapicería que tiene su Magestad, ni aun reconoce el mundo, por ser toda labrada a la aguja de oro, seda, perlería y pedrería fina, con unos arcos y boscaxes, y en ellos unos arcos triunfales, que me parecieron ser los siete Planetas; cosa tan grande, y de tan subido precio, que el valuarlo fuera, o temeridad, o arriesgar la verdad en el guarismo. Aquí estaba la cama para el señor Legado, toda de tela blanca alcachofada de oro... Auía dos ricos bufetes de plata con sus escritorios de oro, y preciosas maderas: esto es sin el camarín, y otras grandezas que no se permiten ver a todos. En lo baxo auía otras quadras ricamente adereçadas, ansí de colgaduras de oro y seda, como de telas y pinturas, y dos camas ricas para los Prelados que vienen con el señor Legado, sin otras en diferentes quartos para los demás señores, y caualleros de su cámara. El Oratorio estaua con magestad y deuoción» (fol. 13v).

Pozzo, sin llegar a tales hipérboles, concede gran atención a los tapices del dormitorio, dedicándoles varias páginas, pero además menciona los temas y autores de varios cuadros notables del mismo y de los destinados a los prelados, dejando entrever la grata impresión que el conjunto había producido a su severo juicio crítico.

### **Las audiencias**

Desde la mañana siguiente hasta el último día de estancia, en el mes de agosto, las primeras horas de la mañana se dedicaron habitualmente a recibir audiencias, solicitadas por personas de variadísima condición, aunque destacaban entre ellas los representantes de organismos oficiales (como los Consejos), embajadores, títulos, prelados, etc. Preocupación principalísima de los acompañantes del Cardenal era dar a cada persona el tratamiento correspondiente, saliendo a recibirle y despidiéndole en un lugar determinado, e invitándole o no a que tomara asiento, extremos que Pozzo suele reseñar siempre. Las únicas particularidades que amenizan la relación de centenares de nombres son la aparición de algunos sorprendentes, como la de Lope de Vega equiparado a tres de los Reales Consejos, los retratos que a veces inserta de algunos personajes o notas curiosas como la de la forma con que se replicó al primer desplante del Conde-Duque, pues cuando su yerno el marqués de Eliche solicitó ser uno de los primeros recibidos, lo fue, pero en el dormitorio, «porque al Sr. Cardenal le dolía algo el estómago, si bien también se cree que lo hizo para eludir la dificultad del acompañamiento».

### **Primera visita a los Reyes**

Para ir a cumplimentar a los Reyes, el Cardenal y sus acompañantes tuvieron que descender por primera vez al Pasadizo, que acabaría siendo el lugar más frecuentado por ellos, puesto que lo habían de utilizar tanto para ir a Palacio como al convento de la Encarnación sin salir a la calle. Su clara representación en el plano de Teixeira da buena idea de su longitud, pero Pozzo nos precisa que era de desigual anchura y oscuro en su último tramo, mencionando los cuadros que le adornaban.

Este día se les trajo una carroza nueva, hecha ex profeso para el servicio del Cardenal [?], de terciopelo verde y con hierros y adornos dorados. Fueron en ella hasta el patio central de Palacio, donde penetraron para dirigirse a las habitaciones reales por una serie de estancias cuya ornamentación va refiriendo hasta que se produjo el encuentro con el Rey que salió a recibir

al Cardenal a la antecámara y luego oyó su discurso, durante el cual se quitó la birreta tantas veces como nombró al Papa, para acabar haciendo entrega del Breve como le había sido encomendado. El Rey, que después del primer cumplimiento, nunca se quitó el sombrero, mandó cubrirse al Patriarca, pero no a los otros preladados, dando así origen a un conflicto protocolario, deliberadamente suscitado, que duraría hasta el último momento<sup>11</sup>.

Precedidos por el Guión, atravesaron diversas estancias, hasta llegar a las habitaciones de la Reina, que estaba bajo un dosel, acompañada por la condesa de Olivares que tenía en brazos a la infanta María Eugenia, a la que Pozzo llama siempre «la Infantina». A esta entrevista estuvieron presentes el conde de Benavente, mayordomo mayor de la Reina; la duquesa de Gandía, su camarera mayor y madre del cardenal Borgia; el marqués de Castel Rodrigo y diversas damas, cubiertas con velos blancos o negros. También aquí hizo entrega de otro Breve y la Reina le recibió y despidió de pie, dando unos pasos hasta el extremo del dosel y con una pequeña reverencia, mientras el Cardenal se retiraba sin volver la espalda.

#### Visita al Cardenal Infante

La epidemia de «enfermedades políticas» hizo que cuando el cardenal Guzmán, sobrino del Conde-Duque, se presentó a ver a Barberini, éste le recibiera en el lecho, aunque poco después salía en secreto para dirigirse a la Nunciatura con objeto de ver los obsequios preparados, y que al ir a cumplimentar al Cardenal Infante a sus habitaciones, les salieran al encuentro cuatro o cinco de sus más íntimos servidores, que les condujeron a su dormitorio, donde les recibió acostado, vestido con jubón y con la birreta, aunque no tardaron en saber que una hora antes había sido visto asomado a una ventana y supusieron que todo había sido una argucia para rehuir el problema de dar o negar la mano derecha al visitante. Durante los veinte minutos que duró la conversación de ambos cardenales, Pozzo tuvo ocasión de admirar una de las mejores colecciones de cuadros del Alcázar, ya que en la antecámara estaban varias obras maestras de Ticiano, Rubens, Velázquez,

---

<sup>11</sup> En la sesión del Consejo de Estado celebrada el 17 de junio se trataron todas las cuestiones relacionadas con la misión del Legado y sobre este punto propuso «el Marqués de Villafranca, que de ninguna manera el Arçobispo de Conza, tierra del Príncipe de Venosa, sea tratado como los Arçobispos de España, pues esto sería una excepción de malísima consecuencia en Roma». De acuerdo con este parecer, Felipe IV mantuvo su postura hasta el último momento (*Consulta del Consejo de Estado sobre las demostraciones que se pueden hazer con el Cardenal Legado*, en la Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 2.358, folios 332r-337r).

Navarrete el Mudo y otros. Por primera vez contempló también un *biombo*, objeto que le produjo gran curiosidad y que describe así:

«En dicha Cámara había una de aquellas pinturas del Japón que se repliegan la una con la otra a modo de libro, las cuales puestas en pie sirven para dividir la estancia, en lugar de puertas, y se llaman *Biombos*» (fol. 49r).

#### **En las Descalzas, con la Infanta Sor Margarita de la Cruz**

Prosiguiendo las visitas a los miembros de la familia real, hubo que preparar también la correspondiente a quien había entendido la profesión religiosa no al modo convencional del Cardenal Infante, sino con el máximo rigor. Con toda solemnidad, en la misma carroza real usada en el viaje a Aranjuez, precedida de un caballero español y seguida de otras, el Cardenal, acompañado por el conde de los Arcos, se trasladó al convento de las Descalzas Reales, a cuya puerta esperaban todos sus servidores y numerosos caballeros que pretendían la merced de ser autorizados a penetrar con objeto de entrevistarse con algunos familiares. La súbita aparición, en un lado del claustro de todas las monjas arrodilladas, con el rostro cubierto por un velo negro, las ceremonias religiosas, la contemplación de los múltiples oratorios y de las obras de arte, entre las que Pozzo identifica «una conversión de San Agustín, de mano del Antiuedeto della Grammatica que yo en Roma hice hacer para enviar a dicha Infanta de orden del Príncipe de Piamonte», todo queda en segundo plano ante la escena de la llegada de los visitantes a la celda de la hija de la Emperatriz, que «estaba en medio de no sé cuantas otras monjas, bastante envejecida, ciega y curvada de modo que no puede estar cómodamente más que sentada en el suelo. Acogió al Sr. Cardenal con toda humildad, hizo un gentilísimo cumplimento y preguntó por el Sr. Patriarca, que fue llamado, como Monseñor Santa Croce. El Sr. Cardenal se sentó en una silla no muy alta y ella sobre unas almohadas en tierra». El Legado la hizo entrega de un Breve y de diversos obsequios del Papa y debió quedar sumamente impresionado, pues en otras varias ocasiones, volvió de incógnito para permanecer a su lado durante algunas horas<sup>12</sup>.

#### **El monasterio de Atocha**

Cumplidos los más ineludibles deberes oficiales, la primera salida de carácter religioso se hizo el día 30 de mayo con objeto de visitar el monasterio

---

<sup>12</sup> Se trata detenidamente de esta cuestión en el artículo «Los monasterios de las Descalzas Reales y de la Encarnación en el año 1626», publicado en *Villa de Madrid*, n.º 56, 1980, págs. 31-37.

de Atocha, utilizando tres o cuatro carrozas y el traje de ceremonias de tabí rojo y con roquete, pero sin llevar el Guión.

La iglesia, según Pozzo, estaba «fabricada a la moderna y según la costumbre de España tenía el altar mayor en alto al fondo y estaba adornado con cuadros diversos sobre los misterios de la vida de Nuestro Señor y de la Virgen. El Altar de la Patrona es riquísimo y tiene un número de lámparas poco inferior a la de Monserrat. El claustro es muy bello, tanto por espacioso y moderno, como por estar todos sus muros cubiertos por historias de Santo Domingo y el espacio restante de Santos y Mártires de su Orden y las esquinas de los Papas de la misma. En la parte inferior de las paredes hay un friso de azulejos y en el centro del claustro un jardín con una fuente» (fol. 52).

#### Las visitas a las damas

El Cardenal hubo de dedicar una parte muy considerable de su tiempo a visitar en sus domicilios a las esposas o madres de los grandes y títulos que fueron a presentarle sus respetos: sin contar a las que por razón de sus cargos residían en el propio Palacio, pasaron de cuarenta las mansiones nobiliarias a las que hubo de desplazarse, siendo muchas las que visitó dos veces (yendo a despedirse antes de la partida) y varias en las que lo hizo mayor número.

En este punto, que no tratan en absoluto los cronistas españoles, Pozzo suele dar una referencia de extensión variable, que va de la simple mención, al detalle de los nombres y calidades de las personas que salieron a recibirle, lugar exacto en que lo hicieron (detalle al que concede gran importancia, así como hasta donde acompañaron en la despedida), aspecto de la casa, retrato de la dueña y otras curiosas particularidades, entre las que tienen especial interés las observaciones sobre pinturas, muebles y objetos artísticos, que hemos expuesto en otro lugar<sup>13</sup>. Por lo general, se dedicó a este asunto las tardes y con frecuencia hacía cuatro o cinco visitas seguidas, acabando muchas veces a media noche y teniendo que regresar en la carroza precedidos por criados portadores de hachas encendidas.

En primer término, el día 29 de mayo, se fue en carroza por el camino acostumbrado hasta Palacio, para ir tras sus criados y de los de la señora con antorchas, hasta las habitaciones de la condesa de Olivares, que les recibió en la de su hija la marquesa de Eliche, que se hallaba embarazada y enferma, en compañía de varias señoras de la familia. En otro lugar, trata-

<sup>13</sup> De este tema nos ocupamos extensamente en el artículo «El Arte en las mansiones nobiliarias de Madrid de 1626», en *Goya*, n.º 154, Madrid, 1980, págs. 200-5.

remos más extensamente cuando se refiere a las relaciones mantenidas con el Conde-Duque y su familia <sup>14</sup>.

Al día siguiente, se volvió al Alcázar para hacer otro tanto con las camareras mayores duquesa de Gandía y condesa de Lemos, ambas viejas y la segunda además decrépita.

A partir del 1 de junio se comenzó el recorrido domiciliario, asignando el primer lugar a la condesa de Oropesa, viuda del hijo primogénito de don Duarte de Braganza, en atención a haber sido este señor quien antes que ningún otro se presentó en Barajas, y el segundo a la duquesa de Pastrana, por su condición de madre del embajador de España en Roma. Todo transcurrió con normalidad en los cinco primeros días, hasta que al llegar el turno a la condesa de Monterrey observaron con extrañeza que salió al encuentro un caballero no titulado y allí mismo oyeron murmurar a varios de los españoles presentes que consideraban ofensivo que esta visita hubiera sido pospuesta a las otras, tratándose de la esposa del Presidente del Consejo de Italia, Grande de España. Aunque la interesada no mostró ningún disgusto y las preferencias se habían otorgado a los familiares de cuantos acudieron a Barajas, dándose además la circunstancia de que el Conde estaba en Calatayud cuando el Cardenal pasó por las cercanías y no se acercó a saludarle, se procuró remediar la molestia volviendo a los tres días y permaneciendo durante hora y media, lo que sirvió para que Pozzo observara por primera vez que estas señoras, cuando sus maridos estaban ausentes, vestían con la mayor modestia. Claro es que aún le produjo mayor sorpresa el averiguar que la duquesa del Infantado y la condesa de Lemos, llevaban cuatro años sin salir a la calle, desde que enviudaron, recibiendo la primera en su dormitorio, todo enlutado, acostada en un «lettuccio» colocado en el suelo sobre una estera y bajo un dosel, que también cubría la silla dispuesta para el Cardenal.

Gratas excepciones fueron los dos recitales de canto que les ofreció la princesa de Esquilache y el de la Mélito, a cargo de señoras cuyas cualidades artísticas le inspiraron grandes elogios. De las servidumbres, lo más curioso resultó la bufona portuguesa gorda de la marquesa de Hinojosa, que le había proporcionado su marido para combatir la melancolía que la aquejaba.

---

<sup>14</sup> Lo relativo a esta cuestión se trata en el artículo «Dos privados frente a frente: el cardenal legado Francesco Barberini y el Conde-Duque de Olivares», en prensa en la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*.

### Visitas a conventos e iglesias

Entre las misiones y facultades del Legado estaba la de visitar cuantas instituciones eclesiásticas estimara pertinente, pero como veremos el número de los conventos y de las iglesias que pisó en la Corte fue mucho menor que el de palacios, ya que aparte del monasterio de las Descalzas Reales, al que le llevó la obligación de cumplimentar a la infanta Sor Margarita, y el de Atocha, impuesto también por una tradición, sólo estuvo en los siguientes:

*Monasterio de la Encarnación.*—La fácil comunicación interior por el «Pasadizo» hizo que fuera el más frecuentado, pues son nueve las ocasiones reseñadas. En otro lugar hemos expuesto las particularidades de estos encuentros<sup>15</sup>.

*Colegio Imperial de la Compañía de Jesús.*—Los jesuitas ocupan el primer lugar entre los religiosos con quien se mantuvo contacto. El P. Jerónimo de Florencia, predicador real y confesor de los Infantes, figuró entre las primeras personas que acudieron a Barajas y el P. Chirino de Salazar, confesor del Conde-Duque, en las audiencias de mayo, siendo también recibido individualmente el P. Juan Luis de la Cerda y varias veces, con sus hermanos titulados, el P. Pimentel.

Es natural, por tanto, que el 3 de junio fuera a decir Misa a la iglesia de los padres jesuitas, «que en España llaman teatinos». Predicó el P. Florencia, «que discurrió sobre el Espíritu Santo y su venida, e hizo una gentilísima comparación del Adviento con la venida del Legado, y acabó admirablemente después de discurrir sobre la dignidad del Legado y de quien lo enviaba, con aquel acierto que de tan digno Padre se podía esperar. Conmovió aquel razonamiento de tal manera a los oyentes, que de un modo tan excesivo querían reverenciar al Sr. Cardenal besando sus manos y sus vestiduras que pasó grandes fatigas hasta llegar a la carroza, teniendo que salir por el convento en vez de por la iglesia» (fol. 55v).

Durante la ceremonia actuó la Capilla Real, entonando varias composiciones de alabanza del Legado, entre ellas un «romanzico». De los músicos destacaba «un tal Floriano». Nos dice que al final, fue a recibir la bendición del oficiante el P. Florencia, «persona envejecida, pero de memoria fresca y de conceptos magníficos».

El 8 de julio volvió para presenciar un acto escolar, del que Pozzo nos da una información deficiente, pues entre otras cosas dejó en blanco el espacio destinado para resumir el argumento de la obra representada. Por for-

<sup>15</sup> Véase nota 12.

tuna, existe una minuciosa relación anónima española, obra sin duda de un jesuita <sup>16</sup>, que nos cuenta cómo se dispuso de menos de un mes para componer los textos y preparar el local, que fue el salón de la Congregación de los seculares, adornado con colgaduras de la India, «que ocultaban las curiosas tramoyas de la representación». Frente al tablado de la escena se levantó otro para el Cardenal, rodeado de biombos y una celosía, que mandó retirar. Saludó su entrada una salva de clarines y chirimías, tras de lo cual un niño de nueve años recitó una oración latina, cuyo texto se imprimió y ha conservado <sup>17</sup>. Representóse luego el Diálogo, precedido de música y de un prólogo en verso latino, que declaraba el argumento, muestra singular de hasta donde podían llevar los jesuitas su utilización de la mitología clásica para toda clase de fines, pues en esta obra, relativa a los motivos determinantes del viaje del Legado, este aparecía representado por Mercurio, en tanto que Júpiter era su tío Urbano VIII y Marte encizaba las guerras entre dos Luceros: España y Francia. Parece ser que la obra quedó inédita, pues «a no preciarse el Autor más de humilde, que de Poeta, las instantes peticiones de amigos le huieren hecho darle a la estampa (quiza con más admiración, y no con menos embidia de los cultos desta Corte)».

Se describen con todo detalle los trajes y joyas de cada personaje, señalando que el éxito llegó a oídos de los Reyes que aun siendo tiempo de tanto calor pidieron que se la repitiesen, lo que se hizo otro día, en que vinieron a merendar. La función acabó con una máscara y el Cardenal mostró su complacencia enviando a los estudiantes actores una medalla de oro y otra de plata a cada uno y gran cantidad de dulces de Génova.

Pozzo destaca el mérito de los escolares que representaban los papeles de Cupido (uno de seis o siete años) y de Mercurio, dice que los bailes fueron «hechos con muchísima gracia» y señala que todos «iban cargados de joyas y muy bien adornados». Cuenta que al final todos fueron presentados al Cardenal por el P. Florencia, «que daba a entender la calidad y nacimiento de cada uno» (fol. 118r).

---

<sup>16</sup> *Relación del Diálogo con que las Escuelas del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, de la villa de Madrid, festejó al Illustrissimo Señor Cardenal don Francisco Barberino, Legado a latere de su Santidad, quando los honró con su presencia* [s. l.-s. i.] [s. a.], 2 fols. Reeditada en mi *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, tomo I, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1952, págs. 415-421.

<sup>17</sup> *Carmen ad illustrissimum Cardinalem D.D. Franciscus Barberinum, Urbani VIII, aeterni Numinis miseratione Pontificis Maximi, Nepotem amantissimum; pro pace inter Hispanos, Gallosque constituendam Legatum a Latere; in aduentu ad Scholas Societatis Iesu: Recitatum ipso coram in Theatro Collegii Imperialis Matritensis, a D. Christophoro Santio Garsia, eiusdem Societatis alumno: Anno Domini 1626, aetatis suae nono* [s. l.-s. i.] [s. a.], 2 hs.

*Iglesia del Espíritu Santo.*—El día 3 de junio, con el traje de costumbre, se trasladó a la iglesia del Espíritu Santo, de los Clérigos menores, que celebraban su fiesta, sin añadirse ningún otro dato.

*Iglesia de la Santísima Trinidad.*—El 21 de junio fue a decir misa a la iglesia del convento de los trinitarios, que a Pozzo le pareció «muy bella» y «a la moderna». Distinta opinión formó sobre los frailes, que por no haber previsto cosa alguna, no indicaron lo que era menester llevar y así el Cardenal tuvo que escuchar el sermón revestido por no tener su capa, y los preladados acompañantes hubieron de sentarse sobre unas cajas por no haber sillas bastantes. Para simplificar las ceremonias habían colocado el Santísimo en una custodia «bellísima», sobre el altar. Señala que en cambio estuvieron muy diligentes en la pretensión de quedarse con las hachas que los pajes del Cardenal habían llevado desde Palacio, las cuales se negaban a entregar produciéndose una disputa «en que poco faltó para que les apagasen una en el rostro», por lo que cejaron en su tentativa.

«Predicó un Padre de estos dicho el P. Hortensio, estimado grandemente tanto por la elocuencia, como por la novedad de los conceptos y sutileza de doctrina.» Este acertado juicio sobre Paravicino, al que poco después denominaba «italiano», se ajusta perfectamente a la opinión común de la época.

Después, acompañados por muchos frailes, entraron a ver el claustro, en que por la tarde había de celebrarse la procesión del Corpus. En tres de las esquinas (pues la cuarta la obstaculizaba la puerta de la iglesia) se habían construido altares, adornados con cuadrillos, relicarios y floreros de plata. Entre las pinturas destacaba una representación del Diluvio, con infinidad de figuritas, hecha sobre piedra algez por Tempestà, que había sido regalada al Rey al comienzo de la nunciatura de Sachetti.

Los frailes pretendieron que el Cardenal bendijera e indulgenciara cada uno de sus rosarios, pero él no accedió, indicando que mandaría otros y medallas al superior para que los repartiera entre ellos (fol. 86).

Más singular fue el segundo contacto con esta comunidad, quizá motivado por la experiencia anterior, pues el día 12 de julio, después de una visita pública a las Descalzas, despidió a todo su séquito y subió en la carroza con Filomarino y Pozzo, mandó correr las cortinillas y sin decir a nadie donde iba, se dirigió a casa de la duquesa viuda de Pastrana, con objeto de escuchar desde su oratorio, que daba a la iglesia de los trinitarios, un sermón de Paravicino. No debían ignorar los religiosos esta presencia, pues al comienzo de la Misa se cantaron unas letras con alabanzas al Legado, a quien acompañó el Nuncio cardenal Sachetti, llegado poco después (fol. 119v).

*Los Monjas de Constantinopla.*—Se fue a este convento el 15 de julio con el único objeto de visitar a la marquesa de Mondéjar, hermana del cardenal Diatrístaim (fol. 78 r).

*Monasterio de Santo Domingo el Real.*—El 16 de julio por la tarde, se trasladaron al monasterio de Santo Domingo el Real, donde les recibió la Priora, enarbolando una cruz, acompañado de todas las monjas (poco menos de ciento cincuenta), con sayal negro y velo, que no usaban, pues iban con el rostro descubierto, lo que permitió observar a Pozzo que las españolas abusaban tanto del colorete, que hasta monjas, aristócratas y viejas se embadurnaban el rostro.

En el coro se dio la bendición desde el altar y hubo un besamanos. «Cantaron algunas cositas españolas con mucha gracia, habiendo una que tocaba el arpa muy bien.» Les concedió indulgencias para sus rosarios y plenaria *in articulo mortis* y como en las Descalzas autorizó a unos cuantos señores españoles a que penetrasen para visitar a algunas parientas suyas, pero el comportamiento de los beneficiados no resultó demasiado laudable porque mientras el Cardenal estaba en el coro y visitando el edificio, ellos se apartaron de la comitiva y se desperdigaron por las galerías con sus familiares.

El edificio les pareció «fabricado más a la antigua que otros» (fol. 80).

### El Cardenal y la Infantina

La segunda de las finalidades declaradas del viaje de Barberini y en realidad la única que pudo cumplir, era la de apadrinar a la hija de Felipe IV, ceremonia que se había previsto para el Domingo de Pascua, pero que por indisposición de la madrina, hubo de diferirse para el domingo siguiente, 7 de junio.

Sobre este acto tenemos una copiosísima información impresa española, pues aparte de los capítulos que le dedican en sus relatos Peña y Larrea, el capellán real Antonio Ferrari publicó otra especial, con el título de *Aparato festivo...*<sup>18</sup>. Sin embargo, la versión de Pozzo contiene algunos datos nuevos y sobre todo referencias a incidentes silenciados.

---

<sup>18</sup> ANTONIO FERRARI, *Aparato festivo en el bautismo de la serenísima infanta D.ª María Eugenia, celebrado con espléndida pompa en la Real Capilla de su Magestad, a siete de Junio deste presente año de 1626* [s. l.], Bernardino de Guzmán [s. a.], 2 hs.

De las muchas novedades gratas que se quisieron celebrar en este día existe el siguiente reflejo en las Actas municipales:

Sesión del 8 de junio.—«En este ayuntamiento el Sr. D. Francisco de la Cueva Corregidor dijo que su S.ª Ill.ª del Presidente de Castilla le a dicho esta mañana cómo su Magestad a mandado questa noche se pongan luminarias generales y aya fuegos por el bau-

Los cronistas nacionales, como es lógico, nada dicen de una ceremonia previa, que en cambio Pozzo refiere con todo detalle.

La víspera del bautizo por la tarde, Ascanio Filomarino fue encargado de llevar a la «Infantina» las ropas de cristianar y otros obsequios a ella destinados. Como experto en cuestiones cortesanas, le acompañó D. Francisco Perisantio, caballero del Nuncio, yendo también cuatro ayudantes de cámara, armados de espada, portadores de los dos baules recubiertos de terciopelo carmesí guarnecidos de oro y con cerradura de plata dura, que contenían los vestidos de cristianar «y otra ropa blanca preciosa, trabajada en Génova y Florencia».

La Infantina había sido colocada en una sillita muy apropiada para el efecto bajo el dosel y era atendida por la condesa de Olivares, quien para adaptarse a su pequeñez estaba arrodillada. Filomarino, después de hacer las debidas reverencias, manifestó —dirigiéndose a la criatura— que Su Santidad le enviaba aquellas vestiduras, que había bendecido, para su servicio, «pidiendo a Dios que la hiciera crecer con toda aquella prosperidad y perfección cristiana que a su regia sangre convenía» y en prueba de su buena voluntad la remitía además, junto con su bendición, y por conducto del Legado, una reliquia de San Lorenzo, la cual llevaba sobre una bandeja dorada uno de los ayudantes, puesta en un joyel o relicario dentro de una caja de terciopelo rojo bordado con las armas de S.S. El joyel que contenía la reliquia, en forma de corona real, era de diamantes que valían de cinco a seis mil escudos.

La condesa de Olivares colocó la joya a la Infantina y contestó en su nombre, diciendo que S.A. agradecía a S.S. el obsequio, porque la elección de tan gran Santo testimoniaba su afecto y la auguraba felicidad y feliz crecimiento, por lo que esperaba poder llegar a corresponder sus santos deseos.

La protagonista llevaba un vestido blanco, con pequeño busto y faldas de largura una vez y media mayor que la suya, y cubría su cabeza un sombrerito rematado en un penacho blanco.

---

tismo de la Sma. señora Ynfante y por los casamientos de la señora Ynfante doña María, hermana de su Magestad, con el Rey de Ungría hijo del señor emperador de Alemania y de la confirmación de las paces entre el Rey nuestro Señor con el de Francia de las guerras de Ytalia que da cuenta dello a la primera para que prebenga lo necesario y oydo por ella se acordó que se pongan luminarias generales y se prebengan los fuegos que se allaren para esta noche y en palacio y en la plaça mayor y se pongan luminarias en palacio en la plaça delante del quarto real del Sr. Cardenal legado, en las descalças, encarnación, cassas de ayuntamiento y en la panadería y Casas de Carnecería y plaça de San Salvador y se den achas a las personas questá acordado y se ponga música en palacio, las descalças, casas de ayuntamiento, la panadería y por la junta se señale de dónde se a de pagar el gasto» (fol. 270r).

## El bautizo

Los cambios hechos en Palacio para la ceremonia del bautizo, según Ferrari, fueron los siguientes:

«Los dos corredores del Real Palacio se adornaron de ricas tapizierías de oro y seda de inestimable precio, con las historias de Noé, de Ciro, Rey de los Persas, de Túnez, las furias y otros finalmente de boscajes y figuras... Entre las dos escaleras que los diuiden, se fabricó un passadizo, que niuelado con las últimas gradas, unió la parte superior dellos, haciendo más franco el passo, disponiendo la comodidad más libre. Adornada se vio la Real Capilla de la tapizería costosa del Apocalipsis, no inferior a las demás en la riqueza y artificio. Al lado del Euangelio, donde es el sitio de la Real Cortina, se erigió una cama de tela blanca guarnecida de oro, con varios y brillantes follages, que por la parte de arriba rematauan en cúpula, y resplandecían cinco mançanillas de estremada belleza, deputada para efeto de desnudar la Infanta, y vestirla después de acabada la ceremonia... Allí junto estauan las ricas mantillas y pañales que su Santidad embió para este efecto, de la grandeza y riqueza que se puede inferir, en un aparador adornado de fuentes y piezas de plata y oro de inestimable valor. En medio de la Capilla se dispuso otra cama de tela blanca, con pilastras de bruñida plata, follages y mançanillas de oro con su cielo raso sin cortinas, por no impedir la vista a los circunstantes. Y en medio estaua la pila en que... santo Domingo se Bautizó... adornada de plata blanca con mucha costa, con su pedestal triangulado, cubierta de un tafetán carmesí, cuyas orlas pendían hasta el suelo, que cubierto de finíssimas turquescas alfombras, ameno prado parecía»<sup>19</sup>.

Peña añade tan sólo que «sobre la puerta de la Real Capilla se puso un riquísimo dosel», que la primera cama era «de éuano, el maderaje embutido de piedras preciosas, con engastes, remates y círculos de oro, cielo y cortinas de tela de plata riza», mientras la segunda era «de plata de martillo, hermosas columnas sobre proporcionadas vasas, con su cielo de brocado» y que la pila bautismal había sido traída de San Pablo de Valladolid.

Pozzo narra que a eso de las cinco de la tarde, salieron en carrozas hacia Palacio, estrenando los servidores de cada uno de los prelados y señores libreas distintas, que describe. Era un día lluvioso y cuando llegaron a la plaza de Palacio, junto con otros muchos carruajes, se encontraron con que no se habían reservado espacios, por lo que hubieron de esperar gran rato. Les recibió el conde de los Arcos, que hacía de mayordomo mayor, y con grandes dificultades por la muchedumbre pudieron llegar hasta el primer piso. Precedidos por el Guión, fueron hasta la cámara de la reina de Hungría, donde entretuvieron más de un cuarto de hora contemplando los tapices, un reloj en forma de elefante y una brújula puesta en la pared, cuyo examen hizo

<sup>19</sup> FERRARI, *loc. cit.*

que el Cardenal no se apercibiera de la llegada de la Infanta-Reina por el otro extremo de la habitación, que permaneció unos minutos en pie indecisa porque nadie notaba su presencia. La acompañaba sólo la condesa de Olivares, pero a poco llegó la Infantina, en brazos del conde de Benavente, con el mismo vestido del día anterior y un sombrero con una cinta de piedras preciosas.

A las cuatro de la tarde había acudido a Palacio el embajador del Imperio, a ofrecer sus respetos a la nueva reina de Hungría, con lo cual se hacía público el casamiento.

A las cinco y media, desde el cuarto de la Reina, se puso en marcha el lucidísimo y largo cortejo, que iniciaban los familiares del Cardenal «en tropa», seguidos de los del príncipe Filiberto, doce pajes de S.M., servidores palatinos, títulos y particulares. Venía luego el Guión del Legado, cuatro maceiros reales, otros tantos Reyes de armas y ocho mayordomos con báculos.

«Después dellos venían los Grandes ricamente vestidos, conuiene a saber, el Duque de Sessa, el Duque de Maqueda con una fuente dorada en que lleuaua las toallas. El Duque de Alburquerque otra, con el salero. El Condestable de Castilla, el macapán en forma de corona imperial. El Conde Agamón el aguamanil. Don Duarte de Bergança la vela y el Duque del Infantado el capillo.

Tras él el conde de Benauente lleuaua en braços la serenísima Infanta, que vestida de un vaquerilloo de tela de plata, con sombrerillo negro, y blancas plumas, yua muy linda... A la mano derecha algo atrás se seguía... la Reyna de Ungría, madrina, vestida de noguerado, leonado y oro, con brillantes joyas y piedras, saya entera muy vistosa, cuya falda lleuaua la Condesa de Lemos su Camarera mayor. A mano izquierda yua el Ilustrísimo Legado, Padrino, y atrás la Condesa de Oliuares, Aya de su Alteza, a quien lleuaua la mano el Marqués de Liche.»

Detrás, el Cardenal Nuncio, embajadores, prelados y camareros de S.S., las dueñas de honor, veinticuatro damas, cada una con su caballero al lado y detrás un menino que sostenía la falda.

En la versión de Pozzo se dan más detalles sobre el contenido de las bandejas llevadas por los Grandes y así se explica que el salero del duque de Alburquerque era una figurita de oro en forma de atlante postrado que en vez de globo sostenía un bellissimo vaso de ágata o calcedonia. Le asombró que algunas damas cogieran trozos de mazapán del Condestable y que incluso éste le ofreciera a alguna otra. Del conde de Agamont, que se había quitado el luto este día, llamaron su atención los grandísimos diamantes que ostentaba en el sombrero y en los zapatos. Indica que, el Maestro de Ceremonias les hizo varias veces cambiar de orden, porque casi ninguno se acordaba del puesto correspondiente. Señala su privilegiado lugar en el cortejo, diciendo

que iba a uno de los lados del Guión, mientras en el otro estaba Argenti. La Reina iba acompañada de dos meninos, uno de los cuales llevaba el abanico y otro el sombrero. Los prelados italianos caminaban con grandes estrechuras, para no quitar sitio a las damas que les seguían.

Una vez llegados a la Capilla, salió el cardenal Zapata, con capa pluvial y mitra, acompañado de dos obispos, y les hizo retroceder hacia la puerta, donde les leyó el interrogatorio del bautismo, al que el Legado respondía claramente, mientras que la madrina cambió la fórmula establecida en muchas ocasiones, intercalando oraciones y repitiendo frases. Pasaron luego delante del altar, donde el Legado tomó en sus brazos a la Infantina, que luego pasó a los de la condesa de Olivares, sin que ninguno consiguiera dominar su llanto, cosa que sólo lograba cierta señora. Pasaron luego junto a la pila, pero la madrina necesitó sentarse en un par de ocasiones, porque no estaba aún restablecida de su dolencia (había estado a punto de perder un brazo por equivocada aplicación de una sangría) y por la estrechez y peso de los vestidos.

Púsose a la niña el nombre de María Eugenia, según Peña «en memoria de la... Infanta doña Ysabel Clara Eugenia de Austria», y añade: «Haga Dios a la sobrina de tal valor como la tía para confusión de los hereges».

Los gentilhombres del séquito del Cardenal se encontraron con la desagradable sorpresa de que no tenían sitio reservado en la Capilla y de que incluso se les desalojó de los que habían ocupado. El conde de los Arcos les hizo salir, prometiéndoles otros puestos, pero la mayoría quedó fuera sin ver nada, lo que les produjo gran indignación, llegando a incluir en sus críticos al mismo Pozzo, y «en fin allí hubo cuanta descortesía se puede decir y se vio que el honor de las llaves de oro dadas no servía para obtener ninguno, sino para conseguir mayor desprecio».

Volvió la comitiva por el mismo camino y durante un cuarto de hora estuvo aguardando el Cardenal por si aparecía alguien a despedirle, pero como no fue así resolvió marcharse con los suyos.

Pozzo se fijó especialmente en la nueva reina de Hungría, de cuyo vestido añade nuevos pormenores, indicando que era de raso y llevaba debajo tisú con verdugadas y mangas a la imperial. Además de una riquísima cadena de diamantes y bellísimas perlas, su sombrerito de terciopelo «a la alemana», ostentaba un cordón con hilos de perlas salpicadas de estrellas riquísimas de diamantes. Le pareció de bellissimo cutis, ojos azules, un poco bizca del izquierdo, de cabello rubio tirando a blanco, con cara larga como el Cardenal Infante y el mentón bastante afuera, no de gran estatura y delgada, y se asemejaba algo a su hermana la reina de Francia, pero sin tener su brío y viveza.

También prestó atención a los lujosos vestidos de las damas, tan cerrados de cuello y estrechos de cintura, que parecía imposible que pudiesen caber dentro. Consideró exageradas sus colas, de tres o cuatro brazas de largo, y a pesar de la variedad de sombreros y de joyas, llegó a la conclusión de que «no se veían más de tres o cuatro que pudieran calificarse de bellas» (folios 59<sup>v</sup>-64<sup>r</sup>).

#### Paseos por las riberas del Manzanares

En 20 de julio escribía Pozzo: «El calor este día y los dos anteriores se hizo sentir excesivamente, por lo que el río estuvo muy concurrido. Tiene de bueno el aire de Madrid que por la tarde refresca, soplando casi siempre viento, pudiéndose estar hasta la media noche con la cabeza descubierta, sin peligro alguno para la salud.»

Desde muy pronto, los paseos en carroza al atardecer por las orillas del Manzanares fueron el único remedio utilizado para combatir el calor del verano. Además, estos hipotéticos ratos de asueto se convirtieron en los más laboriosos e importantes de la jornada, porque el Conde-Duque hizo saber que para no excitar los celos de los demás nobles no pensaba visitar al Cardenal en su residencia, lo que en efecto nunca hizo, y substituyó las negociaciones de despacho por paseos muy frecuentes en carroza, con arreglo a una costumbre suya, destacada por Marañón<sup>20</sup>.

En cada una de las salidas, Pozzo encontraba nuevos detalles dignos de anotación o se hacía eco de los tópicos y chistes sobre el río, por lo que sus alusiones al mismo van acumulándose a lo largo de las jornadas.

Por primera vez, el 10 de junio salieron en carroza para hacer tiempo hasta la hora de la «Comedia» en Palacio y después de pasar la Puerta de Segovia, tomaron la mano derecha para ir «deleitándose en la amenidad del río Manzanares», mientras el Cardenal iba rezando el Oficio con el Patriarca, pero al poco tiempo les previnieron que los Reyes estaban por las cercanías. Presenciaron el paso del cortejo real, compuesto por el coche del Cardenal Infante, en que iban su mayordomo mayor y otros, el Conde-Duque en el suyo y la carroza real en que el Rey llevaba a su derecha a la Reina y enfrente al infante D. Carlos y junto a éste la reina de Hungría y en el asiento de en medio iba el Infante Cardenal, de donde dedujeron que se tenía una idea contraria a la de Roma sobre cuál era el lugar más cómodo y honorífico. Al fin iba un coche con damas (fol. 67<sup>r</sup>).

<sup>20</sup> GREGORIO MARAÑÓN, *El Conde-Duque de Olivares (La pasión de mandar)*, 3.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1952, pág. 108.

El día 15 se produjo el primer encuentro «casual» con el Conde-Duque, pues nada más pasar la Puerta de Segovia y doblar hacia la derecha coincidieron. El Conde-Duque pasó a la carroza del Cardenal y los dos prelados que acompañaban a éste, Pamfili y Santa Croce, fueron a la suya, donde habían quedado sus dos acompañantes habituales: un fraile carmelita y un muchacho flamenco, llamado Domingullo, al que los Condes decían haber recogido en la calle un día que le vieron vestido de peregrino. Ambos carruajes iban tirados por mulas, pues los caballos sólo se usaban dentro de la ciudad, sin palafreneros y con las cortinillas corridas. Después de dar unas vueltas fueron a ver cómo el Conde-Duque, el marqués de Eliche, el de Cantillana y el Condestable se entrenaban para el juego de cañas, sobre caballos andaluces (folio 78r).

Al día siguiente, salieron juntos desde el jardín, yendo el Cardenal, Monseñor Pamfili y el P. Jesús María, en una, y Filomarino, Domingullo y Pozzo, en otra. Atravesaron el Puente de Segovia, notando la desproporción de su largura y anchura con el caudal del riachuelo, que en verano se seca completamente, justificando el dicho de «O venda la puente o compre río». Había siempre gran cantidad de lavanderas, que atraían a la gente baja, por ser las mujeres más libres del país, pero algo más lejos podían verse también personas de condición elevada y damas que celebraban meriendas con suma alegría, contra el concepto común de la seriedad y de la gravedad española. Después de pasar un rato, emprendieron el regreso chapoteando por el agua (folios 79v-80r).

Al narrar las costumbres de la víspera de San Juan, después de aludir a los altares que se hacían en muchas casas nobles y populares, ante los cuales pasaban la noche cantando letras espirituales y haciendo música, señala que con el pretexto del calor gran parte de los vecinos acababan bajando al río, «donde la gente baja, hombres y mujeres, *alla confusa* se bañan con poco beneficio para el servicio del alma», mientras los de superior condición iban con sus carrozas, adornados con ramas y flores, por los bordes, gozando con la vista de las locuras ajenas. «En suma parece una Arcadia, el Siglo de Oro en lo tocante a la libertad y a la poca noticia de la vergüenza.» También se veían damas nobles que con el pretexto de creer que el rocío de aquella noche embellecía los cabellos descendían de las carrozas, y convenientemente acompañadas paseaban y se pavoneaban con las melenas sueltas (fol. 90r).

A la tarde siguiente, al atravesar el puente camino de la Casa de Campo pudieron notar cómo todavía muchos continuaban en las márgenes la fiesta iniciada el día anterior.

El 5 de julio salieron de nuevo con el Conde-Duque de Olivares, acompañado del marqués de Eliche y el consabido fraile, al que esta vez se llama fray Francisco Jesús María. Detrás, los preladados ocupaban otra carroza y Filomarino y Pozzo otra tercera, motivo por el que sin duda pudo dedicarse a observar con mayor soltura que en veces anteriores. Comenta:

«Este escaso río es la delicia de Madrid, porque haciendo ordinariamente extremadísimo calor, si no fuese por el fresco que proporcionan el Prado y dicho río, rabiarian. Como era festivo, había gran concurso de gente a pie y en carroza. Se veía a muchísimos en las orillas de acá y de allá con sus mujeres y familias divirtiéndose a la sombra de los álamos y a muchos caballeros y damas ser espectadores de esta gozosa reunión.

En el mismo río abundaban los individuos muy bien vestidos de terciopelo y buenísimo paño, con las calzas levantadas y los calzones recogidos sobre la rodilla, con la capa al hombro, andar en grupos paseando por el agua tocando y cantando y asimismo mujeres y damas con un par de pantaloncillos de tela fina, con los vestidos alzados hasta medio muslo andaban tomando el fresco, mientras que unos cuantos jóvenes que estaban nadando de vez en cuando se levantaban y aparecían completamente desnudos, cubriéndose con la mano las partes vergonzosas.

Eran muchas las carrozas que paseaban por las márgenes. Por lo general, el agua no suele llegar a la rodilla y este año por la sequía aún hay menos, por lo que sin hacer una boya difícilmente pueden bañarse.

En el centro hay algunas isletas con árboles, donde las damas se hacían llevar a hombros y allí estaban comiendo y gozando con alegría. Cuando veían paseantes y forasteros se burlaban de ellos y a nosotros algunos imitando la bendición del Legado nos la daban» (fols. 115v-116r).

### Comida pública con bufón

Debió indicarse al Cardenal la conveniencia de que, siguiendo el ejemplo del Rey y de los Infantes, celebrara sus comidas en público de vez en cuando y decidió hacerlo una o dos veces cada semana, pero luego por retrasos y otros motivos fue eludiendo el compromiso.

Por primera vez lo llevó a cabo el domingo 8 de junio, horas antes del bautizo de la Infanta, y con tal motivo se presentó un bufón del Monarca, llamado Ravel, vestido de calza entera y todo de color amarillo, incluso los zapatos, «que dijo infinitas agudezas, burlándose sin ofender de varios de los que estaban a la mesa». Tal como se cuenta de otro colega suyo en fecha posterior, les informaron de que se había permitido decirle en público al Rey que tenía que darle una mala noticia, «porque en el año presente no ay azeitunas, y en el venidero no aurá Oliuares». Imitaba maravillosamente, con gestos del rostro y con tonos diversos, a caballeros y damas de la Corte y, asimismo las voces de diversos animales, el ruido de la artillería o el estruen-

do de una galera que navega y hacía diversísimos sonidos con un pito fabricado con dos trozos de caña. Este día no se dejó ver el «Mudo» del Cardenal Infante, que a los postres solía visitar al Cardenal, sin duda por temor al bufón. Sabía expresar cualquier cosa de manera maravillosa con los gestos y era el primero en conocer y en comunicar las noticias. El Cardenal obsequió al Mudo con una cadena de cincuenta escudos y una medalla del Papa (folio 59v).

### La festividad del Corpus Christi

Muy especial relieve tuvo la celebración, el día 11 de junio, de la festividad del Corpus Christi<sup>21</sup>. Al comenzar la jornada, el Cardenal en presencia de sus preladados se hizo la tonsura y ensayó las principales ceremonias que habría de realizar más tarde, se puso una capa pluvial y la mitra y precedido por el Guión, se encaminó en carroza a la iglesia de Santa María, donde fue recibido por los cardeales Zapata Sachetti y el arzobispo de Sevilla. Pozzo refiere con toda meticulosidad la disposición de la iglesia y todos los detalles de la Misa, celebrada con asistencia del Rey, los Infantes y los más altos dignatarios de la Corte. La única observación chirriante es la de que «la sacristía estaba muy sucia y llena de polvo». También censura muestras de desorganización, como la de no haber indicado a los preladados italianos el lugar que debían ocupar, hasta que el arzobispo de Sevilla por medio del Maestro de Ceremonias les hizo trasladarse al que les correspondía.

Después de la Misa se organizó la procesión que fue hasta Palacio y desde allí a la puerta de Guadalajara por la calle de Santiago, para regresar por la plazuela del Salvador a la iglesia de Santa María.

Para adorno del trayecto se habían colocado en las inmediaciones del Alcázar los veinticuatro tapices de las dos series de la conquista de Túnez por Carlos V, los del Apocalipsis, los de los vicios, los de Ciro, etc., según puntualiza Peña, señalando el lugar ocupado por cada una. Del altar que se puso frente al balcón real, dice lo siguiente:

---

<sup>21</sup> Además de tratarse de los actos de este día en las relaciones generales citadas, según se indica en sus títulos, se ocupa en particular de ella: JUAN BAUTISTA VALENZUELA, *Fiestas de Corpus y Toros. 1626. Relación hecha... por observación y memoria de lo que en ella se dice*. Letra del siglo XVII. 6 bs. 305 x 215 mm. En la Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 18.717 (27).

Aparte de las referencias a la organización de los Autos sacramentales, ya publicadas por Varey, en las Actas municipales, se encuentra esta alusión a la fiesta religiosa del día:

Sesión del 10 de junio.—«Que los señores don Antonio de Vilbao y don Diego de Urbina hablen al Sr. Infante Cardenal para prevenir obispo que baya en la procesión del Corpus. Y los señores don Juan Calderón y don Gaspar de Valdés prebengan las crismas, trompetas y atabales para la dicha procesión» (fol. 273v).

«Remataua esta colgadura en un Altar enfrente del balcón de los Reyes debaxo de un rico dosel bordadas en el medio de la cayda las armas Reales con tres celadas por empresa, en las dos unos Dragones, y en la de enmedio un León sobre un Castillo, con una espada en la derecha mano, y un mundo en la izquierda, el cielo con ricas goteras bordadas, y en el blanco de enmedio dos Aguilas Imperiales que tenían en las presas cada una un mundo con las dos columnas del Plus ultra: era el frontal de tela blanca alcachofada de oro con frontaleras bordadas, y a trechos de matices y oro algunos repartimientos de la vida de Christo N. S. Sobre el Altar se leuantaba otra grada con la misma frontaleras correspondiente, y enmedio de seis candeleros dorados grandes, y seis ramilleteros una rica Cruz: dos blandones delante del Altar, alfombrado todo lo que a él tocaua» (fol. 20).

Lo que no reseña ninguno de los cronistas españoles es que el viento se encargó de deslucir tan vistoso espectáculo, porque según cuenta Pozzo rasgó muchos de los toldos que se habían colocado, derribó tablas de las armaduras que descalabraron a más de uno y obligó a descolgar todos los tapices en los lugares donde soplaba con mayor fuerza, a la vez que el polvo resultaba «muy fastidioso».

La ignorancia de este minúsculo detalle puede, sin embargo, hacer incomprendible parte de la *Canción* que Lope de Vega dedicó a este acontecimiento —de la que se tratará más adelante—, pues nos dice cómo los vientos desatados parecían querer hundir las naves imperiales representadas en los tapices de la conquista de Túnez.

La procesión, según Peña, se desarrolló de la siguiente manera:

«Salió la processión en la forma ordinaria, baziendo lugar el Paladión burlesco, con una nueva inuención que ha parecido bien: porque sobre una esfera de haros yua un arliquín con un açote, y luego asidos de la esfera otros quatro, y a tiempos se mouía este artificio con tanta velocidad, que daua mucho gusto, y ocasionaua risa en el vulgo. A los Gigantes seguían los niños Desamparados y de la Doctrina, Pendones, Cofradías, Cruces y Religiones: huuo vistosas danças de bayles e instrumentos, violones y otros diferentes. El señor Cardenal Legado dando en todo el buen exemplo con que resplandece, lleuó la Custodia del Santíssimo Sacramento en las manos, assistido de otros Prelados lleuando delante su Guión, y báculo Pastoral, y seis Capellanes de su Magestad, con capas. Las varas del Palio lleuauan los Regidores. Yua su Illustríssima tan absorto en aquel diuino Señor, que más parecía Angel que hombre. Sea Dios glorificado, que para confusión de la insolente y blasfema heregía tiene en su Iglesia la sincera Fe Católica Romana, cuchillo de tan sacrílegas y nefarias dotrinas. Al exemplo de tan santo Prelado se vio arrodillar todo el pueblo Christiano y Grandeza destes Reynos bañados en tiernas lágrimas adorando aquel Señor en cuya presencia los Serafines arden, las Potestades tremen. Los Consejos yuan en su deuido lugar, los Títulos y señores en el suyo, los Mayordomos de su Magestad en dos hileras y los señores Grandes que este día aduertí fueron don Pedro de Toledo, el Duque de Sessa, el Condestable, el Conde de Altamira, el señor don Duarte, el Conde de Agamón y

otros, todos con velas encendidas: y en medio de los Serenísimos Infantes don Carlos y don Fernando, venía su Magestad Católica... A su Magestad seguían los señores Cardenales Zapata y Nuncio (faltó el señor Cardenal Guzmán... por estar enfermo...). Seguían los Embaxadores de Alemania, Francia y Venecia, y remataua esta grandeza el señor don Diego de Guzmán, Patriarca y Arzobispo de Seuilla» (folio 21).

En la versión de Pozzo lo primero que se consigna es la estreñeza ante la parte grotesca del comienzo:

«Al comienzo de la procesión, a los venidos de Italia, donde no se usa, nos pareció extraño ver una máquina que a modo de rueda hacía girar por el aire ciertos *mattaccini* hechos de trapo e igualmente siete u ocho Gigantes de cartón bien portados, así como el gusto que el pueblo mostraba.»

Y también tomó nota del efecto causado en todos por la actitud de su señor:

«El aplauso que tuvo por dicha acción y cuanto creció el concepto de su devoción y piedad no se puede decir, porque le vieron siempre inalterable sin que jamás desviase los ojos de aquella sagrada Písida» (fols. 70v-73v).

Todos cuantos testigos dejaron reseñas escritas del acto coinciden en esa actitud admirativa, que Lope de Vega se cuidó de exaltar en la *Canción* que compuso e hizo imprimir en edición hasta ahora desconocida, de la que se ha conservado un ejemplar en la biblioteca de los Barberini.

Aquella tarde, el Ayuntamiento hizo que los actores encargados de representar los Autos sacramentales se desplazaran hasta la plazuela de la Encarnación con objeto de que el Cardenal y su séquito pudieran contemplarlos. En efecto, durante varias obras admiraron la variedad del espectáculo en que se sucedieron una loa, dos autos y diversos bailes, la riqueza de los trajes y la complicación de las alegorías, pues contando con los dos que se añadieron al día siguiente, las cuatro obras destinadas a la exaltación de la Eucaristía eran de argumentos tan dispares como la conversión y vida de San Francisco de Asís, el crimen ritual y el castigo de unos judíos de Segovia, la peregrinación del Alma y el desembarco de los ingleses en Cádiz. Pozzo, como es natural, dejó reflejada su curiosidad por la escenografía y otras particularidades, las actas municipales dan noticia sobre la contratación de los actores y Peña nos descubre que los autores de las piezas representadas fueron Lope de Vega y Mira de Amescua, lo que origina un complicado problema ya que entre los autos conocidos de ambos ninguno coincide con lo señalado.

## Procesión de la Octava del Corpus

A los pocos días iba a repetirse la procesión en honor del Santísimo, pero con un recorrido más limitado y con la gran diferencia para Barberini y los suyos de que esta vez les correspondía el papel de espectadores.

He aquí la versión de Peña:

«Hanse celebrado las fiestas del Santísimo Sacramento en su Octava, con la Fe y Religión que siempre, en especial en el Real Monasterio de la Encarnación, donde el Miércoles de la Octava estuvo el señor Cardenal Legado. A la tarde hubo Procesión con grande orden y magestad: lleuó el Estandarte el señor Marqués del Villar, hermano del Conde de Benauente, y las borlas otros señores acompañándole los Caualleros de la Corte: salieron las danças como en el día del Corpus y al Estandarte seguían treze Sacerdotes con sus Dalmáticas de ricas telas y brocados: el primero lleuaua un Guión de oro, y los demás cada uno una insigne Reliquia. El Santísimo Sacramento venia en hombros de Capellanes en unas ricas andas y Custodia, las varas del palio traian Capellanes del Rey con capas de tela, y dos continuamente incesando; ofició en la Procesión el señor Patriarca Arçobispo de Seuilla. Y luego se seguian los Grandes con sus velas, y la Magestad Católica en medio de los señores Infantes, los Embaxadores y Cardenal Nuncio detrás. Huuo mucho adorno en todo el distrito de la Encarnación y tres riquísimos Altares: uno a la parte del passadizo, otro en las casas del señor Pedro de Tapia, del Consejo Real de su Magestad, y del del Supremo de la Inquisición, en el quarto del señor don Diego Mexía, en cuyas ventanas estuvieron las señoras Duquesa de Frias y Marquesa de Liche y otras señoras, a quien dio merienda el señor don Diego. En las casas del señor Duque de Sessa huuo otro Altar, y en cada uno se cantaua un villancico, y dezía la Oración: y en el interin estauan de rodillas las personas Reales, sobre cogines de terciopelo. El señor Legado vio esta solemnidad desde una ventana del passadizo con celosía; y las señoras Reynas de España y Hungria estauan en las rejas principales que caen al pórtico de la Iglesia, y la Condesa se Saluatierra teniendo en braços a la señora Infante doña Maria Eugenia» (folios 21v-22v).

En el relato de Pozzo lo primero que se observa es que esta vez pudo contemplar todo con mayor detenimiento y menos sorpresa, deduciéndose que al principio se habían unido la tradicional tarasca con la novedad de Paladión burlesco<sup>22</sup>, pues dice:

«La Procesión comenzó con el acostumbrado Dragón, sobre el cual había una esfera a la que estaban unidos cuatro *mattaccini* de trapo y uno encima de ellos con un látigo, que giraban según se movía la esfera. Los que iban debajo del Dra-

---

<sup>22</sup> Después de formulada esta hipótesis, hemos tenido ocasión de verla comprobada en la lámina en color hallada en el Archivo de Protocolos de Madrid por su Director, mi querido amigo don Antonio Matilla y Tascón, que representa la tarasca con su aditamento tal como quedó este año después de reparada, dibujo que dará a conocer en el *Homenaje a Monseñor Vicente Enrique y Tarancón*, en prensa.

gón llevándolo le hacían estirar el cuello y abrir la boca. Venían en primera fila un enano y una enana con unas cabezas de cartón de forma desmesurada, que de vez en cuando alzaban para respirar y otras las dejaban caer a la espalda, quedando unidas por no se qué lazos. Venían seis figurones por parejas de hombre y mujer, una de españoles, otras de franceses y otra de moros. Su altura era la equivalente a dos hombres y medio y proporcionada la grandeza y los vestidos. Un solo hombre llevaba cada uno de estos fantoches, asomando su cabeza por medio de los muslos. Todos iban vestidos con casacas y trajes largos. De vez en cuando los apoyan en la pared y es cosa de gusto ver moverse toda aquella maquinaria y plegarse para caer en brazos de uno que la recoge, mientras sale de dentro el portador, y que luego tiene que ayudar a enderezarla aunque quede reducida a la mitad o menos que antes. Seguían dos grupos de músicos y bailarines aparejados, vestidos con casacones de faldas hasta la rodilla, de tela de oro falsa y variados colores, y con mantos cortos de tafetán que no pasaban de la media pierna. Tocaban guitarras, laudes, violines y castañuelas.»

Llamó también su atención el gran peso que indudablemente debía tener el asta del estandarte, aunque parecía muy sutil, ya que el marqués del Villar iba sudorosísimo y cada dos o tres pasos tenía que detenerse. Preguntó las causas de que no estuvieran presentes los embajadores de Florencia y de Saboya y si la Reina participaba alguna vez en actos de esta clase, a lo que le respondieron que sólo lo hacía en las procesiones de la Candelaria y de las Palmas que se hacían en el interior de Palacio (fols. 80r-81v).

#### **Toros y cañas en la Plaza Mayor**

El 25 de junio participó de nuevo el Cardenal como espectador en un acto público<sup>22</sup>, con motivo de la corrida de toros y juego de cañas celebrados

<sup>22</sup> De este acto hizo Valenzuela la relación particular citada en la nota 21. En las Actas municipales hay estas noticias:

Sesión del 18 de mayo.—«El Corregidor dijo que... don Francisco de Contreras Presidente de Castilla le ymbió a llamar ayer a las dos de la tarde y le mostró un papel del Sr. Conde-Duque en que le auissa cómo su Magestad dios le guarde desea que se festeje al Cardenal Legado y le a mandado dé orden que se prebengan toros y juego de cañas para luego que hiciere su entrada en esta Villa en que combendrá no perder tiempo y le ordenó diesse quenta dello a la Villa y prebiniesse luego todo lo necessario y que abiendo hablado al Sr. Marqués de Lichi (*sic*) quien le remitió el Sr. Conde-Duque a dado a entender que la Villa a de hacer el gasto de toda la fiesta de que la da quenta para que acuerde lo que se a de hacer» (fol. 252).

Sesión de 5 de junio.—Se «pide al mayoral del ganado vacuno de S.M. que traiga doce toros... para la fiesta que se le pagaren a catorce mill reales» (fol. 265v).

Sesión del 15 de junio.—«En este ayuntamiento se bió un billete de su S.<sup>a</sup> Illma. del Sr. Presidente de Castilla su fecha a 12 deste mes por el qual dice que su Magestad manda que las Bocas de las calles de la Amargura y los Boteros que salen a la Plaça se dexen desembaraçadas... para que en ellas se agan tablados en que acomodar a los criados del Sr. Cardenal legado y los del conde de Agamón para ber las fiestas que se an de haçer» (folio 274r).

en la Plaza Mayor, pero esta vez entre la invitación y el hecho medió una larga serie de gestiones, pues al advertirse que no se le había fijado puesto apropiado, Monseñor Pamfili cursó una serie de escritos en que advertía que si se deseaba que su presencia fuera notada por todos debería reservársele la ventana inmediata a la del Rey, con dosel sobre ella, y que si se pretendía que estuviera de incógnito entonces sería mejor situarle lo más lejos posible, con una celosía por delante y un toldo que resguardara del aire. Los ministros reales contestaban que lo primero no se acostumbraba y lo segundo no resultaría decoroso, aunque fuera en la ventana del cardenal Zapata, como invitado de éste. Por fin se accedió a que ocupara la ventana inmediata al balcón real, a mano izquierda, dotándola de celosía, un toldo de damasco y una colgadura dorada. Cuando llegó la hora prevista para que fuera el Conde-Duque a recogerlos y guiarlos, no compareció y a poco vino en su lugar el conde de los Arcos, con quien el Cardenal y Pamfili fueron en una carroza, mientras que el arzobispo de Conza, Azzolini, Santa Croce, Gaetano, Filomarino y Pozzo ocupaban otra, yendo la primera con las cortinillas echadas y sin pajes ni lacayos.

«Se entró en la Plaza, que ofrecía bellísima vista y estaba llena de infinito pueblo. Todas las cosas son semejantes y sus huecos tienen balcones de hierro, tan pegados unos a otros, que parecen un larguísimo corredor. Hay cuatro o cinco órdenes de éstos y arriba una balaustrada de hierro que corre sobre todas las casas, hecha para reparo y seguridad de las gentes que en semejantes ocasiones se sitúa sobre los techos desde el alero hasta la cima... Son como los *quec* de Francia y tienen ciertas gradas, sobre las cuales la gente se sienta sin estorbar la vista de toda la Plaza, ya que en los vanos de los pórticos se ponen los palcos, todos repletos. Estaba S.M. situado en el centro de la fachada izquierda, en medio de las dos Reinas, colocadas algo delante de él sobre ciertos cojinetes. En la ventana de la izquierda está el Cardenal y en la siguiente los preladados, debajo el marqués de Eliche, don Diego Mexía, muchísimos caballeros principales y los meninos del Rey y de la Reina. A mano derecha, las damas, y algo más allá un palco reservado para la corte del Sr. Cardenal. El Marqués del Carpio gobernaba la fiesta, de acuerdo con el gusto de S.M., dando órdenes a cuatro o seis alguacilillos en traje de caballero, que las transmitían.

Después de otros detalles sobre el público y el traje de su señor, pinta el despeje de la plaza y la salida del primer toro:

«Enfrente de la puerta, a unos treinta pasos de distancia, estaba plantado un muñeco de paja. Al salir el toro fue herido con ciertos aguijones que le irritaron de modo que lanzándose contra dicho muñeco le lanzó por los aires. Después empezó a dar caza a éste y a aquél, que se salvaban huyendo y tirándose a tierra, de momento no hizo ningún daño, porque aunque hubo un caballero que quiso clavarle un rejón no lo consiguió porque le rehuía. Se acostumbra en esta fiesta,

cuando el toro produce algún contratiempo o no da muestras de bravura, dar un toque de campana y entonces cualquiera de los que está en la plaza puede matarlo, por lo general desjarretándolo con una espada de hoja larga y no muy ancha, afiladísima. Las más de las veces sucumbe a los dos o tres golpes, no pudiéndose ver con gusto los horrendos tajos que le dan por todas partes, con el lomo abierto y las tripas al aire, cosa que no puede agradar a nadie aunque se trate de un animal. Los instrumentos que se usan son capa, espada larga de desjarretar «garroches», que nosotros decimos agujijones, puyas de un palmo o dos con plumas, y el rejón, que es una media lanza de asta...»

Describe después la forma de rejonear a caballo, la posibilidad de contemplar como éste es destripado, cosa poco frecuente porque los que se usan tienen mucha experiencia, y prosigue:

«Hubo dicho día seis toreadores, el más famoso el conde de Cantillana, joven de poco más de treinta años, de bellissimo garbo, blanco y rubio. Con un rejón hizo caer muerto a un toro y a otro le hirió bien, pero se revolvió y le dejó inmóvil junto a los palcos, golpeando al caballo de tal modo que, apenas pudo él desmontar, cayó muerto. Cuando al caballero por azar se le escapa el rejón de la mano, empuña rápidamente la espada larga y se defiende con ella.»

Menciona los nombres de otros diestros, señala los momentos en que el público grita y narra cómo las reses muertas son retiradas por tres mulas enjaezadas. Dice que por la mañana hubo tres o cuatro muertos en el encierro, entre ellos un francés, y aquella tarde dos o tres pisoteados. Sobre las consecuencias y valoración del acto, anota:

«Por ver dicha fiesta hubo gente que estaba sobre los techos desde el amanecer y la experiencia ha demostrado que en los días siguientes se llenan los hospitales de gente enferma de fiebre maligna y tabardillo. Por lo que siempre que se hace esta fiesta, máxime en verano, preparan doble número de camas, que resultan insuficientes, pues es tal la afición que tienen los nacionales que si se repitiese todos los días allí estarían y una vez que se prohibió por Bula de Pío V hubo que volver a autorizarla pues no sé qué carestía que sufrieron la achacaban a ese motivo. Efectivamente hay más de acción de carnicero que de cosa de gusto, aparte de que la gran confusión de gente impide que se vean las faenas de los caballeros.»

Recuerda luego las fiestas análogas que se celebraban en Siena en tiempo de la República, en que gentes muy diestras hacían mil juegos con la fiera que no era sacrificada.

Refiere luego el juego de cañas, en que participaron dos cuadrillas, al frente de una de las cuales iba el marqués de Eliche y de la otra un Sr. Castilla y elogia la belleza de la pelea entre dos perros del Cardenal Infante, que se lanzaban por los aires, mostrando extraordinario coraje y bravura» (folios 92r-96r).

### La sortija

El último espectáculo público y profano que les tocó contemplar fue —el 22 de julio— el juego de la sortija en la plazuela de la Priora, que presenciaron desde las «bóvedas» del Palacio Real. Había organizado la fiesta el embajador del Imperio y entre los justadores figuraron cuatro de los gentilhombres del Cardenal (Thomas Rinuccini, el caballero Bichi, Fabritio Ferreti y Dominico Cinquini), motivo por el que éste permitió a todos los suyos que asistieran.

Actuaron de jueces el Conde-Duque y los marqueses del Carpio y de la Hinojosa. Pozzo relata con minuciosidad las actuaciones de todos los participantes, primero por parejas y luego sueltos, así como el accidente ocurrido al marqués de Este por causa de haberse asustado su caballo al atravesarse en su camino un cachorrillo negro. Su balance es negativo: «La fiesta no resultó gran cosa: uno no pudo sacar el estoque, otro corrió con poca gracia, a otro se le cayó el sombrero en mitad de la carrera y de otro se dijo que había perdido un estribo.» Después de la distribución de los premios, a la misma cuerda donde había estado colgada la sortija se ató un gato y en una parodia también desafortunada los criados y gente baja trataron sin éxito de lograr el premio ofrecido al que consiguiera arrancarle la cabeza (folios 128r-129r).

### La Casa de Campo

Según se consigna en los apuntes de Pozzo, en siete ocasiones las salidas en carroza con el Conde-Duque acabaron en la Casa de Campo, o «del Campo» como escribe siempre.

Después de recorrerla por primera vez, el 9 de junio, consignó su impresión general, que respecto al edificio era francamente negativa:

«Esta es una Casa bastante ordinaria y rústica, no teniendo en cuanto a las habitaciones nada que ver y con más forma de alquería que de mansión real. Pasada la Casa se entra en un jardín, como Piazza Navona de largo, pero más ancho, en el cual al frente se encuentra una estatua en bronce de Felipe III a caballo, que fue hecha por los discípulos de Gio. Bologna en Florencia y enviada a aquel rey por el Gran Duque Fernando. El caballo tiene la cabeza desproporcionadamente gruesa, pues es pequeña y el cuello poco alto, mientras el cuerpo resulta desorbitadamente grueso. Como en España están acostumbrados a la vista de los caballos andaluces, notaron aún más los defectos, y la confinaron a este jardín.

Más adelante hay una fuente, que tiene encima un águila imperial y su taza está sostenida por un grupo de niños, en la siguiente son jóvenes desnudos y en la tercera —hecha en Italia— tritones.

Más adelante hay un trozo de jardín cuyos compartimentos están adornados con diversas plantas como los parterres franceses y hay un Jesús María muy bien hecho. Una fuente de plomo, en forma de castillo, deja caer el agua de diversos surtidores haciendo sonar algunas campanillas puestas en las torres de las esquinas, y tiene una galería cubierta en cuyo piso hay un número grande de orificios que bañan malamente a los forasteros que entran, especialmente a las damas. Recuerda a la fontana del jardín de Belvedere del príncipe de Polonia.

Las calles de árboles están formadas por olmos revestidos de yedra, sobre los cuales se ve gran cantidad de tórtolas, palomas y otras aves... Hay también una fuente semejante a la de Marforio en Campidoglio, hecha de estuco..., tres estanques con algunos cisnes y un bosque a mano izquierda, sobre cuyos árboles como en Aranjuez —hay una infinidad de cornejas o grajos que con su importuno gritar turban el gusto de aquel lugar—, lo demás son pequeñas colinas sin árboles.

La Casa tiene una pequeña galería con tres o cuatro arcos y en ella no hay ni cuadros, ni adornos, ni muebles preciosos. Su posición aparece dominada por la fachada lateral vieja del Palacio Real, del que dista tres o cuatro arcabuzazos, y está a poco de atravesar el puente» (fols. 65v-66r).

El día 24, San Juan, tuvieron ocasión de asistir en ella a una fiesta palatina, pues después de haber paseado en carroza, como los Reyes, el Conde-Duque y todos los señores de la Corte, por el Prado, vinieron acá tras la familia real y presenciaron la representación de una comedia al aire libre, el Cardenal desde la galería superior, y los Reyes e Infantes debajo. Pozzo, tan aficionado a contemplar las comidas singulares, tuvo ocasión de ver luego cómo el Rey, las dos Reinas y los dos Infantes cenaban en el jardín, servidos por damas (fols. 91v-92r).

Durante el último recorrido, el domingo 26 de julio, se produjo un hecho «casual», en que quizá intervino la habilidad del Conde-Duque para dar ocasión a Felipe IV de envanecerse mostrando sus habilidades venatorias, pues apenas habían llegado apareció el Rey sobre una colina montado a caballo y cazando conejos. Se apearon todos y después de saludarle el Cardenal empezó a caminar junto al monarca que según iba conversando disparó en cinco ocasiones, tres con ballestas y dos con arcabuz, sin fallar ninguna.

### **La salud ajena**

Hasta el 18 de julio y de manera casual, por motivo de la grave enfermedad del cardenal Guzmán, no descubrieron que estaban incurriendo en graves faltas de descortesía al no reparar en que ciertos personajes se interesaban con frecuencia por la salud del Cardenal.

«Practican en España grandemente estas ceremonias de procurar estar de modo continuo al tanto del estado de aquellos a quienes se quiere demostrar que se

estima. Desde el principio, diversos señores de los citados mandan a sus gentilhombres a interesarse por la salud del Sr. Cardenal y nosotros por poca práctica del país, cometimos el error de no enviar a hacerlos a ellos la misma pregunta, hasta que el Sr. Thomasso Rinuccini por aviso que le dio el Secretario Bratti, agente del cardenal Bandini, que como italiano y muy conocedor del país y del estilo de la Corte, a quien con aprobación del Sr. Cardenal había rogado que le previniese cualquier cosa que se debiera hacer para producir buen efecto, supo que lo único que había maravillado era que no se correspondiera a las demostraciones amables que venían haciendo mostrando su preocupación por el Sr. Cardenal, lo cual sabido por éste estimó que debía hacerse y encomendó a dicho gentilhombre que a partir de entonces se efectuasen los mismos cumplimientos, ante todo con los que lo habían realizado, misión que primero desempeñaron algunos gentilhombres y después los pajes vestidos de largo. Estas ceremonias se hicieron extensivas a los "Serenísimos Príncipes" (*sic*), dejando la embajada a cualquiera de los miembros de su Cámara» (fol. 84).

### Los regalos

Tema delicadísimo, que originó muchas preocupaciones, y ante el que se actuó de manera vacilante, fue el de los regalos. Planteóse por primera vez incluso antes de entrar en la Corte, cuando apareció en Barajas un enviado de la condesa de Olivares, con una colección de vasos y copas de cerámica y de plata, que se consideró presente excesivo, pero que se optó al fin por no devolver ante la ausencia del esposo que impedía explicarle las razones de tal proceder.

En el copioso equipaje del Cardenal venían una serie de objetos destinados a personas concretas, las de la familia real, y un número abundantísimo de las llamadas «cosas de devoción» (rosarios, agnusdei, relicarios, medallas de diversas clases, etc.), más guantes y objetos de cristal de Venecia.

La misión de entregar a los Reyes los obsequios que les estaban destinados le fue encomendada a Pozzo el 14 de junio, que por tal motivo extrema su meticulosidad y nos enumera casi en plan de inventario lo correspondiente a cada uno:

«Para el Rey un cuadro grande, señalado con el número uno, de marfil en relieve, que representaba la Coronación de espinas. Llevaba un marco de ébano, con incrustaciones de plata y algunos dorados, midiendo en total casi dos brazas de alto. Además, una bandeja de guantes, rosarios artísticos, cuatro medallas de oro con la Puerta Santa y la efigie del Papa en tamaño grande y muchas medallas de plata indulgenciadas. Los guantes eran de la tenería de la princesa Giulia de Este, y estaban impregnados con aceite de yema de huevo, jazmín y por último ámbar, una fuente de agnusdei y otra de rosarios calmadulenses, de caña de Indias, de granadilla y otras clases.

Para la Reina otro cuadro, señalado con el número dos, algo menor que el del Rey, en marfil, representando al Salvador con la cruz a cuestas, guarnecido de la misma forma. Aparte, una fuente de agnusdei, otra con guantes de bordado finísimo con flores y otras cosas del natural, de varias clases. Varios cuadritos pequeños sobre ágata. Algunos relicarios portátiles de cristal guarnecido de oro y esmalte negro con reliquias señaladas. Cuatro medallas de oro como las dichas, muchas de plata y una fuente de rosarios.

Para la Infantina un cuadro, señalado con el número tres, de menor tamaño y en el mismo estilo de marfil y guarnecido como los otros. Más guantes, rosarios, medallas, etc., semejantes.

Para la Reina de Hungría, un cuadro —señalado con el número cuatro—, como la mitad del anterior, hecho con columnitas de jaspe y el resto de lapislázuli, con los capiteles, estatuillas y ensamblajes de las piezas de oro, con un fondo de ágata o de calcedonia ante el que había unas imágenes del Salvador y de la Virgen de lapis. El resto, como a los anteriores.»

La preparación del envío fue hecha por Monseñor Pamfili con la ayuda del Sr. Jacomo Panzirolo, auditor de la Nunciatura, y del transporte se encargaron los ayudantes de cámara que los transportaron por el Pasadizo. Juan Gómez de Mora se encargó de facilitar la entrada en las estancias reales y llegado a la antecámara dos caballeros introdujeron a Pozzo a presencia del Monarca, a quien hizo una profunda reverencia con la rodilla derecha casi en tierra, a la mitad de la sala y dos pasos delante de S.M. una tercera, quedando arrodillados. Cuando le ordenó: «levantaos» lo hizo y le expuso «que el Sr. Cardenal Legado, mi Señor, hacía humildísima reverencia a S.M. y en señal de su respeto y testimonio de su afecto le enviaba algunas cosas de devoción como las más proporcionadas que había sabido escoger a su devoción y sana piedad, lo cual suplicaba que aceptara complacido como prenda de buena voluntad».

El Rey, que estaba apoyado en una silla, escuchó benignamente y con rostro complacido, contestando que agradecía mucho esa buena voluntad del Legado. El cuadro, como era tan grande, tuvo que ser introducido por tres ayudantes, que quitaron las cubiertas de madera tapizada de cuero rojo repujado en oro. El Rey lo miró sin acercarse ni decir cosa alguna, ordenando que se volviera a tapar, tras lo cual se retiraron con las mismas ceremonias.

Gómez de Mora le participó que las dos Reinas y la Infantina estaban juntas por lo que fueron a verlas, tomando precauciones para que no se confundieran los respectivos obsequios. Estaban las dos Reinas en pie junto a una ventana y la Infantina en brazos de la condesa de Salvatierra. Transmitió su mensaje, dirigiéndose antes a la niña que a la reina de Hungría, por su calidad de única heredera, y la Reina contestó dando las gracias, en tanto que la otra no respondió nada, «aunque por la benignidad e hilaridad del

rostro dio señal de haberlo agradecido». Al hablar a la Infantina se la daba el tratamiento de Alteza Serenísima. Apenas habían salido, las camareras mayores le hicieron llamar para que ordenase el contenido de las bandejas que había sido revuelto.

Al mismo tiempo Giacinto del Búfalo había llevado análogos presentes, que no se especifican, a los Infantes: el Cardenal dijo «que era mucho» y D. Carlos no dio respuesta alguna.

Para cumplir con las Damas de Palacio se hizo una remesa de objetos piadosos a la duquesa de Gandía, pero les respondió que el envío había de hacerse de manera individual a cada una de las damas y de los meninos, por conducto de las camareras mayores de las dos reinas y de la Infantina. El Cardenal hubo de pasar toda la tarde y parte de la noche del día 15 en el guardarropa preparando estas remesas, aparte de otra especial que consistió en una baraja, hecha en tiempos del duque Visconti de Milán, de naipes cuyas figuras, «bellísimas de colores, y oro», vestían trajes de aquella época, yendo guardadas en un estuche de cuero rojo estampado en oro, para el Conde-Duque, así como tres hermosos rosarios de lapislázuli, algunos relicarios y otros objetos devotos para sus tres hermanas (Carpio, Alcañices y Monterrey).

En los demás casos, las medallas papales de oro constituían la máxima prueba de aprecio que solía otorgarse, siendo verosímil pensar que entre los que la recibieron figuró Lope de Vega, pues dedicó un soneto a describirla <sup>24</sup>.

Para quienes se suponía más partidarios de recompensas materiales se recurrió al sistema de las propinas, sobre cuya procedencia e importe también abundaron las dudas. A los «Caseros mayores» de los palacios de Aranjuez y de El Pardo se les dio una cadena de cuarenta escudos a cada uno, al que llevó los caballos regalados por el Conde-Duque se le regaló una cadena y a sus cuatro mozos lo preciso para que hiciesen un vestido cada uno, a los seis que condujeron los lebreles regalados por S.M. veinte piezas de a ocho a cada uno y al guardajoyas de Palacio una cadena de cuatrocientos escudos. El problema más delicado lo planteó Dominguillo, el protegido del Conde-Duque, que fue a ofrecer los regalos de los caballos y de los lebreles, pues sospecharon que el haberle utilizado era para evitarles la propina, pero optaron por obsequiarle con una cadena de trescientos escudos y un

---

<sup>24</sup> LOPE DE VEGA, «A un retrato de su Santidad en una medalla de oro», en su *Corona trágica*, Madrid, 1627, fol. 118r.

Las medallas de Urbano VIII pueden verse reproducidas en una lámina de la obra de ALFONSO CHACÓN, *Vitae et res gestae Pontificum romanorum et S. R. E. Cardinalium...* Tomo IV. Roma. Ph. et A. de Rubeis, 1677, pág. 523.

adorno para el sombrero de doscientos, pero a poco se presentó a decir que su amo le había prohibido que lo aceptara sin permiso del Rey, el cual se concedió.

Precisamente, fueron los familiares del Conde-Duque los primeros y más insistentes en hacer obsequios y los únicos que en diversas ocasiones rechazaron los que se les hacía.

El 5 de agosto, antes de la partida, se dedicó la sobremesa a confeccionar la lista total de las propinas, llegándose a la conclusión de que ascenderían a más de once mil escudos.

Por parte española, prescindiendo de los gastos de todo orden ocasionados por el alojamiento y el mantenimiento de tantos huéspedes<sup>24</sup>, la cuestión de los obsequios, empezó por ser una cuestión política de primer orden, pues se conocen las deliberaciones de la sesión del Consejo de Estado en que, antes de la llegada, se trató sobre lo que debía hacerse, existiendo partidarios de hacer hasta importantes donativos en metálico<sup>25</sup>.

Según Pozzo, «el Conde de los Arcos había dicho que S.M. había ofrecido al Sr. Cardenal dos títulos de Duque, cuatro de Marqués, seis hábitos y ocho mil escudos de pensión para distribuir y doce mil para él, pero Monseñor Patriarca opinó que no debía aceptarse cosa alguna, como se hizo» (fol. 135).

En concreto, los regalos recibidos de la familia real parece que fueron los siguientes:

Del Rey la Carroza verde con adornos dorados, que se les presentó como nueva, pero que luego averiguaron que era la que había utilizado Felipe III para su entrada en Lisboa y el viaje a Andalucía. Seis mulas negras y dos de respeto, todas adiestradas para el servicio de la carroza. Doce lebreles.

Por mano del guardajoyas le envió un broche de diamantes, tallados a la francesa («a rocher»), que se abría y mostraba un retrato del Rey joven. Para los hermanos del Cardenal, envió doce medallas de oro con la efigie del monarca.

Al despedirse los componentes de las diversas expediciones que salían

---

<sup>24</sup> «Llevó de España doscientos mil ducados de plata de las Bulas y beneficios que proveyó, dispensaciones, Breves y jubileos, y le valieron los presentes que le hicieron los Reyes ochenta mil ducados, rica ropa blanca, albas, roquetes no quiso recibir joyas, que si hubiera alargado la mano, llevara gran suma» (*Noticias de Madrid, 1621-1627*. Edición de ANGEL GONZÁLEZ-PALENCIA, Madrid, Ayuntamiento, 1942, pág. 146).

<sup>25</sup> En la mencionada reunión del Consejo de Estado hubo pareceres muy encontrados sobre los regalos que se le debían hacer, pues mientras el marqués de Villafranca opinaba que aunque trajera mantillas, reliquias y joyas en nombre del Papa, podía darse por compensado con haber hecho el oficio de padrino y el trato dispensado, admitiendo que a lo sumo se le regalase algo valioso de altar, el marqués de Montesclaros proponía que se le diesen diez mil ducados y otras diferentes sumas. (Véase nota 11.)

para Valencia, el conde de los Arcos fue agasajándoles con una cadena y una medalla en que iba un retrato de S.M. y la imagen de Apolo con el lema: «Lustrat et fouet.» Estos repartos dieron lugar a varios incidentes, porque los que creían haber sido maltratados, como el arzobispo de Conza, se negaron a aceptar el obsequio.

La Reina había enviado una carroza el día de la entrada y el 11 de agosto un diamante engastado en un anillo de unos cuatro mil escudos de valor.

Por su parte, Sor Margarita de la Cruz había mandado ya el 18 de junio a su secretario Huerta con una serie de cofres en que había una multitud de objetos: diez pares de bolsillos de ámbar forrados de ormesí, doce pares de guantes, vasos de cerámica portuguesa y de porcelana fina, una docena de escudillas, vasos, cincuenta cajitas de pastillas, un hostiario de marfil y diversas piedras, rosarios, etc.

Como hemos indicado, cuanto se refiere a las relaciones con el Conde-Duque ha de tratarse por separado, pues supone una complicada maraña. Particular importancia tiene su determinación de intercambiar los respectivos retratos, encomendado la realización de ambos a Velázquez, pudiendo ser el suyo alguno de los conocidos mal documentados y no quedando rastro del de Barberini<sup>26</sup>. Su último regalo fue un lote de cuatro caballos andaluces, que les habían admirado por su belleza, aunque moderaron sus expresiones de entusiasmo por haber sido advertidos del peligro de tener que recibir todo aquello que elogiaron, en vista de una costumbre que todavía bastantes años después observó madame d'Aulnoy<sup>27</sup>.

De unas cuarenta señoras de la nobleza que habían sido visitadas en sus domicilios, dieciséis de ellas (si Pozzo no omite ninguna) se consideraron obligadas a remitir un obsequio al Cardenal antes de su partida y cada una de las remesas fue objeto de detenido examen, para distinguir en ella lo que se consideraba aceptable y lo que debía ser rechazado, casi siempre por su excesivo valor, aunque en este punto las fluctuaciones son muy acusadas.

Estas ofrendas empezaron a llegar desde el regreso de El Escorial, es decir del 1 de julio en adelante, cuando se supuso que la partida definitiva estaba próxima. En ellas había vestiduras eclesiásticas (sotanas, casullas, etc.), objetos variados (telas, perfumes, guantes, etc.), y hasta obras de arte, que quizá eran de lo más valioso existente en el patrimonio familiar, pues la

---

<sup>26</sup> Según la noticia de Pozzo el 13 de julio acabó Velázquez el retrato que hizo Velázquez al Cardenal, destinado al Conde-Duque, en intercambio con otro que hizo a éste para que se lo llevara él. De este punto se ha ocupado ENRIQUETA HARRIS en «Cassiano dal Pozzo on Diego Velázquez», en *Burlington Magazine*, CXII, 1970, págs. 364-373.

<sup>27</sup> JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA, *La mujer, la casa y la moda (en la España del Rey Poeta)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, pág. 241.

condesa viuda de Lemos, por ejemplo, no vaciló en mandar un cuadro de Rafael, que representaba a San Juan Bautista en el desierto, y la condesa de Miranda unos vasos que el Emperador regaló a su padre cuando fue embajador en Alemania.

Pero quizá lo que más se repite, extrañamente, pues no se suele mencionar entre los regalos de la época, eran las piezas de bezoar, que Pozzo —llevado de sus aficiones de naturalista— describe con toda prolijidad, anotando sus colores, pesos, formas, autenticidad (a veces corroborada con documentos adjuntos), dureza y otras particularidades, aparte de su previa clasificación en oriental u occidental. En ningún caso alude a sus condiciones de antídoto o de medicina, sino que las ve como auténticas piezas artísticas o piedras preciosas, pues eran los joyeros quienes las vendían y así en una ocasión estuvieron admirando las procedentes de Goa venales en un establecimiento de la Corte. El valor artístico y monetario se acentuaba porque frecuentemente iban engastadas en oro. Entre las piezas más admiradas estuvo una enviada por la princesa de Esquilache (además de una casulla de lama de plata, envuelta en un bello mantel, un cofre de laca con madreperlas, etc.), de forma de un gran huevo de oca aplastado, del que sobresalía por los dos extremos la flecha de marfil con que había sido herido mortalmente el animal. El Cardenal decidió aceptar solo la casulla, pero aquella tarde coincidió en la casa de la condesa de Lemos joven con la Esquilache y otras familiares suyas que acabaron haciéndole admitir todo.

Quizá el más sorprendente —a la vez que el más adecuado— de todos, fue el de las monjas de la Encarnación, que enteradas de que tenía dos hermanas que lo eran, le entregaron para ellas dos cajitas iguales, recubiertas de concha de tortuga, en que había un pergamino con sentencias espirituales escritas en bellísimos caracteres por una religiosa de la casa, y toda una serie de cilicios, disciplinas, cadenas e instrumentos de mortificación.

#### **La antidiplomacia de los criados**

Mientras que el Cardenal y los prelados y gentilhombres de su séquito convivían de manera más o menos cordial con los miembros de su mundo circundante, sus lacayos y pajes no fueron capaces de mantener durante tan largo tiempo relaciones igualmente correctas con sus congéneres, por lo que los incidentes empezaron a menudear y acabaron teniendo funestos resultados.

El día 10 de junio Pozzo tuvo que trasladarse a la casa de Tapia, donde se alojaban los restantes miembros de la expedición, porque un servidor del

abate Gaetano había dado una puñalada mortal a un criado del capellán limosnero, refugiándose luego en la iglesia del convento de la Encarnación, donde acudieron numerosos alguaciles y esbirros, a los que se les advirtió que no podían intervenir por tratarse de miembros del séquito del Legado.

El día del Corpus, al regresar de la representación de los Autos, se enteraron de que el caballero Biqui, cuando regresaba a Palacio, tuvo que echar mano a la espada para impedir que unos alguaciles detuvieran a un criado suyo.

Pero el suceso más grave ocurrió en la noche del 5 de julio, delante de esa misma casa de Tapia (parte del palacio del conde de Benavente, arrendada a un ministro de este apellido), con motivo de una fuerte reyerta entre los criados italianos y un grupo de españoles, pues había resultado herido un alabardero real que intentó separar a los que se pegaban. Cuenta Pozo:

«La riña dicen que empezó por causa de un servidor italiano del Sr. Doni, que alzó el velo a no sé qué mujer que regresaba del río acompañada por un hombre, y entablada la reyerta entre los dos vino este pobre arquero, así como un caballero de Santiago y otro portugués, que pasaba a caballo y al quererse interponer para avenirlos recibió una herida en la punta de la nariz. De los italianos no se supo que ninguno resultase herido» (fol. 116v).

El Cardenal, al enterarse, mandó sus excusas al Conde-Duque e hizo que fueran a visitar al herido, llevándole cincuenta doblas, médico y medicinas. Asimismo, determinó que dentro de cuatro o cinco días saliese una primera expedición para Valencia. En los días siguientes fueron recibiendo noticias alarmantes sobre la salud del arquero y peticiones suyas, como la de que su plaza pudiera ser heredada por un miembro de su familia. Por fin, el día 14 supieron que había fallecido y Pozzo desahogó el mal humor, escribiendo que le habían «matado los médicos y cirujanos, por la mucha sangre extraída y por la estupidez de no haber advertido que tenía un brazo roto» (folio 122v).

Por último, a media noche del 8 de agosto oyeron un gran alboroto promovido por un altercado entre los lacayos y criados de los gentilhombres con los criados españoles del comedor de la servidumbre, empezado por una disputa entre un servidor del conde de Carpegna y un español sobre unos confites desaparecidos de la mesa. Hubo pedradas y cuchilladas.

#### Contactos con escritores y artistas

Las consecuencias de la estancia de Barberini en Madrid en el ámbito intelectual fueron notables, a pesar de que sus actividades se desarrollaron en terreno muy diferente.

En primer lugar ha de contarse con la relación directa mantenida con aquellos escritores a los que recibió en audiencia individual, según sabemos por el *Diario* de Pozzo. Fueron éstos:

1. Lope de Vega, que gracias a este acontecimiento pudo lograr las únicas distinciones honoríficas importantes alcanzadas en su vida<sup>28</sup>.

2. El Príncipe de Esquilache, que por razón de su título fue recibido varias veces y visitado en su palacio en dos ocasiones<sup>29</sup>.

3. El P. Juan Luis de la Cerda, jesuita, «famoso humanista, comentar de Virgilio», recibido el 6 de junio.

4. Don Lorenzo Ramírez de Prado, «buen legista y profesor de Bellas Letras», a quien se concedió audiencias en 20 de junio y en 7 de agosto.

5. Lorenzo Vander Hammen, que el primero de agosto, mientras su hermano retrataba al Cardenal, se dedicó a leerle varios capítulos de su biografía de Don Juan de Austria, que publicaría un año después.

6. El P. Jerónimo de Florencia, jesuita, a quien como se ha indicado oyó predicar con admiración varias veces y con el que tuvo una frecuente relación.

Ya se ha dicho que, además, en dos ocasiones escuchó sermones de fray Hortensio Félix Paravicino.

Es fácil suponer que, además, tendría ocasión de conocer a otros literatos que desempeñaban puestos palatinos, como Antonio Hurtado de Mendoza o el doctor Mira de Amescua. Ya hemos dicho también cómo en dos ocasiones escuchó con deleite sermones de Paravicino.

Respecto a pintores, consta su relación con Velázquez, que por encargo del Conde-Duque, le hizo un retrato el 13 de julio y que después conseguiría por su conducta alcanzar la pensión deseada<sup>30</sup> y poder alojarse en el mismo Vaticano y disponer de facilidades extraordinarias para sus trabajos cuando en 1629 estuvo en Roma<sup>31</sup>.

---

<sup>28</sup> De este tema trato en el artículo «Encuentros del Cardenal Legado Francesco Barberini con Lope de Vega y con el Príncipe de Esquilache (Madrid, 1626)», en prensa en el libro *Homenaje de la Academia de San Dámaso a Monseñor Vicente Enrique y Tarancón*.

<sup>29</sup> *Idem*.

<sup>30</sup> Muy poco después, el 14 de octubre de 1626, el nuncio Pamfili, enviaba a Barberini, secretario de Estado, el memorial de Velázquez, recomendado por el Conde-Duque, en que solicitaba una dispensa papal para poder disfrutar, a pesar de ser casado, la pensión que le había concedido el Rey sobre beneficios eclesiásticos. Haciendo constar que en adelante no se volverían a conceder estas gracias, se le concedió y en 1627 se la asignó con cargo al obispado de Canarias (JOSÉ CAMÓN AZNAR, *Velázquez*, tomo I, Madrid, Espasa-Calpe, 1964, pág. 330).

<sup>31</sup> «Llegó a Roma, donde estuvo muy favorecido del Cardenal Barberino, Sobrino del Pontífice, por cuya orden le ospedaron en el Palacio Vaticano i diéronle las llaves de algunas piezas...» (FRANCISCO PACHECO, *Arte de la Pintura*, Sevilla, 1649).

Sin embargo, el retrato hecho por Velázquez no fue del agrado de Pozzo, porque en él tenía «aire melancólico y severo» (rasgos distintivos de su carácter, según sus biógrafos) y le convenció para que al final de su estancia se dejase retratar Juan Vander Hammen, que hacía excelentísimamente retratos, flores y frutos<sup>32</sup>.

El arquitecto Juan Gómez de Mora, uno de los más eficientes miembros del séquito español, cuya *Relación de las cassas que tiene el Rey en España*, fechada y firmada el 17 de julio, fue compuesta sin duda, lo mismo que los planos adjuntos, para el Cardenal, que la guardó en su biblioteca.

En un segundo grupo, habría que enumerar a cuantos escribieron acerca de la venida del Cardenal, empezando por Lope y Esquilache, siguiendo por los autores de relaciones ya citadas y acabando por los de piezas encomiásticas, raras o desconocidas:

Juan de Larrea, que aparte de las dos relaciones conocidas, publicó: *Canciones. Gracias, que la insigne villa de Madrid, da a su Santidad, por la honra que ha receuido con la venida del Ill. y Reu. S. Cardenal D. Francisco Barberino su sobrino, y Legado a Latere*. [s. l.-s. i.] [s. a.] 7 págs. orladas.

Diego de Silva, autor de *Al Illmo. y Revmo. Sor. Cardenal Francisco Barberino, Legado de Su Santidad, en su venida a España*. [s. l.-s. i.] [s. a.] 1 h + 9 fols. 24 cm. Poema en octavas reales del que también existe un ejemplar manuscrito. El autor es el famoso conde de Salinas.

Francisco León y Arce, *Canción real al Legado, y descripción del camino de su Magestad, con la muestra de un poema heróyco*. Madrid. Luis Sánchez. 1626. 4.º, y *Dos loas sumarias: una al bateo de la princesa... y otra en que el autor da al legado la enorabuena*. Madrid. Juan González. 1626. 4.º

Un T.T.S.D., que puede ser Luis Tribaldos de Toledo, autor del poema latino *Elysiorum Matritensium advmbratio* [s. l.-s. i.] [s. a.] 82, relativo a su visita.

Los jesuitas anónimos que escribieron el *Carmen* y el *Diálogo* con motivo de la visita al Colegio Imperial.

Y los autores de textos manuscritos, dedicados a él y fechados durante su estancia, que se los entregarían en mano o cuando menos a algunos de sus acompañantes, puesto que fueron a parar a su biblioteca y en ella se han conservado:

Juan Bautista Valenzuela Velázquez. *Vetera Hispanica monumenta sive lapides et inscriptiones*.

Baltasar Porreño. [*Libro de elogios de los Papas y Cardenales españoles.*]

---

<sup>32</sup> El prestigio de Vander Hammen como pintor de flores y de frutas, del que se hace eco Pozzo, fue reconocido por Pacheco y otros muchos tratadistas de la época.

En los preliminares, contiene un soneto dedicado al escudo del Cardenal y una «Décima a la acción y ejemplo marauilloso que dio el día del Corpus, lleuando el S.S. en sus manos, en la procesión de la Corte. Año de 1626».

Juan Soria y Quiñones. *Libro intitulado Flor de conceptos a la purissima concepción de Nuestra Señora*, colección de poemas religiosos, que se inicia con una Silva dedicada al Cardenal.

Además, Pozzo indica que el 6 de julio «el hijo de D. Juan Bravo de Acuña, presentó un panegírico en versos españoles estampados en loor de la Casa Barberina, obra (blanco) y una oración y otras cosas semejantes de un tal Valentino Mariner» (fol. 117v), que naturalmente es Vicente Mariner, Valentino.

El 23 de junio fueron a visitar «un jardincito de simples de Diego Cortavilla, que tenía diversas plantas indianas curiosas, de las cuales dio semillas y frutos al Sr. Cardenal, a quien también regaló un librito de simples diversos indianos con sus figuras y virtudes curativas de la mayor parte de las indisposiciones del cuerpo humano. El título del libro es (blanco)» (fol. 88r). Se trata del farmacéutico Diego de Cortavilla y Senabria, de quien Nicolás Antonio cita una obra perdida.

Y ese día, a continuación, recibieron la visita de fray Gregorio de Bolívar, menor observante, que había estado en las Indias veinticinco o treinta años, y era autor de un mapa de las mismas mucho más exacto y copioso que cuantos se han visto hasta ahora, introduciendo muchas novedades, el cual había regalado al Sr. Conde de Olivares, así como de un extenso discurso sobre el mismo tema, en que trataba de muchas particularidades y rarezas de las Indias, del que prometió facilitar copia al Sr. Cardenal cuando hubiera acabado de pulirlo» (fol. 88v).

Pero, además hubo otros, no aludidos en los textos manejados, que lo mismo que Lope presumieron que la llegada del personaje podría suponer el remedio de sus cuitas. Este fue el caso de Góngora, que con ocho meses de antelación, tenía ya puestos sus ojos en el joven «nepote», según nos descubren dos cartas suyas a Cristóbal de Heredia. El 14 de octubre de 1625, le escribía:

«El nepote de su Santidad que salió por legado a Francia, viene aquí muy apriesa a sacar de pila lo que fuere Dios servido darle a la Reina Nuestra Señora.»

Y en 4 de noviembre le confiesa ya sus duelos y sus esperanzas:

«Vuestra merced me tenga lástima en el estado en que me veo, sin remedio de poder salir ni quedar, siendo fuerza esto último para sacar el decreto del hábito, que será alumbrando Dios a la Reina Nuestra Señora, para expedir la pensión, que

sin falta será en llegando el Legado nepote de su Santidad, para ver si hallo Cirineo que me ayude a la impresión de mis borrones, que es lo que más me importa para mi remedio»<sup>31</sup>.

De estos podría deducirse la idea de que el poeta esperaba la llegada del Legado para que se resolviesen sus problemas administrativos, pero que ello nada tenía que ver con el segundo tema de la búsqueda de un mecenas para la impresión de sus obras. Sin embargo, la existencia de un códice de las mismas en la biblioteca de Barberini, cuya importancia se ha puesto de relieve últimamente y del que prepara una edición crítica José Luis Gotor confirma la hipótesis de que el Cirineo soñado era precisamente el Cardenal<sup>32</sup>.

Además, dejaron constancia de su presencia algunos extranjeros, como Benedetto Milán, que se presentó en Barajas y que debía llevar por acá algún tiempo, ya que en 1624 había impreso en Alcalá una obra latina: *In laudem Ioannis Columnae Cardinalis in Syriam Legati, Orationem*, desconocida por Juan Catalina García y demás historiadores de la tipografía complutense<sup>33</sup>.

Juan Jacobo Chifflet, de Besançon, médico real y humanista, amigo de Quevedo, que regaló a Pozzo un texto suyo manuscrito<sup>34</sup>.

Vicente Slavazati, de Ragusa, que entregó el original autógrafa de su *Epytome del oficio y autoridad del legado*, también conservado hasta hoy.

El 10 de junio, durante el banquete que ofreció a los prelados la Condesa de Olivares, se interpretó un concierto, en que «pudo oírse el famoso laúd del boloñés Filippo Piccinivo».

### La partida

El día 11 de agosto, por la tarde, después de haber hecho una última visita a la Infantina, se emprendió la marcha de manera bastante confusa, por-

<sup>31</sup> LUIS DE GÓNGORA, *Obras completas*. Recopilación, prólogo y notas de Juan e Isabel Millé Giménez, 6.ª edición, Madrid, Aguilar, 1967, págs. 1061-62.

<sup>32</sup> Se trata del códice Bar. lat. 3476, de letra del XVII, 59 fols., 206 x 148 mm., descrito por HAROLD G. JONES en *Hispanic manuscripts and printed books in the Barberini collection*, I, Città del Vaticano, 1978, págs. 79-86. Del mismo dio noticia, en el Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas (Salamanca, 1971), VERN WILLIAMSEN en su ponencia *Un nuevo códice gongorino*.

<sup>33</sup> La obra aparece reseñada en la nota bio-bibliográfica que se le dedica en el repertorio coetáneo de LEONE ALLACCI o LEONE ALLATI, *Apes Urbanae, siue de viris illustribus, qui ab Anno MDCVVV per totum MDCXXXII Romae adfuerunt, ac Typis aliquid euulgarunt*, Roma, Ludovicus Grignanus, 1633, págs. 62-63. Dice que fue impresa por Juan de Orduña, que efectivamente tenía taller abierto en esa fecha.

<sup>34</sup> Una carta de Quevedo a «Juan Jacobo Chifflet, médico famoso», en latín, fechada en Madrid, a 10 de octubre de 1627, puede verse en sus *Obras Completas*. Estudio prel., ed. y notas de F. Buendía, 6.ª ed., II, Madrid, Aguilar, 1978, pág. 889.

que ni comparecieron todas las carrozas necesarias, lo que obligó a montar hasta a ocho y nueve personas en cada una, ni compareció el cardenal Sachetti, que en el último momento decidió ir a despedirse de la embajadora de Alemania. Fueron a la Plaza Mayor, donde la muchedumbre les impedía seguir adelante, y el polvo tampoco dejaba ver el camino. El Cardenal tuvo que detenerse para darles la bendición «y la mano a algunas personas de respeto que había entre aquella numerosa turba»<sup>77</sup>. Las aclamaciones y plegarias demostraban «como las limosnas hechas por el Sr. Cardenal y la dulzura de su presencia y de su trato habían cautivado a toda clase de personas» (fol. 147v).

En el último momento, el marqués de Castel Rodrigo, que era uno de los nobles que se habían negado a visitar al Cardenal, pidió a éste por intermedio del conde de la Hinojosa que le permitiese escoltar su carroza a la partida, a cuyo fin salió a su encuentro al Prado, siendo afectuosamente recibido por el prelado. En el monasterio de Atocha, se despidieron de la Virgen y junto con el cardenal Sachetti, que llegó al final, concedieron un besamanos a los numerosos caballeros que se habían desplazado hasta allí para despedirles.

Se distribuyeron en las carrozas de forma adecuada y ya de noche emprendieron el camino, hasta llegar a Arganda, donde había que atravesar el río Jarama, en una barca que cada vez no admitía más que una carroza con ocho o diez caballos. Por tal motivo, tardaron más de dos horas en la operación y como no habían mandado por delante las provisiones ni los utensilios de cocina, al llegar al pueblo se encontraron con que no había nada de comer ni de beber, consiguiendo sólo cuatro huevos frescos para el Cardenal, que tuvo que comer del pan del lugar, cuyo agua estaba caliente y sabía mal. Tampoco llegaron a tiempo los lechos ni las ropas, por lo que el Cardenal tuvo que dormir con sus sábanas en la cama del alojamiento.

Los desastres de la organización propia fueron remediados por el conde de los Arcos, que mandó algunos alguaciles por delante para ir preparando

---

<sup>77</sup> El evidente desagrado con que se registran las contadas escenas de masas, tiene su culminación poco después al narrar la llegada a Valencia, a medianoche del 20 de agosto, con un calor intolerable, pues «al entrar por la Puerta de la ciudad el populacho insoportablemente silbaba y se mofaba diciendo que en la segunda carroza, que era la muestra, porque no llevábamos luces, debía ir la mujer del Legado» (fol. 157r).

Lo que posiblemente no sabían los autores de tal dislate, es que seis días antes, en las cercanías de Buenache de Alarcón, al ser autorizado uno de los lacayos de monseñor Santa Croce a subir a uno de los carros, por hallarse enfermo, se encontró con una muchacha de 16 años, flamenca, vestida de hombre y con los cabellos cortos, que formaba parte del séquito de dicho prelado en calidad de paje desde la expedición a Francia (folio 152).

los alojamientos, y a la mañana siguiente, después de decir misa en la parroquia de San Juan, como se hubiera presentado el duque de Agamont, que venía desde Madrid para reiterar su despedida, se organizó un banquete que merece una extensa relación de Pozzo, tanto por la curiosidad del rústico escenario como por los temas de política internacional que se trataron. También aparecieron enviados de unas cuantas señoras de la Corte con el mismo propósito reiterativo y el abad de Olivares, para ofrecerse por orden del Duque su señor.

La despedida más conmovedora fue la del futuro gran enemigo, Monseñor Pamfili, a quien el Cardenal rogó que se volviese a Madrid para atender sus deberes de la Nunciatura. «Antes de partir abrazó a casi todos con lágrimas y muestras de particular ternura» (fol. 150r).

A media noche llegaron a Fuentidueña, donde tampoco encontraron nada en orden. El Cardenal tuvo que conformarse con un poco de picadillo y algunos menudillos de pollo, los prelados con un pichón cada uno y los gentilhombres con dos o tres para todos, un pedazo de queso y un poco de pan duro y la servidumbre apenas con pan y vino, teniendo que dormir en el suelo. A la mañana siguiente llegaron algunos de los carros de la expedición, con la noticia de que uno de los que llevaba dinero había sido robado en Madrid. Se presentó un laico con una carta del superior de un convento de carmelitas descalzos próximo y una bolsa en que venía una carta original de Santa Teresa, que el Cardenal besó y puso sobre su cabeza.

Salieron del pueblo y una milla después pasaron el Jarama por un puente de madera bien hecho, entrando en la provincia de la Mancha. Las cercanías de Madrid, en suma, les habían sido tan hostiles a la salida como a la entrada.